

Selecta

Luna Dueñas



Flores al cielo

Bilología "Los días robados" ~ Libro 1

Flores al cielo
Los días robados 1

Luna Dueñas

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mis abuelos Juan, María, Juan y Antonia, que nunca se cansan de presumir y enorgullecerse de que tienen una nieta escritora. Os quiero.

O como decía aquella canción de Joan Manuel Serrat: “No hay nada más bello que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí...”. ¿Aquello que no vivimos también influye en nuestras vidas?

Lorena Franco, *La vida que no elegí*

Capítulo 1

—¿Quieres un poco más? —me pregunta con su dulce voz, mientras me muestra la fiambreira de la comida que preparé esta mañana a escondidas de mi madre.

—¡No! —Niego soltando una risotada—. Estoy ya bastante llena, la verdad. Si ahora mismo me metiese al agua, las ballenas me confundirían con alguna de sus crías. ¡Mira qué barrigota tengo de tanto comer!

Él se une a mis carcajadas tapándose la cara con las manos. Parece mentira que, después de seis años de relación, siga existiendo tanta emoción entre nosotros como si nos acabáramos de conocer. Daniel sigue siendo el mismo niño descarado del que me enamoré cuando tenía tan solo dieciséis años y, desde entonces, ya sabía que él sería el hombre de mi vida. Encajábamos a la perfección, en todos los sentidos.

Como hoy, sentados aquí en la arena de la playa de San Sebastián prácticamente solos al atardecer, con el brillo del sol que se refleja en los imponentes cristales del hotel W Barcelona y en su espeso y masculino pelo rubio. Sin apenas darme cuenta, he dejado de reír y lo observo con detenimiento, mientras mi mente divaga a otros lugares y a otros asuntos.

—¿En qué piensas, Adriana? —me pregunta expectante a causa de mi cambio de humor.

—En nada, cosas mías —respondo mostrándole una sonrisa.

—Tus cosas son también mías. —Me agarra la mano—. Llevas varios días

muy pensativa. Si necesitas contarme algo, sabes que puedes hacerlo.

Me mira fijamente con sus ojos color miel, infundiéndome confianza. Aun así, a pesar de que sé que le puedo contar todo lo que me apetezca, en esta ocasión no me acabo de atrever a comentar mis dudas con él. No quiero ponerlo en una situación extraña solo por rumores sin sentido de otras personas.

—Solo son tonterías. —Vuelvo a sonreírle—. De verdad, no te preocupes.

Tomo la fiambarrera y le muestro las dos croquetas de carne que quedan.

—Anda, mejor téminate estas. —Le guiño el ojo, intentando quitarme los tormentos de la cabeza.

—Vas a terminar cebándome —ríe mientras se mete una detrás de otra en la boca y las mastica haciendo ruidos de placer exagerados—. A ver si me quieres igual cuando pese doscientos kilos.

Yo lo miro comer, feliz de que le guste lo que le cocino. No, no podía estar haciéndome eso que otros decían: él no sería capaz.

—Ya estás otra vez. —Me acaricia la cara—. Metida en tu mundo.

—Estoy muy cansada. Anoche casi no pegué ojo y el sueño me vence. —Entrecierro los ojos y le sonrío con algo de esfuerzo. Odio cuando esos tontos rumores me afectan tanto. Normalmente suelo mantenerlos a raya.

—Yo tengo un remedio muy bueno para quitarte el sueño —me sugiere con una sonrisa pícaro.

Ya me lo sueles quitar todas las noches últimamente.

De pronto me coge en brazos y me lleva corriendo hacia el mar. El agua está tan congelada, cuando entro en contacto con ella, que parece que se me clavan miles de agujas por todo el cuerpo y, en menos de cinco segundos, estoy sumergida por completo. Sin los brazos de mi novio a mi alrededor.

Al ver que no salgo a la superficie, Daniel tira de mi brazo y me saca. Yo me pongo de pie a duras penas, luchando contra el oleaje, que me hace perder el equilibrio. Me aparto el pelo pegado a la cara mientras escucho sus carcajadas.

—¡Sabes que no sé nadar! —Río con algo de nerviosismo—. Me podría haber ahogado, tonto.

Es muy fácil que Daniel te saque una sonrisa cuando se comporta natural, tal y como es, alegre y desenfadado. Vuelve a tirar de mi brazo, y mi cuerpo se encuentra con el suyo. El agua nos llega a la altura de la cintura. Ha calculado bien dónde tirarme para que no supusiese ningún peligro. No puedo enfadarme con él.

—Escúchame bien, Adriana. —Me mira fijamente con su rostro a escasos centímetros del mío—. Eres lo que más me importa en el mundo, eso ya lo sabes.

Sonríó de oreja a oreja. Escuchar eso me hace sentir la mujer más feliz del mundo. Da igual las veces que ya me lo haya dicho a lo largo de estos años; mi corazón sigue palpitando ante esas dos palabras como si fuese la primera vez que las pronuncia.

—Y también sabes que te quiero, y mucho. —Se inclina y me besa—. Te juro que siempre te haré feliz y estaré a tu lado para cumplir con ello porque, por encima de todo, quiero que tú seas feliz. Conmigo o con otra persona, si algún día así lo quieres.

Lo miro algo fastidiada por sus palabras. ¿Cómo pensaba que me querría ir con otro? ¡Nunca iba a querer a nadie tanto como a él!

—No digas eso. Yo siempre voy a estar contigo. —Lo abrazo; mi pelo rubio oscuro y largo le gotea en la espalda. Me quiero quedar así el resto de mi vida, abrazada a él, en esta playa. Solos, solamente con nuestro amor.

—¿Ves? He conseguido mi propósito. —Me sonrío—. Ya estás más despierta. ¿O no?

Punto para Daniel, como siempre.

—Sí. —Me doy por vencida con él—. Pero mi madre también debe de estar despierta y enfadada.

Él pone cara de fastidio al escuchar que hablo de mi madre. La mía tampoco se queda muy atrás en su expresión.

—Deberíamos volver. —Me toma de la mano y caminamos hasta la orilla juntos batallando contra las corrientes de agua—. Antes de que mande al FBI a buscarte a ti y a arrestarme a mí por secuestro.

—Tampoco te odia tanto —bromeo.

—¡Para nada! —Hace una mueca burlona—. Solamente me metería en un cohete y me enviaría a Plutón, sin oxígeno pero, por lo demás, todo bien.

Yo río ante su dramatización. Sí, a mi madre nunca le gustó Daniel desde el primer minuto que atravesó el umbral de nuestra casa. Vale que siempre estuviera de un humor de perros, pero su actitud, en torno a mi novio y a lo que nuestra relación concernía, era de lo más detestable de este mundo. Si nuestra relación nunca fue buena, esto no ayudaba a mejorar las cosas.

—Perdona, pero tu madre es tan...

—Amargada: esa es la palabra. —Él me alcanza la toalla, y yo comienzo a guardar las fiambreras vacías cuando nos secamos—. Desde que mi padre la abandonó cuando estaba embarazada de mí, está que salta por nada. Ni siquiera ha intentado rehacer su vida, y ya han pasado veintidós años...

—Necesitará tiempo —me dice él guardando la sombrilla en su funda.

—O no hay persona humana que la soporte —bromeo, aunque es lo que pienso en realidad.

—No seas tan dura con ella: seguro que tiene sus motivos.

Me sorprendía ver cómo Daniel nunca le guardaba rencor a pesar de que ella lo trataba peor que a un saco de basura. Yo me limito a escuchar la pequeña reprimenda, y acabo de guardar las toallas.

—Bueno, esto ya está —me dice mientras me muestra nuestras cosas bien empacadas—. ¿Nos vamos?

Las calles están abarrotadas de gente que caminan como pequeñas hormiguillas de aquí para allá mientras compran, ríen, conversan y comen helado sin parar. El aire que entra por las ventanillas me despeina fuertemente el pelo. Es una sensación muy agradable, con el calor que hace este día de finales de agosto.

No quiero volver a casa.

—¿Hay alguna novedad de Ricardo? —me pregunta mientras mira la carretera fingiendo despreocupación.

Ricardo otra vez... ¿Por qué me lo preguntaba? Sabe que odio hablar de él. El chico que, desde que comencé la universidad, me acosa sin parar. Supongo que, en cuanto encuentre a otra con la que divertirse, me acabará dejando en paz. Eso espero.

—No, gracias al cielo, no. Me ha dejado bastante en paz últimamente. —Le miro mientras yo también intento sintonizar la radio—. ¿Por qué?

—El otro día vino a amenazarme.

Esas palabras me dejan a cuadros. ¿Cómo se atrevía?! Una cosa era que ese imbécil me molestase a mí y otra muy diferente que se metiese en nuestra relación y fuese a molestar a Daniel.

—¿Qué? —pregunto incrédula; las manos me tiemblan un poco inconscientemente—. Te dije que no te acercaras a él, que lo ignorases, que no es de fiar. Hasta diría que es peligroso. ¿Fuiste a decirle algo? —pregunto con la voz llena de miedo.

—No me voy a quedar de brazos cruzados mientras veo cómo ese gilipollas molesta a mi novia —dice con sinceridad molesto—. ¿Y Peligroso? No, no lo creo... “Perro ladrador, poco mordedor”.

Me guiña el ojo. Siempre lo hacía cuando quería tranquilizarme.

—Y... ¿Qué te dijo?

—Tonterías, como siempre. —Daniel me mira cuando nos detenemos en un semáforo—. Está realmente obsesionado contigo, Adriana. Quiero que te mantengas alejada de él. ¿De acuerdo?

—Eso que me estás pidiendo es imposible. Viene a la misma facultad que nosotros, ¿recuerdas? —Cierro los ojos intentando sacarme a ese chico de la cabeza—. No lo soporto. Te juro que no lo aguanto.

—No te preocupes: yo te estaré cuidando, así que no tienes que temer a nada.

Yo le sonrío. Es increíble. Cuando estoy con Daniel, no tengo miedo de nada.

No me imagino una vida sin él. No sé qué haría si no estuviese a mi lado. Tampoco soy una persona muy miedosa; al contrario, creo que soy bastante valiente y decidida, aunque suene mal decirlo de mí misma. Crecer en un hogar con una madre insoportable y sin una figura paterna me ha hecho ser bastante menos frágil que otros humanos. Y saber valerme por mí misma.

Pero, en cuanto me encuentro con Ricardo, me sumo en un estado de pánico. Aunque logro disimularlo no sin duras penas.

Su “amor” por mí, si es que a eso se le puede llamar amor, es enfermizo. Una obsesión que, desde que estoy con Daniel, ha crecido. El odio que Ricardo siente hacia él es sorprendente. Me da miedo que le haga daño.

El semáforo se pone en verde, y él vuelve a acelerar rumbo a casa.

Capítulo 2

Él aparca frente al pequeño chalet adosado de dos plantas de color blanco y tejado oscuro. Una verja de hierro negro y enredaderas separa la calle de nuestra parcela, aquí en la urbanización a las afueras de Barcelona, donde vivo con mi madre desde que tengo uso de razón. Desde aquí hay unas increíbles vistas a la ciudad, que brilla incesante y multicolor desde la lejanía. Yo me giro para darle un beso de despedida.

—Muchas gracias por el día de hoy. —Le sonrío—. Lo he pasado genial, como siempre.

—A mí también me encanta escaparme contigo a la playa. —Me guiña un ojo de nuevo; luego dirige su mirada a la puerta de entrada—. Aunque tengas que hacer frente a eso ahora.

Yo sigo la dirección de su mirada. Mi madre, alta, con el pelo castaño recogido en una coleta bien cuidada, nos observa de brazos cruzados parada en el umbral de la puerta. Creo que esta noche tendré ración doble de su show. Miro a mi novio y suspiro.

—Nos veremos, guapo. Voy a encarar a la fiera —bromeo. Luego le doy un beso y espero que mi madre lo haya visto muy claramente.

Una vez en la acera, le digo adiós con la mano mientras él desaparece por la calle. Luego respiro hondo varias veces y camino hasta la puerta sin dejar de mirar a Lidia desafiante. Como diciéndole: “¡Venga, aquí estoy! ¡Lanza tu rabia sobre mí como haces siempre!”.

—¿Dónde has estado? —me pregunta cuando alcanzo su posición y no me deja entrar.

—He estado en la playa con Daniel —respondo intentando no alterarme más de la cuenta y sin temerle. Hace mucho que he dejado de sentir miedo a mi madre.

Sus ojos se posan en él.

—¿Quién te ha dado permiso para irte con ese chico? —pregunta amenazante.

Yo pongo los ojos en blanco y suspiro aguantando una risa de indignación.

—Me lo doy yo misma. —La miro fijamente poniendo los brazos en jarras—. Porque ya soy lo bastante mayor como para saber lo que puedo o no hacer.

—Mientras vivas conmigo, harás lo que yo diga, Adriana. —Su voz suena tan calmada que asustaría a cualquiera.

—Vale, Lidia. —Me acerco un poco más a ella—. Tengamos la misma conversación de siempre. Sabes que, si estoy aquí, es por no dejarte sola. Porque, a pesar de tus insultos, humillaciones, y asquerosas actitudes, eres mi madre. Pero créeme que no voy a soportarlo por mucho tiempo más. Mi paciencia se está agotando. Soy mayor de edad y podría irme cuando me diese la gana.

—No te vas a marchar de casa —vuelve a repetirme esa frase como suele hacer siempre.

No sé por qué se empeña tanto en no dejarme marchar para vivir mi vida cuando ninguna de las dos nos soportamos; nos haríamos un favor si estuviésemos lejos. Además, ya he logrado tener unos buenos ahorros trabajando como camarera en varios sitios.

—Estoy cansada, quiero ir a dormir. —Empiezo a impacientarme por su actitud.

Ella me lanza otra mirada desaprobadora, pero finalmente se aparta para dejarme pasar.

Yo aprovecho y entro en casa, encaminándome hacia las escaleras lo más

rápido que puedo.

Mi mano se detiene sobre la barandilla de madera blanca, y mis pies se frenan en la madera oscura cuando escucho su voz de nuevo.

—Deja de desafiarme. —Suenan calmada y amenazante a su vez—. Es una de las últimas veces que te lo digo.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. No quiero discutir más con ella, así que la ignoro y subo las escaleras hacia mi habitación, el único lugar de la casa en donde me siento segura y feliz, con mis paredes de color rosa, todas decoradas con infinitos recuerdos de mi vida. Llenas de las personas más importantes para mí.

Me tumbo en la cama y paso más de cinco minutos observando una foto de Daniel conmigo, mi preferida. Nos la echamos cuando estuvimos de vacaciones con su familia en Canadá; a pesar de lo mucho que tuve que ahorrar para poder costearme semejante paseo, mereció la pena cada hora trabajando sin descanso para poder estar allí junto a él.

Mirando sus ojos oscuros, y aliviada por tenerlo a él en mi vida mientras recuerdo nuestra escapada a la playa, poco a poco me va venciendo el sueño. E incluso creo que me quedo dormida porque, cuando vuelvo a abrir los ojos sobresaltada por un ruido en el porche de casa, ya han pasado más de dos horas desde que me tumbé aquí. ¿Qué acabo de escuchar?

Lentamente me incorporo y camino hacia la gran ventana de mi cuarto, la cual da al frente de la casa. Observo oculta en las cortinas: no quiero que nadie me vea con esta cara de dormida. Me sorprende ver que hay un coche, un magnífico Mercedes que descansa sobre nuestra acera. Nunca antes lo he visto. ¿De quién es? Y lo más importante: ¿qué hace aparcado en la puerta de mi casa? Alguien debe de haberle abierto la valla para que haya entrado. Sin lugar a dudas, yo la cerré bien después de llegar.

Un hombre alto, de pelo oscuro, y corpulento se baja del coche con agilidad. Debe de rondar ya los cuarenta y tantos años por su aspecto. A continuación veo cómo mi madre aparece en escena, bajando los tres

pequeños escalones que hay frente a la puerta de entrada y corre hasta que se abalanza en sus brazos. Abro unos ojos como platos.

¿Qué significa esto? ¿Será algún amigo suyo?

De pronto se besan apasionadamente y, sin darme apenas cuenta, casi como un acto reflejo, me retiro de la ventana y echo las cortinas de nuevo para no ver ese espectáculo. Lo del amigo queda descartado.

Es increíble. Mi madre intercambiando fluidos con un desconocido en el porche de mi casa. No es que me moleste que rehaga su vida, porque la alentaba a que lo hiciera cuando no estábamos discutiendo (que era un porcentaje escaso del tiempo que pasábamos juntas). Pero por lo menos podría haber tenido la decencia de presentármelo o de haberme hablado de él. Solo eso, en vez de culparme a mí de su desgracia de no tener tiempo para encontrar a un compañero como hacía siempre.

Llena de rabia, camino por el pasillo. La madera del suelo cruje con cada paso furioso que doy. Ohhh, si ella me amarga mis citas, yo también pienso arruinarle un poquito las suyas. Llego hasta la barandilla de las escaleras y, tras coger aire, bajo lentamente para intentar localizarlos. Cuando al fin puedo ver el interior del comedor con nitidez, me detengo.

No, desde luego ninguno de los dos pierde el tiempo. Ahí está mi madre, con ese hombre, años menor que ella, dándose el lote como si fueran dos adolescentes de dieciséis años en pleno desate hormonal. Es embarazoso ver una escena como esta, y más si se trata de tu progenitora. Así que me guardo para mí las ganas de interrumpir la “velada”, y regreso a la habitación, chafada por no haber podido llevar a cabo mi plan. Cuando me meto en la cama, quiero olvidar todo lo que he visto, borraré de la mente como sea.

Tan solo pienso en el día en que me pueda ir de aquí, del ambiente tóxico de esta casa y poder vivir una feliz y tranquila vida junto a Daniel.

Esos pensamientos positivos me ayudan a sumirme pronto en la preciosa inconsciencia.

* * *

Me encantan los sábados. Ya no solo porque no hubiera clases (es lógico estando en vacaciones de verano), sino porque puedo pasar todo el día con Daniel. El pensar en él me hace levantarme como cada día y correr hacia el armario para vestirme apresuradamente. Después de peinarme y maquillarme un poquito, reúno fuerzas para bajar al comedor, donde mi madre ya está desayunando. La imagen de ese hombre sobre ella en el sofá de anoche vuelve a mi mente pero, sinceramente, no me apetece nada hablar con ella después de la escenita de la noche anterior.

Me siento en la mesa llevando conmigo un bol de cereales bien rebosante que acabo de coger de la cocina y me pongo a comer en completo silencio mientras doy golpeteos rítmicos con el pie sobre el suelo. Mi madre levanta la vista del periódico que está leyendo y me mira, molesta.

¡Qué raro!

Aumento mis golpeteos.

—Para irte con él, bien que madrugas. —Su dardo envenenado da en el centro de mi Diana.

Yo me pongo mi escudo y, como siempre, intento sacarla de quicio aún más. No me va a manejar a su antojo: eso está claro.

—Sí, ¿tienes algún problema? —Suelto la cuchara en la mesa y la miro levantando una ceja.

—No me hables así, soy tu madre, respétame. —Suelta el periódico más fuerte de lo normal sobre la superficie de metal.

—Mira la que viene a hablar de respeto —escupo las palabras—. Tú, precisamente, que no te tienes respeto ni a ti misma.

Si las miradas matasen, mis amigos estarían preparando mi entierro en este mismo momento. Cuando me lanzaba esa mirada, de pequeña instantáneamente me ponía a llorar, porque sabía que, después de eso, llegarían infinidad de golpes que me estarían doliendo durante meses y castigos crueles dignos de

cualquier torturador. Pero ahora las cosas han cambiado.

—¡Eres una impertinente como lo fue tu padre! —grita enfadada—. Y además una golfa, paseándote por media Barcelona como si nada con ese...

Me levanto furiosa. Me puede decir lo que se le antoje. Pero que no me toque a Daniel. No se lo voy a permitir.

—No nos pongamos a hablar de golfas, Lidia. Porque, en ese caso, tengo de quién aprender. —La miro y casi en un susurro le digo—: No soy yo la que se anda revolcando con un ricachón en el salón de mi casa cuando cree que su hija duerme plácidamente en su camita. —Ella se pone pálida. Está avergonzada. Pero su máscara de fortaleza apenas se tambalea; sigue pegada a ella con el mejor de los pegamentos—. ¿Cuándo me lo ibas a decir? ¿El día de tu boda? ¿Cuándo estuvieras en el altar y no te quedara ya más remedio?

—Te lo iba a contar. —Enarca las cejas relajándose un poco—. Pero en el momento adecuado para ello.

—Sí... claro... ¿y cuándo iba a ser eso? —pregunto aún en un susurro.

—No entiendo por qué te pones así. Eras tú la que siempre me decías que me buscase a alguien. Pues ya me lo he buscado.

—Te conozco más de lo que crees —respondo mientras tomo el bol y la cuchara para llevármelos de nuevo a la cocina—. Y creo que te gusta más su coche que él.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que estoy con él por su dinero? —se carcajea enfadada.

—Sí, eso exactamente. Pero tú sabrás. —Camino hacia la cocina dejándola con la palabra en la boca—. Volveré por la tarde; me voy a “golfear” con mi novio.

Mientras camino, puedo escuchar su voz más alta de lo normal mientras me llama de mil formas bonitas mientras friego mis cacharros. Me pregunto cuánto le arruiné la vida cuando me tuvo para que me odie tanto. A pesar de que intento hacerme la fuerte, me duele no poder llevar una cordial relación con ella. Una madre es una madre, y yo siempre eché de menos su figura. Supongo

que no todas son devotas de sus hijos.

En cuanto termino, cojo mi bolso y salgo a toda velocidad por la puerta.

* * *

Tras media hora de conducción, llego a casa de Daniel. Sonrío al imaginar la cara que pondrá al verme, ya que él no me espera para nada. Aparco el coche unas manzanas más atrás y camino hacia la entrada con cuidado de que no me vea por alguna de las ventanas que dan a la calle. Justo cuando estoy a punto de llamar a la puerta, escucho voces en la parte de atrás, en el jardín de su casa. Seguramente estaba pasando el rato en la piscina. Camino de puntillas hasta el origen de ese sonido y estoy a punto de saltar delante de él y darle mi sorpresa. Pero, al descubrir a otra persona, me freno de repente.

Los rumores que me habían estado quitando el sueño aparecen a la velocidad de luz en mi mente de nuevo cuando veo que su acompañante es Martina. Y que posa sus manos sobre los hombros de Daniel mientras sonrío con esas filas de dientes perfectos. Decido que ya he visto bastante.

—¿Interrumpo algo? —pregunto intentando sonar calmada.

Los dos se separaran apresurados en cuanto me ven aparecer. Daniel se pasa la mano por su espeso pelo, y ella me mira con sus enormes ojos de un azul casi cristalino.

—No, claro que no. —Martina me sonrío—. Solo me estaba despidiendo de tu novio.

—¿Te vas a algún lado? —Alzo las cejas mirándola expectante y me detengo cuando estoy a escasos centímetros de ambos.

—Bueno, luego iba a ir a tu casa a decírtelo, pero ya que estás aquí aprovecharé para contarte la noticia. —Se acerca a mí y me coge la mano. Si no fuera una de mis mejores amigas, se la habría retirado de un guantazo. Me sorprende ver que los rumores me están convirtiendo en una celosa insoportable—. Me acaban de dar una beca para irme a estudiar un año al

extranjero.

—¡Qué bien! —exclamo sorprendida y avergonzada a la vez por tener esos pensamientos tan feos y egoístas—. De verdad, me alegro por ti; sé que lo estabas deseando. Bueno, ¿y dónde es el destino?

De verdad, me alegro por ella; ha estudiado tanto que se lo merece. Su familia ha pasado por problemas económicos, así que ella siempre soñó con conseguir esa beca y acabar sus estudios de traducción en su amada Inglaterra. Por fin lo ha logrado y me siento orgullosa de ella.

—A Londres —contesta como leyéndome el pensamiento.

—¡Eso es genial! Por fin vas a conocer la ciudad. —Tomo sus manos con fuerza—. ¿Y cuándo te marchas? ¡Dime que nos da tiempo a hacerte una fiesta de despedida al menos!

Ella niega con la cabeza, con lo que el plan queda cancelado.

—Mañana. —Mira a Daniel—. Me voy mañana.

—Ella —dice Daniel sin dejar de mirarla. Luego posa su mirada en mí después de unos segundos— solo ha venido a despedirse.

Miro a mi amiga y le sonrío. Casi con lágrimas en los ojos. La pandilla no sería lo mismo sin nuestra pelirroja.

—Le estoy muy agradecida a tu novio porque sin su ayuda jamás me hubieran dado la beca. Perdóname si te ha molestado mi actitud con él estos días. Ya sé que la gente decía cosas raras sobre nosotros dos —me explica.

Suspiro aliviada de que tan solo fuesen rumores inventados por gente aburrida que no tiene nada mejor que hacer. Mi corazón se siente con un peso menos encima. Liberado.

—Si no fueras mi amiga, habría pensado que me estabas quitando el novio. —Río y luego le doy un abrazo—. Te deseo lo mejor.

—Y yo a ti también, Adriana, lo mejor.

Y allí permanecemos abrazadas, bajo la mirada algo nerviosa de Daniel. Una de mis mejores amigas se va al extranjero. ¡No me lo puedo creer! Desde los trece años no nos hemos separado nunca.

—¡A ver cómo se lo digo a Andrea, con lo sentimental que es! —ríe contra mi pelo y puedo sentir su aliento en mi cuello.

—Va a coger un buen sofocón.

Andrea es nuestra otra mejor amiga. No se parece en nada a Martina, ya que su pelo es de un bonito color chocolate, al igual que sus ojos grandes y llenos de vida. Siempre bromeamos con ella con que vino a España adoptada de una familia árabe que no la quería.

—Será mejor que me vaya a casa. Voy a ir a comprar con mi madre las últimas cosas para el viaje. —Se deshace de mi abrazo y me mira fijamente—. Te prometo que te voy a llamar siempre que pueda. Y espero que me escribas.

—Claro. Cuenta con ello —le prometo.

Luego se rodea para mirar de nuevo a Daniel. Le sonrío mientras se acomoda su pelo detrás de la oreja.

—Nos vemos —le susurra—. Y gracias por todo.

—No tienes que agradecerme: tú también me has ayudado mucho. Estamos en paz. —Se despide Daniel mientras se acerca a mí.

Ella asiente y, tras decirnos adiós con la mano, desaparece del jardín. Mi novio se acerca hasta mi posición y me pasa un brazo por encima del hombro.

—Y esta chica guapa, ¿para qué me quería? —pregunta coqueteando.

—Quería saber si estaba usted disponible para dar una vuelta con su novia.

Él me suelta y se muerde el labio.

—Ya me gustaría, Adriana —suspira—. Pero tengo que ir a arreglar unos asuntos con mi hermana. Ya sabes cómo se pone si le digo que no.

—La tienes consentida desde pequeña; por eso hace contigo lo que quiere. —Le miro fijamente mientras río—. Bueno, si no puedes, no pasa nada. Ya nos vemos mañana. —Le beso—. Voy a ver a Andrea, por si quiere que salgamos a comer o algo. Paso de quedarme aburrida como un hongo en casa todo el día.

—Pásatelo muy bien en tu salida de chicas. —Me dedica una fantástica sonrisa, y yo asiento con la cabeza en agradecimiento.

—Nos vemos, Dani. —Le doy otro beso a modo de despedida—. Llámame

cuando termines con lo de tu hermana, ¿vale? Tengo ganas de estar contigo. A lo mejor podemos sacar unas horitas de donde sea.

—En cuanto acabe te llamaré —promete.

Nos quedamos mirándonos un largo rato. Está algo raro últimamente y no sé a qué se puede deber. Casi le tengo que sacar las palabras con un sacacorchos. A pesar de ello, le dedico otra sonrisa y me marcho de nuevo hacia el coche.

Su voz me detiene a mitad de camino.

—¡Adriana! — me grita.

Me doy la vuelta, y de pronto su cuerpo y el mío se juntan en un fuerte abrazo que me deja sin respiración.

—Te quiero —dice, como viene siendo costumbre, contra mi oído—. Nunca lo olvides.

—Ya, ya lo sé, tonto —digo riéndome al ver, que tiene hasta los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué te pones así? —Lo abrazo aún más fuerte.

—Es que hoy estoy un poco sentimental. Eso es todo. —Sonríe cuando se aparta.

—Yo también te quiero más que a nada en esta vida. Creo que ya lo sabes, pero te lo recuerdo. Bueno, pues tras esta romántica declaración, yo me voy. No quiero que tu hermana me odie aún más por robarme su tiempo contigo. —Salgo a la calle y le digo adiós con la mano—. Adiós, Daniel.

—Adiós, Adriana.

Capítulo 3

Aparco cuidadosamente frente a la casa de Andrea en una estrecha pero bulliciosa calle del centro de Barcelona. Me acerco a la puerta, dudosa de llamar al timbre o esperar un poco más. Quizá Martina esté dentro dándole la noticia y no quiero ser yo quien las interrumpa.

—¡Adriana! —El grito me hace salir de mis cavilaciones—. ¿Qué haces ahí como un pasmarote?

Levanto la vista hacia el piso de arriba. Andrea está con una sonrisa de oreja a oreja, gritándome desde la ventana de su cuarto. Tiene sus manos extendidas y abiertas de par en par, agitándolas en el aire.

—Hola —la saludo—. ¿Estás ocupada?

—Para ti nunca; anda, sube. —Sonríe y vuelve a entrar al interior. Luego puedo escuchar cómo le grita a su hermano—. ¡Martín, abre la puerta! Tenemos visita.

Yo suelto una risita ante la forma de comunicarse que tienen los dos hermanos. Cuando Andrea quiere que alguien se entere de algo, lo hace rápidamente, sí. Pero también los vecinos de las cuatro manzanas que rodea el sitio donde ella está se enteran.

Martín es el hermano de Andrea. Siempre fue mi amor platónico cuando estábamos en primaria y él se pavoneaba por los pasillos del colegio con ese cuerpo tan bien dotado que Dios le ha dado desde que alcanzó la pubertad. Las tenía a todas locas, con esos ojazos enormes iguales a los de su hermana y con

ese pelo abundante de color castaño brillante. Juré por años que no se me escaparía, pero luego apareció Daniel en la secundaria, y el pobre Martín quedó relegado a segundo plano. Aunque candidatas estupendas no le iban a faltar.

La puerta se abre de repente, y mi adonis de la infancia se yergue altivo en el umbral de la puerta, tan solo ataviado con un pantalón corto deportivo y sin camiseta. Tiene unos buenos abdominales, eso está claro.

—Hola, Adriana —me saluda con voz dulce mientras me muestra una de sus mejores sonrisas—. Pasa.

—Hola, Martín, ¿cómo estás? —saludo mientras entro en la casa.

—No tan bien como tú. —Me mira de arriba abajo con sus aires de seductor nato. Me hace ponerme un poco tensa, aunque ya estoy acostumbrada a que fuese un adulator—. Estás muy guapa, Adriana.

—Una hace lo que puede —bromeo intentando parecer jovial—. ¿Qué tal vuestro viaje? Andrea me dijo que llegasteis ayer.

—Aburrido sin ti —pone una mueca de disgusto.

—Estoy segura de que encontraste pronto otro modo de divertirme —ríe, y él pone cara de culpabilidad, lo que me confirma que, efectivamente, no perdí el tiempo por allí.

Andrea y su familia me invitaron a irme con ellos a París de vacaciones de verano. Pero, para variar, mi madre me impidió irme con ellos y, además, no quiero gastar todos mis ahorros. Serían el pasaporte a mi independencia algún día. Quiero seguir amontonando e irme de la casa en cuanto pueda.

—¿Dónde está tu hermana?

—Está en su cuarto. —Me mira fijamente mientras me habla.

—Entonces no la hago esperar más. —Rápidamente subo las escaleras, sintiendo la mirada de Martín clavada en mí hasta que rodeo la esquina del pasillo. Puede llegar a ser bastante intenso cuando mira de ese modo.

Avanzo rápidamente por el largo pasillo que conduce hasta su habitación. Sus paredes están llenas de fotografías familiares; aquellas lo son de un bonito

azul oscuro que contrasta de un modo muy elegante con el suelo de madera oscura. Cuando abro la puerta, me encuentro a mi amiga sentada en la cama, pintándose las uñas de los pies tranquilamente. En cuanto nota mi presencia, pega un salto como el más ágil de los canguros y viene corriendo a abrazarme.

—¡Adriana! —grita mientras me ahoga con este abrazo de oso y temo por que me derrame el pequeño botecito de pintauñas encima de la blusa—. Te he echado tanto de menos en París... Habría sido estupendo si hubieses venido.

—El próximo no me lo pierdo. —Sonrío, y ella se aparta para mirarme a los ojos—. Yo también te he echado de menos a ti y a tus voces. ¿Cómo te lo has pasado por París?

—Increíble —pronuncia cada sílaba de forma exagerada—. No sabes lo bonito que es ese país y lo guapos que son los franceses. —Me guiña un ojo. A ella nunca se le escapa una—. Y bueno, mi hermano causó estragos entre las féminas francesas. Tenías que ver los grupitos de chicas que se agolpaban en la puerta de nuestro hotel algunos días. Cualquiera pensaría que era famoso.

—Me hubiera gustado verlo y reír juntas.

Las dos reímos con ganas durante un rato sentadas en su cama mientras ella me cuenta más en profundidad el espectáculo de su hermano y varias anécdotas más dignas de ser recordadas. Hasta que recuerdo el motivo por el que he venido aquí.

—Por cierto, ¿has hablado ya con Martina? —le pregunto.

Ella me mira y asiente.

—Sí, me ha llamado hace un rato. Es una lástima que se marche pero, bueno, tiene que hacer su vida, ¿no? Me alegro mucho por ella, la verdad; ha estado estudiando mucho para esa beca. —Sus ojos están llenos de comprensión.

—Y aún nos tenemos la una a la otra —la consuelo—. Y yo no me pienso ir a ningún lado por ahora. Al menos no fuera de la ciudad.

—Ni yo tampoco —me asegura—. Bueno, dime, ¿a qué se debe tu visita exprés de hoy?

Como ella ya estaba al tanto de lo de nuestra amiga y yo no quería hablar del tema de los rumores aún con ella, decido inventarme un plan sobre la marcha.

—Ah, es verdad: se me había olvidado a lo que venía. —Sonrío mientras me pongo de pie—. Me preguntaba si te apetecería venir a comer al centro comercial conmigo. ¿Qué dices? ¿Tarde de chicas?

Ella da palmaditas de emoción. Nunca se niega a una tarde de ese estilo.

—Claro que sí; bueno, si me esperas, porque antes me tengo que arreglar un poco. No puedo dejar que me vean de esta guisa —dice mientras coge la ropa del armario.

—Te esperaré abajo mientras te duchas, ¿vale? —ríe ante su coquetería y señalo la puerta—. Date prisa.

Ella asiente con la cabeza sin dejar ni un segundo de concentrarse en su tarea. Yo sé que, aunque me prometa que lo hará, tendré que esperarla al menos más de quince minutos, como siempre. Bajo las escaleras lentamente y me siento en el gran sofá que reina en unos de los laterales del comedor. Prácticamente me he criado en esta casa, junto a ella y su familia, así que lo siento más como un hogar que mi propia casa. Aún recuerdo las interminables tardes, viendo nuestras películas de dibujos animados favoritas justo encima de este sillón. Cuando cierro los ojos, los recuerdos vuelven más nítidos que nunca.

—Te veo un poco aburrida.

La voz me sobresalta y me hace abrir los ojos. Martín está como por arte de magia sentado a mi lado. ¿Cómo no he podido notar su presencia?

—Ya sabes cómo es tu hermana cuando se arregla. —Le sonrío—. Se tira las horas muertas cada vez que se mete en el baño.

—¿Vais a algún lado? —pregunta con curiosidad mientras se acomoda y apoya su cara en su mano.

—Vamos a pasear y a comer al centro comercial. Si te quieres venir, sabes que siempre eres bien recibido.

—Me gustaría mucho. —Se acerca a mí de nuevo con aire coqueto—. Hace mucho que no salgo con una chica guapa.

—No creo que haga tanto —retruco alejándome un poquito de él, manteniendo las distancias—. Tu hermana me ha contado lo atareado que estuviste en tus vacaciones.

Él suelta una carcajada.

—Bueno, si te sirve de consuelo, tú eres mucho más guapa que esas francesas. No tienes que estar celosa.

¿Quién está celosa?

Martín no tiene remedio.

—¿No te cansas de repetirlo? —pregunto un poco cortante. Aunque lo conozco, tener a una persona toda la vida diciéndote los mismos cumplidos es algo que acaba cansándote. Y poniéndote en situación incómoda también.

—No, porque es la pura verdad. —Me mira fijamente—. Supongo que estarás acostumbrada a que te lo digan.

—Claro que estoy acostumbrada —contesto con confianza—. Mi novio me lo dice continuamente.

Me aseguro de que capte bien la palabra *novio*. Al ver un gesto pequeño de fastidio, me sumo un punto a mi marcador. Me he salido con la mía: he conseguido dejarle sin palabras.

—Ah, sí... —finge como si no le importase. ¿Cómo es que se llamaba? ¿Damián?

—Daniel —aclaro. Aunque sé que de sobra sabe su nombre y está menospreciándolo.

—Daniel —repite con desgana—. Parece mentira que sigáis juntos después de...

—Seis años, tres meses, y doce días —le vuelvo a cortar.

—Vaya. Sí que llevas bien la cuenta. —Me mira como quien mira un pavo recién salido del horno la noche de Nochebuena.

— La llevo porque Daniel es lo más importante en mi vida.

Él me mira desafiante. No va a darse por vencido tan fácilmente. Vuelve a acercarse a mí.

—¿Y nunca te has sentido atraída por otro chico en todos estos años? —pregunta con segundas intenciones—. Comer siempre lo mismo... acaba cansando.

¿Estaba comparando a Daniel con comida?

— No necesito buscar cariño en otra persona —aclaro volviéndome a alejar—. Tengo todo lo que necesito.

Él parece desistir de su idea de que yo viva una aventura loca con otro chico, o con él al parecer, y se aleja sonriendo.

—Pues envidio a mucho Daniel. Ojalá yo pueda encontrar a una persona igual que tú.

—Ojalá lo hagas —le contesto con sinceridad.

Él borra su sonrisa y vuelve a mirarme de ese modo tan perturbador. Pagaría dinero por ver qué se le está pasando por la mente, cuando se queda así como ido.

—¿Sabes? —susurra con voz melosa—. Tú me...

—¿Nos vamos? —pregunta Andrea, que aparece como alma que lleva el diablo por las escaleras con un bonito vestido veraniego de color amarillo que resalta su moreno. Doy las gracias en silencio por cortar lo que estaba su hermano diciendo, y me pongo de pie.

—Sí. Vamos —acepta él.

Ella lo mira como si acabase de decir un disparate.

—Em, esto ha dicho, Adriana —Andrea me señala.

—Yo le he invitado a venir —confieso aclarando el asunto. Y arrepintiéndome de haber pronunciado esa invitación. Yo siempre vería a Martín como un hermano mayor, a pesar de que su comportamiento últimamente hacia mí es algo extraño.

—Entonces está bien —acepta resignada mientras se encamina hacia la puerta y la abre de par en par—. ¡Vamos! ¿O queréis que os lleve en brazos?

* * *

El centro comercial está abarrotado, cosa totalmente normal al ser sábado. Andrea arrasa con más de la mitad de las tiendas, mientras me pide que le aconseje sobre los nuevos modelitos que adquiere. Mientras ella se sumerge en un sinfín de probadores, yo pienso en lo bonito que tiene que ser poder gastar sin pensar en los problemas de dinero. Luego los tres buscamos un restaurante donde poder picar algo. Al final, solo podemos coger mesa en un McDonald's, ya que todos los demás restaurantes están abarrotados de comensales hambrientos. Con los estómagos llenos, ahora es Martín quien se dedica a seguir los pasos de su hermana, y nos lleva de ruta por las tiendas de deportes, videojuegos y ropa. Luego él y yo nos sentamos en uno de los bancos mientras su hermana hace una visita al servicio. Nos dedicamos a observar el trasiego de la gente, algo incómodos por la conversación anterior, hasta que él rompe el silencio.

—Oye, Adriana, Ese que está allí, ¿no es tu novio? —Martín mira a la lejanía y me señala con el dedo el restaurante italiano que tenemos en frente, en el otro lateral del centro comercial.

Yo poso la mirada donde él me indica, y me quedo inmóvil. Totalmente petrificada.

Era él. No había duda. Estaba comiendo con Martina un enorme bol de espaguetis entre risas. Y me había mentido. ¿No se suponía que estaba con su hermana?

Entonces... ¿qué hacía con Martina, aquí en el centro comercial?

¿Y ella no estaba con su madre comprando las cosas para irse al extranjero?

La voz de Andrea me hace salir de mis cavilaciones y la miro, a mi lado, observándome con preocupación.

— ¿Pasa algo? —me pregunta agachándose para mirarme a la cara, preocupada.

—Nada, sigamos comprando —digo poniéndome de pie e intentando

cambiar el tema de conversación como si nada hubiese pasado.

Pero Martín parece no dejar querer pasar esta ocasión.

—Su novio está comprando con vuestra amiga Martina. Por lo visto no es tan sincero como Adriana comentaba.

Lo miro desaprobadora. No tiene derecho a meterse en mi relación, ni siquiera opinando. Andrea se sorprende al verlos y se tapa la boca con la mano. No puedo escaparme de esta conversación por más que lo quiera. Así que decido abrir mi corazón.

—¿Por qué me mienten? —le pregunto a mi amiga con la voz quebrada, sin poder apartar la mirada de la mesa del restaurante.

—Tiene que haber alguna explicación. Estás pensando cosas raras por esos absurdos rumores que comentan que tienen un idilio a tus espaldas. Pero solo son eso: rumores. Seguro que estamos sacando conclusiones precipitadas y equivocadas.

—¿Equivocadas? —pregunto alzando las cejas—. No, a mí me parece muy claro lo que estoy viendo. —Doy unos cuantos pasos nerviosa. No quiero que nos vean aquí. Ya les pediré explicaciones esta noche cuando hablemos—. Vámonos, no quiero estar aquí.

Ambos me miran algo tristes por verme así.

—Es que no puedo irme, Adriana —se excusa mi amiga—: he dejado encargado un pastel para mi madre y tengo que esperar al menos otra hora.

Sé que soy mala amiga por ejercer esta presión sobre ellos y ser una aguafiestas, pero ver esta escena me ha dejado tan en shock que la necesidad de salir corriendo es imperiosa.

—Necesito salir de aquí. —Las lágrimas me resbalan por las mejillas—. No quiero estar más aquí... no quiero.

Quizá esté reaccionando de forma exagerada, pero no puedo controlarlo. Esos malditos rumores agravan la situación.

—Tranquila, Andrea, yo la llevaré a su casa y luego regresaré a por ti. No te preocupes —le propone Martín a su hermana; luego se gira y me mira—.

¿Quieres que te lleve a tu casa?

—Sí, por favor —contesto sin dudar.

—Vamos entonces. —Él me pasa el brazo por los hombros innecesariamente y me conduce hacia su coche, un bonito y caro deportivo rojo.

* * *

Mientras conduce, reina un silencio sepulcral, y mis ojos parecen grifos abiertos. Las lágrimas no dejan de correr, mejillas abajo, para morir cerca de mi boca.

—Toma. —Me tiende un pañuelo mirándome de reojo—. Cógelo. Se te están cayendo los moquillos.

Intenta hacerme reír, pero no lo consigue. No puedo dejar de pensar en ellos.

—No hace falta, yo tengo. —Con la testarudez que tan bien me caracteriza, abro el bolso y cojo uno. Me seco las lágrimas y me echo sobre el asiento, intentando relajarme un poco. Pero la misma pregunta me ronda por la cabeza y no me deja tener paz. ¿Por qué Daniel me ha mentado? Se supone que tenemos una relación idílica, que nos lo podemos contar todo. Entonces... ¿por qué?

Cuando para en la puerta de mi casa, ya está anocheciendo.

—Pues ya hemos llegado —anuncia.

Suspiro de nuevo y agarro mis cosas. Siento tanta vergüenza de que me haya visto en esta situación (después de soltarle el discurso del novio perfecto) que tan solo quiero salir corriendo y encerrarme en mi cuarto.

—Gracias por traerme a casa —le agradezco.

—No hay que darlas; no me cuesta ningún trabajo. —Él sonrío.

Luego abro la puerta, pero su mano agarra mi antebrazo deteniéndome y haciendo que me vuelva a sentar en el asiento con algo de brusquedad. Lo

miro pensando a qué se debe la interrupción.

—Adriana, si quieres hablar sobre algo, puedes contar conmigo, lo sabes, ¿verdad? —se ofrece.

—No quiero hablar de ello ahora. Pero gracias de todas maneras.

Me bajo del coche cuando me libera de su agarre y le digo adiós con la mano mientras me encamino hacia la puerta de la entrada. Cuando atravieso la verja, me fijo en que mi madre no está sola. El ahora familiar Mercedes negro vuelve a descansar en una de nuestras plazas de aparcamiento.

—Estupendo: visita —susurro fastidiada mientras cierro la verja y subo los escalones que me separan de la puerta de casa.

Me tomo unos segundos para calmarme y mentalizarme, y luego entro. Todo se siente tranquilo mientras camino por el pasillo. Espero de corazón que estén entretenidos en la planta superior teniendo el mejor sexo de sus vidas. Para que me dejen en paz.

—¿Adriana? —La voz de mi madre proviene del salón.

No contesto. No tengo ganas ni de mirarme y no estoy preparada para aguantar una de sus charlas, así que sin decir palabra me voy directamente a mi cuarto en un acto de pura rebeldía. Una vez allí, cierro la puerta y el cerrojo también. No me molestará por ahora.

Luego tomo el teléfono y me siento encima de la cama, pensando en si llamar a mi novio o no. No quiero parecer la típica novia obsesa y celosa enfermiza. Pero quiero escuchar su voz que me dice que solo fue un malentendido, que los rumores son una tontería y que todo tiene una explicación.

Marco su número. Un pitido, dos, tres. Nada. Lo intento tres veces más.

No contesta. Cuando a la quinta vez estoy a punto de desistir de mi intento de comunicarme con él, lo escucho al otro lado de la línea.

Capítulo 4

— ¡Dime! —Su voz suena jovial, desenfadada.

—Hola, Daniel. —Intento controlar mi voz, mantenerme calmada.

—Hola cariño, ¿por qué me llamas al fijo?

—Creí que tendrías tu móvil desconectado —dejo caer como quien no quiere la cosa. Noto que él tarda unos segundos en contestar.

—¿Por qué tendría que tenerlo apagado? —pregunta extrañado.

—No sé —respondo mordiéndome el labio a causa de la rabia acumulada—. A lo mejor alguna llamada podría haberte estropeado la velada. ¿Te lo has pasado bien, Daniel?

—¿Qué, qué velada? —Su voz se nota algo nerviosa.

—Siempre presumes de tener buena memoria. —Sigo con su juego hasta que confiese.

—No sé de qué me estás hablando —se queja algo exasperado por mi actitud—. No entiendo tanto misterio, Adriana, de verdad; cielo, verás...

—Te vi.

—¿Me viste? ¿Dónde?

—¡Por Dios, basta ya! —le chillo un poco más alto de la cuenta, desbordada por el miedo—. No te hagas el despistado, porque sabes muy bien de lo que te estoy hablando. No me tomes por tonta.

—Y yo te digo que te calmes. —Él también sube el tono de su voz—. No sé de qué me estás hablando. ¿Qué velada?

—No sabes nada... —repito intentando calmarme—. ¿Me vas a negar que no eras tú el que estaba hoy con Martina en el restaurante italiano del centro comercial? Y no me vayas a decir que no, porque... —Cojo un cojín y lo lanzo contra la pared con toda mi furia. Da diana en mi foto preferida de nosotros dos.

—Ya veo adónde quieres llegar con todo esto —suspira intentando explicarse—. ¿Has escuchado los rumores?, ¿no es cierto? Por eso estabas tan rara estos meses...

—Daniel, ¿hay alguien de esta ciudad que no los haya escuchado? —pregunto molesta.

—Pues son falsos —aclara con rabia de que piense así de él—. Te estás equivocando con Martina; además, estábamos solo comiendo... ¿Qué tiene de malo?

—Tiene de malo que me mentiste. Me dijiste que ibas a ir con tu hermana a arreglar un asunto; no sabía que ella tenía ahora el pelo cobrizo y los ojos azules. Explícamelo porque no lo entiendo.

—Mi hermana estaba comiendo con nosotros. Ella había ido al baño.

—En el baño —respondo incrédula intentando asimilar esa información—. Pues no te creo.

—No lo hagas. Si prefieres creer a los demás antes que a tu novio, es tu decisión —contesta enfadado—. Pero ahora soy yo quien te quiere preguntar algo a ti.

—¿Qué? —pregunto bruscamente.

—¿Qué hacías con el hermano de Andrea en su coche? Porque, puestos a hacer preguntas estúpidas, yo también las tengo.

—Solo me trajo a casa. —Seguramente, Daniel debió haberme visto en el centro comercial.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo me puedes convencer de eso?

—¿Y cómo me puedes convencer tú de que tu hermana estaba en el servicio del restaurante? —respondo cortante.

Él suspira al otro lado de la línea e intenta que nos relajemos ambos. Estamos perdiendo la cabeza y el control.

—¿Es que no puedes confiar un poco en mí? —me pregunta calmado—. Nunca te he mentado en todos estos años.

—¿Y tú en mí? Estaba mal por ti, y él me acompañó a casa porque me sentía fatal; eso es todo. Fin de la historia. —Me tumbo en la cama—. Además, no me cambies el tema; estamos hablando de qué hacías tú allí, no yo.

—Me gustaría creerte.

—Daniel, ¿qué te ha pasado? Ya no eres el mismo.

—Yo nunca te he mentado, Adriana —suena enfadado de nuevo.

—Tu actitud de hoy no me ha demostrado precisamente eso.

Él vuelve a suspirar algo nervioso por la situación.

—Será mejor que hablemos otro día, cuando estés más calmada. Esto es una estupidez.

—¿Hablar de nuestros problemas te parece una estupidez? —le pregunto algo molesta por su pasotismo. No me esperaba que él fuese a reaccionar así.

Sé que yo tampoco estoy actuando como una novia normal y cuerda en estos momentos, y sé que quizá he sido un poco borde y brusca. Aun así, esperaba que me comprendiese, y no lo hace. Decide atacarme en vez de darme respuestas coherentes. Siento una punzada en mi interior.

— Buenas noches —se despide cortante.

—¿Decides huir, entonces? —Antes de que pueda terminar la pregunta, solo se escucha silencio al otro lado de la línea. Me ha colgado—. Que te den...

Susurro enfadada mientras las lágrimas se desbordan de los ojos. ¿Y si él tuviese razón y yo estuviese sacando todo fuera de contexto? Me odio tanto por hacerles más caso a los rumores que a la palabra de él...

Unos golpes en la puerta hacen que me siente en la cama de repente y me seco las lágrimas. No quiero que Lidia me vea así. No quiero que me vea débil ni vulnerable ni un solo segundo.

—Adriana, abre. —Su voz suena amortiguada en el pasillo. Exigente.

—¿Qué quieres? —pregunto sin moverme ni un centímetro observando el cerrojo que me mantiene a salvo de ella.

—Ábreme la puerta. —Su voz suena algo más firme.

Como no quiero más discusiones por hoy, decido que será lo mejor ver qué necesita y luego podré descansar sola, tranquila y en paz. Cuando abro, ella está de pie, vestida con una de sus mejores faldas de tubo y una blusa de encaje muy femenina. También se nota a la legua que se ha esmerado en su maquillaje.

—¿Cómo puedes ser tan mal educada? —entrecierra los ojos. Sabía que el haberla ignorado antes iba a traer cola.

—Necesitaba estar sola, no me encuentro bien —intento defenderme y volver a cerrar la puerta, pero ella me detiene.

—No me cuentes milongas; sé bien que lo haces para molestarme. —Los ojos de mi madre son puro fuego.

—Solamente te pago con la misma moneda con que me has pagado toda mi vida —digo calmada—. Tú ni siquiera me quieres; fui un estorbo antes de nacer incluso y, para serte sincera... Yo tampoco siento nada por ti.

Pienso que me va a soltar la más grande de las bofetadas, pero no: se queda quieta como un pasmarote sin decir absolutamente nada. Esto, en verdad, asusta más que si explotase como una fiera.

—Arréglate y baja; te estamos esperando —es lo único que me dice antes de agarrar el pomo y cerrar la puerta entre nosotras.

Como bien ella ha dicho antes, me encanta molestarla en todo lo que puedo y sí, sé que yo tampoco es que sea la mejor hija del mundo. Sé que no es maduro, pero necesito sacar de algún modo toda esa rabia acumulada mientras soportaba sus gritos, sus palizas y sus insultos. Por eso, en vez de arreglarme algo más formalmente, me coloco el pijama más feo y roto que tengo, me alboroto el pelo, me pongo las zapatillas más horribles y bajo al salón confiada.

Su cara es un poema en cuanto me ve aparecer por las escaleras con esas

pintas y con una sonrisa falsa dibujada en la cara. Por supuesto, no estaba. Su ricachón se sienta en el sillón junto a ella, bebiendo vino de su copa alegremente. Cuando me ve, también cambia su expresión, pero se esfuerza por mantener una sonrisa. Mi madre se pone de pie y me hace un gesto con la mano.

—Cariño... ¿Qué haces en pijama? —me pregunta entre dientes.

—Es de noche. Por las noches, te vas a la cama y te pones un pijama para dormir.

Se traga su ira y pone una sonrisa amable forzada. Se le van a rajar los labios de la tensión. De verdad, temo por ellos. Pero yo estoy disfrutando. Camino relajada hasta el sofá de al lado de ellos y me dejo caer despreocupada.

—¿Nos conocemos? —le pregunto al señor del vino.

—Oh, cariño... —Si me dice: “Cariño” una vez más, juro que se come el mando de la tele—. Este es Roberto de la Rosa, mi novio. Y esta —se dirige ahora a él—... esta es mi hija, Adriana Villela.

—Vaya, así que tú eres el señor con el que está mi madre. —Estoy a punto de soltar: “Ricachón”, pero me lo guardo para mis adentros—. Es un placer, señor De la Rosa; ah, y perdone mi atuendo, pero es que ya me iba a acostar.

—No importa, tú estás guapa de todas maneras, jovencita. Igual de guapa que tu madre.

Sus ojos oscuros brillan muchísimo mientras me observa. Estupendo, este hombre es del mismo club de aduladores que Martín. Río algo incómoda mirando a mi madre. Luego vuelvo a centrarme en él.

—No hace falta que me haga cumplidos para ganarse mi afecto y aceptación. —aclaro aún con la sonrisa falsa pintada en el rostro. La suya vacila un poco en sus labios ante mi descaro—. Bueno y... ¿cuántos años tiene, Roberto? —pregunto llena de curiosidad.

—Cuarenta y nueve —contesta él muy educado, entrelazando sus manos.

¡¿Treinta y nueve?!

—Oh... ya veo. —Miro mi madre, de nuevo impactada por la diferencia de edad. Esto cada vez me huele peor. Aun así, sigo actuando con normalidad—. Ha sido una lástima que se haya perdido el cumpleaños de mi madre. Lo celebramos por todo lo alto hace dos semanas. No se cumplen cincuenta y ocho años todos los días.

Mi madre me lanza la mejor de sus miradas asesinas. Odia hablar de su edad. Tiene un claro síndrome de Peter Pan.

— Sí —contesta Roberto contraatacando—. Lo celebramos también juntos.

La mira con cariño y le muestra una sonrisa. Al menos, mi madre tiene buen gusto. No se podría decir que es un hombre guapo, pero sí atractivo a su modo. Y yo me alegro. A ver si, con un poco de suerte, se casan, y me deja independizarme de una vez por todas. Les dejaré esta casa como un nidito de amor con mucho gusto.

—Buenas noches, Adriana. —dice de repente mi madre, tajante. Una gran indirecta para que me vaya a dormir y deje de dar por saco. Por esta vez obedezco, aunque quiera seguir charlando con el nuevo miembro de la familia. Y porque también, con el tema de Daniel, no tengo más fuerzas por hoy de hacer tonterías.

Me despido educadamente de ambos. Y me marcho a mi habitación mientras calmo mis nervios pasando mis dedos sin control por mi larga melena rubia.

No sé cuánto más podremos seguir así. Cuando me meto en la cama y mi cabeza comienza a darles vueltas a los problemas, me es imposible conciliar el sueño. De nuevo Daniel es el causante de ese desvelo, y ahora con más razón.

¿Sería esta pelea el fin de nuestra relación? ¿Qué tiene Martina que ver en todo esto? ¿Es sincero o me está mintiendo?

Solo tengo clara una cosa: yo sí sigo queriendo a Daniel, y eso nadie lo va a cambiar, aunque en estos momentos lo único que quiero es ir a su casa y llorar de rabia por su actitud. Pedirle más explicaciones.

Finalmente, el insomnio me gana la partida. No hay manera de quedarme

dormida. Me levanto de la cama y camino hacia la ventana; la abro lo máximo que puedo y me dedico a que la tremenda tormenta que está cayendo me aclare las ideas. El brusco viento lanza mechones de mi pelo en todas las direcciones, pero me resulta en cierto modo reconfortante. Varios perros ladran en la lejanía, y también llega el ruido del bullicio de la ciudad, algo acallado por la dureza del sonido del agua, que impacta contra el asfalto.

Cinco de septiembre. Falta tan solo una semana para volver a la facultad y a la rutina, para que las maravillosas vacaciones de verano terminen. Todo serán madrugones y vuelta a clases eternas; al menos esta vez será mi último año.

Estoy estudiando Relaciones Públicas, y la verdad es que no me va nada mal. Ojalá que este curso que está a punto de empezar sea tan bueno como el pasado. Seguro que sí. Vuelvo a cerrar la ventana y me acomodo en el sofá de mi habitación.

No puedo seguir así: la pelea con Daniel me hace sentir mal. Mañana a primera hora iré a disculparme a su casa. Necesito más que nunca su perdón, y también su amor.

Capítulo 5

Mi madre está en la puerta despidiéndose de su enamorado cuando yo bajo las escaleras ya vestida y arreglada, lista para irme a casa de Daniel. No he conseguido pegar ojo en toda la noche, pero espero poder solucionar toda esta estúpida discusión y disculparme con él. Me siento mal; he sido una paranoica y ahora en frío me doy cuenta de que quizá no actué como debía. Observo a los dos tortolitos dándose un beso apasionado.

—¡Vaya! Qué temprano viene usted hoy, Roberto. —Comienzo a descender los peldaños mientras me hago la loca y finjo que no vi su coche a las cuatro de la mañana aún en nuestro garaje cuando me levanté a beber un vaso de agua.

—Hola, Adriana. —Se separan y él me dirige una sonrisa algo forzada mientras se limpia disimuladamente el rastro de babas que su amor le ha dejado en los labios—. Venía a traerle a tu madre una buena noticia. Ahora ambos somos miembros exclusivos en mi club de campo. Me hace muy feliz que pueda acompañarme. Oh, y no me trates de usted: me hace sentir algo mayor.

Ignoro su petición.

—¿Club de campo? —Miro a mi madre preguntándome de dónde habrá sacado el dinero para ello cuando no tenemos ni dónde caernos muertas. Aunque, bueno, está claro quién es su benefactor.

Ella sonrío de oreja a oreja, como restregándose la gran vida que se va a

pegar ahora que ha encontrado al señor millonario, mientras a mí ni siquiera me deja irme de la casa por alguna extraña razón. Se le acabaría la diversión de torturarme, imagino.

Sé que me podría marchar si me diese la gana; soy mayor de edad y soy dueña de mi vida. Pero hablar de ese tema sinceramente me da miedo, porque se pone como la peor de las fieras. Ya me iré un poco más adelante. Quizá el que Roberto haya entrado en nuestras vidas hasta me facilita la tarea.

—Has escuchado bien —me confirma ella con una sonrisita de satisfacción.

—Divertíos, entonces. —Termino de bajar las escaleras. —Si hablar de negocios y competir por ver quién es más petulante entra dentro del concepto de divertido, claro.

Mi madre desaprueba mi comentario y me pone su típica cara de malos humos. Decido irme a la cocina a coger algo para comer rápidamente antes de irme. Aunque con el estómago así, me va a costar tragar incluso una mísera gota de agua. Me como una pequeña manzana en dos minutos, los suficientes para que mi madre se haya despedido de Roberto y venga a darme mi merecido por el comportamiento anterior.

Entra en la cocina y se acerca hasta mi posición al lado del fregadero.

—Mira —le comento suspirando antes de que comience—: No he dormido bien, no quiero pelear...

—No —aprueba con una sonrisa en la boca—. Hoy me siento feliz. No quiero enfadarme contigo.

La miro con la boca abierta. Mi mandíbula, tentada de caer hasta mis pies de la sorpresa. Literalmente, nunca la he visto de tan buen humor. Nunca.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Lidia? —le pregunto irónicamente—. Si te levantas de tan buen humor siempre que pasas la noche con un hombre...

—¿Qué insinúas?

—No hace falta que finjas —le digo—. Vi que el ricachón no se fue de aquí anoche. Su coche no pasa muy desapercibido.

Ella suspira y asiente, dándose cuenta de que mentirme en esta situación

sería una verdadera tontería.

—Sí, se quedó a pasar la noche. —Atusa su media melena castaña. Está más calmada de lo normal, y eso me asusta. Parece casi una madre real. Y yo siento una punzada en el corazón porque nunca tuve una relación filial con ella como me hubiese gustado. Me he sentido siempre tan sola...

—Está bien, no tienes que darme explicaciones; es tu casa y puedes invitar a quien quieras. —Intento ser amable mientras lavo la taza de té en pocos segundos y luego la dejo escurrir en el fregadero—. Me marchó, volveré más tarde.

—Adriana... —me llama. Yo me detengo en el umbral de la puerta y la miro. Ella se acerca—. Justamente quería darte una noticia sobre eso.

No podía ser cierto. ¿Se irían a casar? ¿Tan pronto? Me paso las manos por la goma que sujeta mi larga trenza rubia en un gesto de nerviosismo, esperando su noticia.

—¿Y cuál es el misterio? —pregunto intrigada.

Ella suspira y tengo el ligero presentimiento de que no me va a gustar lo que está a punto de salir de sus labios.

—Roberto se va a venir a vivir con nosotras una temporada —confiesa mientras espera mi reacción—. Hasta que termine la construcción de su casa.

Me quedo unos segundos asimilando esa información. ¿Tener a ese ricachón bajo el mismo techo? ¡Lo que me faltaba! Ya no solo tenerla a ella en casa, sino ahora tener también a un hombre que seguramente la apoye en todas sus riñas.

—Que se quede en un hotel —contesto algo seca—. ¿Es rico, verdad? Tiene dinero de sobra para vivir allí hasta que su mansión esté acabada.

—Deja de referirte a él así. —Su humor comienza a cambiar—. Además, lleva meses desde que llegó a la ciudad alojándose en todos los hoteles de Barcelona. Él merece que le devuelva un poco de todo lo que él me ha ofrecido siempre.

Intento razonar y enfriar mi mente.

—Pero apenas lo conoces. —Intento hacer que entre en razón—. ¿Cómo vas a meterlo aquí tan pronto?

Ella deja caer su peso sobre su otra pierna, suspirando. Está comenzando a enfadarse, y eso nunca es bueno. Este sí que es un comportamiento normal. Estoy intentando que comprenda mi punto de vista también. No me hace mucha gracia convivir con alguien al que no conocemos en absoluto.

—¿Tanto te cuesta comprender que lo quiero y quiero estar lo más cerca posible de él? —pregunta con rabia.

—Creo que más bien de lo que te quieres asegurar es de que no se te escapen sus millones.

Camina a la velocidad de la luz hacia mí y, para cuando quiero darme cuenta, su mano impacta con brusquedad sobre mi mejilla izquierda. La vuelvo a mirar desafiante. Estoy ya tan acostumbrada a que mi madre me pegue que me da igual lo que me haga. Solo he sido sincera. No es la primera vez que ella ha andado detrás del millonario de turno y odia escuchar salir esa verdad de mi boca. Si supiera que toda la vida la escuché hablar por teléfono con algunas amigas planeando robar las fortunas de cualquier incrédulo con la cartera gruesa...

—Te da coraje que te conozca tan bien —le susurro mientras ella me sigue mirando furiosa—. Con esto me has demostrado que no me equivoco. Esta es siempre tu forma de solucionar nuestros problemas.

—No tienes derecho a opinar sobre mis relaciones. Él se viene, y punto.

—Si no te importa mi opinión, entonces no sé ni siquiera por qué me has preguntado. —Me doy la vuelta temblorosa—. Haz lo que te dé la gana. Como has hecho siempre.

Salgo de casa tan llena de rabia e impotencia que acabo pagando con la puerta de mi modesto coche, poniendo en peligro su integridad al pegar un sonoro portazo una vez que me siento al volante y pongo rumbo a casa de mi novio, sin poder parar de pensar en cómo será mi vida ahora que ese hombre va a estar conviviendo con nosotras. ¿Cómo puede fiarse tanto de alguien a

quien solo conoce de hace unos meses? Las intenciones de mi madre tampoco son muy buenas, pero ¿no se ha parado a pensar en que quizá es un psicópata loco, o algo por el estilo?

Decido olvidarme un rato del tema y dejarlo pasar, porque estoy a punto de llegar a casa de Daniel y no quiero que solucionemos lo nuestro con tanta tensión encima. Tengo que calmarme, sea como sea.

Cuando aparco enfrente, noto algo extraño en el ambiente. Hay muchos más coches de lo normal en su calle, y la puerta principal está entreabierta. Murmullos y gritos vienen del interior. Camino cautelosa mientras meto las llaves en los bolsillos de mis pantalones. Últimamente han tenido problemas con una plaga de ratones; quizá su hermana ha podido ver alguno y estén intentando matarlo o echarlo de la casa.

—¿Hola? —pregunto con educación mientras doy unos toques en la puerta a modo de llamada.

Nadie responde, aunque repito la acción varias veces. Así que decido caminar en dirección al bullicio, lo que me conduce al gran salón, donde veo una escena que me deja de piedra.

¿Qué es esto?

La madre de Daniel está llorando a mares, desconsolada. Su padre la abraza intentando que se calme, también con lágrimas en los ojos. Camila, la hermana gemela de Daniel, está con la mirada perdida, y varias personas más de las que supongo que serán familiares pasean nerviosos de un lado a otro, intentando consolarlos y haciendo llamadas apresuradas. Nadie se percata de mi presencia, aunque llevo parada bajo el umbral de la bonita puerta doble más de un minuto y me empiezo a asustar.

—¿Qué ha pasado? —pregunto casi en un susurro tan débil que creo que nadie me ha podido escuchar.

Pero me equivoco, porque Camila de repente me mira y me lanza una mirada que podría hacerle la competencia a las de mi madre. Se levanta y se dirige lentamente hacia mí, señalándome con un dedo, en completo silencio.

Eso hace que los demás presentes en la sala centren toda su atención en mí y se percaten todos a la vez de mi presencia en la casa.

—Tú...—La voz de Camila suena llena de odio y quebrada por el dolor—. Sus palabras me dejan más sorprendida aún— ¿Cómo tienes la vergüenza de venir aquí?

No entiendo nada. ¿Qué está pasando? Nunca me he llevado demasiado bien con ella pero, de ahí a que me señale con el dedo y me diga cosas extrañas, hay un trecho.

—No entiendo nada —expreso en voz alta, desorientada—. ¿Por qué estáis todos así?

Camila deja escapar una risita, que hace parecer que ha perdido totalmente la cordura. Los demás se limitan a ignorarme. Y su madre, a seguir llorando sin parar.

—No tienes ni idea de lo que ha pasado, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no. ¿Dónde está Daniel? —Me desespero al empezar a darme cuenta de lo que estaba pasando. Él no está en la casa. ¿Le habría pasado algo?

—Daniel... —repite ella apretando los labios y conteniendo las lágrimas.

—Por Dios que alguien me diga lo que pasa, ¡me estoy comenzando a asustar mucho! —suplico mientras se me llenan a mí también los ojos de lágrimas.

—Pasa que no eres bienvenida en esta casa nunca más —escupe las palabras, llena de odio.

Los miro preguntándome de qué va todo esto. ¿Qué mal les he podido causar para que me veten incluso entrar en su hogar?

—Yo no os he hecho nada —me intento defender.

—¿Te parece poco matar a mi hermano?

El corazón se me hiela, y la sangre se me va del cuerpo. Todos los presentes me miran ahora con cara de pocos amigos, aunque apenas puedo verlos a causa de la cantidad de lágrimas que comienzan a brotar de mis ojos.

—¿Qué? —Es la única palabra que consigo pronunciar.

Ella se acerca más a mí y me mira intensamente con esos ojos oscuros iguales a los de su hermano.

—Ayer, en plena tormenta, después de vuestra discusión, cogió el coche y se mató, ¡se mató! —me grita las palabras a la cara, y su madre comienza a gritar de puro dolor al recordar la muerte de su hijo.

No puede ser real. Tiene que ser una horrible pesadilla, una más como todas esas que llevo teniendo hace meses. Me despertaría y estaría en mi cama, y nada de esto habría sucedido.

—No, no... —digo entre sollozos—. Él no puede estar muerto, ¡dime que no es cierto!

—El cadáver de mi hermano está ahora en el tanatorio —me confirma con rabia—. ¡Sabía que no nos ibas a traer nada bueno! Lárgate de mi casa. Y no vuelvas nunca, ¿me has entendido? ¡Nunca! —grita con fuerza.

Me veo superada por la situación, así que echo a correr huyendo como si la casa estuviese en llamas y no me detengo hasta que entro en el coche, rota de dolor.

Daniel no está muerto. No puede estar muerto.

No, no, mi Daniel no.

No sé cómo logro llegar a casa sin acabar yo también en el tanatorio. Tan solo veo borrones, bultos mientras conduzco hasta aquí, pero necesito encerrarme, meterme en mi cama, llorar la pérdida de mi novio y no ver a nadie en lo que me resta de vida.

Cuando entro a casa, mi madre se detiene al verme llegar de esta guisa. Oh, no, ahora no quiero hablar con nadie del tema.

—¿Qué ocurre? —pregunta mirándome perpleja.

Yo la ignoro y camino hasta las escaleras. Cuando pongo mi pie en el primer peldaño, suspiro y me detengo. Sé que no debería hablarle de nada de mi vida pero, quitando los rencores, es mi madre, y tiene derecho a enterarse.

—Daniel... —La voz se me quiebra a causa del llanto.

—¿Ha roto contigo? Si es así, te ha hecho un favor.

Ignoro sus palabras, así como el hecho de que se tome tan a la ligera mi sufrimiento. No sé por qué diantres finge que le interesan mis sentimientos si nunca lo ha hecho.

—Daniel murió anoche en un accidente de coche. —Le doy la noticia lo más rápido que puedo.

Ella no responde nada, pero me mira con lástima. Seguramente fingida. La miro con aire ausente.

—¿Estarás contenta, verdad? —Le reprocho por todo el odio que le tuvo a mi novio estos años—. Ya no vas a tener que preocuparte por mí ni por él. Porque no va a volver.

Me lanzo bocabajo en la cama en cuanto entro en mi cuarto. No sé cuántas horas paso llorando, intentando asimilarlo todo. Esto es imposible de aceptar. ¿Qué se le pasó por la cabeza para hacernos esto a todos? Ya no podré volver a verlo, no podré volver a ver el brillo de sus ojos cada vez que estábamos juntos, ni volvería a sentir sus labios suaves y cálidos sobre los míos.

Saco fuerzas para sentarme en la cama y coger su foto. La acuno entre mis brazos. Con mis dedos recorro cada tramo de su rostro, un rostro que ya nunca más podré ver. Me abrazo al frágil papel de fotografía y vuelvo a hacerme una bola en la cama. No puedo parar de llorar: me siento rota por dentro. Unos golpes en la puerta interrumpen mi duelo.

—¡Vete, Lidia! —grito—. ¡No quiero ver a nadie! ¡Fuera!

Pero, cuando la puerta se abre y siento los brazos de Andrea a mi alrededor, doy las gracias de tenerla aquí en este preciso instante. A mi lado. Apoyándome. Las dos lloramos juntas y abrazadas durante largos minutos.

—Tienes que ser fuerte, amiga —me susurra al oído.

—No puedo. Era el amor de mi vida. Ni siquiera pude despedirme de él. Y su familia me odia.

Me abrazo a Andrea con tanta fuerza que estoy a punto de dejarla sin respiración.

—Ya sé que es duro. Pero no te preocupes, yo te voy a ayudar a salir adelante; no estás sola —me anima, secándose las lágrimas que llenan su cara.

Yo le muestro una triste sonrisa de agradecimiento. Ahora adoro más a mi amiga.

—¿Marina lo sabe? ¿Dónde está ella?

—Se marchó esta madrugada a Londres. Y sí, lo sabe todo —contesta calmada a mi pregunta; luego cambia su expresión—. ¿Quieres que te acompañe al cementerio? — pronuncia la palabra con cautela, porque sabe que me puede impactar.

Y de hecho lo hace. Aun así, asiento lentamente. Me ayuda a levantarme de la cama, a lavarme la cara, y a vestirme con ropa oscura. Mi madre no dice nada cuando atravesamos el pasillo a duras penas, a causa de mi incapacidad para andar bien. Siento los músculos agarrotados, flojos. Yo tampoco espero su consuelo, de todos modos.

* * *

El aire fresco de la calle choca bruscamente contra nuestras caras. Es increíble cómo el tiempo ha cambiado de un día para otro de un modo tan radical. Hay unos nubarrones tremendos. Está claro: va a caer otra tormenta.

Me dirijo hacia mi coche de forma inconsciente. Andrea me detiene al segundo.

—Ni creas que vas a conducir. —Me coge del brazo y me lleva hacia la puerta del copiloto de su coche—. Yo lo haré, entra.

Me sienta con todo el cariño que una madre emplea en sus hijos al meterlos en el coche.

—Intenta no pensar mucho, ¿vale? —Me da un beso en la mejilla y se pone a los mandos del vehículo.

* * *

Durante el camino no deja de hablar sobre cosas banales para hacerme olvidar un poco toda esta tragedia y darme conversación. Pero, en realidad, ni la estoy escuchando. Solo puedo sentir que las lágrimas caen por mis mejillas y qué rápido me late el corazón. Perdí la mirada en la carretera nada más salir de casa, y así continuó hasta que las altas y negras verjas del cementerio inundan mi campo de visión. Siento una punzada en mi interior.

El cementerio.

Es el último sitio al que hubiera venido a buscar a Daniel hoy.

¿Y si yo soy la verdadera culpable de su muerte? Comienzo a ponerme más nerviosa, y un ataque de ansiedad amenaza con explotar en cuanto ella aparca frente a la puerta.

Me abre la puerta del coche. Y me agarra la cara con sus pequeñas manos. Secándome las lágrimas e intentando calmarme. Cuando ve que al fin estoy algo más estable, me sonrío un poco.

—¿Vamos? —Me tiende un ramo de nomeolvides azules.

No le contesto; me limito a pasear la mirada, ida, primero hacia ella, luego hacia la puerta del cementerio, de la puerta a ella. No sé cuánto tiempo estoy así.

—Oye, si te es demasiado doloroso, nos vamos. —No le contesto y me mira preocupada—. Adriana, ¿te encuentras bien? Por Dios, dime algo. —Se agacha y se apoya en el coche.

Eso es lo que yo quiero, pero la boca no me responde. No quiere moverse.

—Vale, decidido: te llevaré a mi casa. —Se levanta con mucha rapidez y camina para volver a tomar el volante.

—No —logro contestar débilmente.

Ella se detiene y vuelve hasta mi posición.

—Yo estaré contigo —me apoya de nuevo—. Entremos.

Asiento con la cabeza y me ayuda a salir del coche, como si yo fuese una persona mayor con dificultad de movimiento.

El sonido de nuestros pasos se sobrepone a la soledad del cementerio

mientras lo recorremos. Hay otro entierro más; un chico más o menos de mi edad abraza a un hombre, que llora de dolor mientras un féretro se pierde en un fresco agujero cavado en la tierra. Otras vidas destrozadas.

No caminamos mucho rato más cuando de pronto los vemos. A todos los familiares de Daniel. En su entierro. Su ataúd de color caoba reposa sobre un soporte de metal, mientras los enterradores terminan de preparar su lugar de descanso. Todos lloran sin consuelo.

Siento que me mareo ante tal escena, y Andrea me sujeta del brazo con rapidez para que no caiga al suelo. Observamos el funeral desde los diez metros que nos separan de él y su familia. Todos están allí. Sus padres, tíos, abuelos, amigos, Camila. Lo que más me duele de todo es no poder acercarme para darle el último adiós al que ha sido mi apoyo, mi espejo, mi fuerza para vivir. Mi compañero.

Esperamos ocultas detrás de unos arbustos, hasta que todos se marchan. Yo no puedo parar de llorar, a pesar de los intentos de Andrea por consolar mi dolor. Cuando todo termina, Andrea me coge de la mano.

—Te dejo sola para que te puedas despedir de él. —Me vuelve a tender el ramo y me lo coloca en un brazo—. Tómame el tiempo que quieras. Te esperaré en el coche.

—Gracias —susurro—. Por esto, por estar conmigo... gracias de verdad.

—Ve.

Asiento y la observo desaparecer por el camposanto. Luego me doy la vuelta y me encamino hacia su tumba. La tormenta que al salir de casa amenazaba con caer comienza a descargar su furia sobre mí como si el cielo también llorase su pérdida. Cuando veo su foto en la lápida, las piernas me ceden y caigo de rodillas sobre la fría y mojada hierba.

Ahora sí me doy de bruces con la realidad.

Daniel está muerto y a dos metros bajo tierra de mí. Beso las flores, se las coloco con cuidado sobre la tierra y me quedo allí observando, llorando y quebrándome en miles de pedazos a cada minuto que pasaba.

—Daniel —susurro—. ¿Por qué, Dani? Eras tan joven aún. Nos quedaba toda la vida. El agua cae con fuerza sobre mí y moja cada rincón de mi cuerpo.

—Sé cuánto duele —dice una voz dulce detrás de mí—. Pero no le haces un favor a nadie si te quedas ahí tirada y coges una pulmonía.

Una voz masculina me sobresalta, y me giro lentamente para ver quién es su propietario.

Capítulo 6

Mis ojos se encuentran con los de un chico vestido por completo de negro. Lo reconozco en seguida: es el que había visto un rato antes en el otro funeral que se estaba realizando cuando llegué junto a Andrea. Lloraba desconsolado abrazado a su padre. Sus ojos son casi negros y algo inquietantes.

—¿Qué? —es lo único que logro articular. Luego, tras unos segundos en completo silencio vuelvo a girar la cabeza hacia la tumba. Siento cómo el desconocido acorta la distancia entre los dos. Me molesta que no se dé por vencido y se marche a casa, dejándome con mis preciados minutos de intimidad.

—Que sé cómo te sientes. —Giro de nuevo un poco sobre mis rodillas para poder mirarlo a los ojos. Estoy empapada, así como él.

Es un chico alto y bien esculpido. Con el pelo de un negro intenso, bien peinado; sus puntas mojadas se pegan a su frente y sus ojos... Ahora puedo ver que son de un oscuro color azul, no negros, como creía en un principio.

Me quedo observándolo un rato más, casi suplicándole con la mirada que me deje en paz.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunto un poco malhumorada.

—Acabo de enterrar a mi madre. —Agacha la cabeza, lleno de tristeza.

—Lo siento —contesto sintiéndome un poco mal por haber sido tan brusca y egoísta antes. Seguramente, este pobre chico de mi edad busca también un poco de consuelo en alguien que esté pasando lo mismo por lo que está

pasando él.

—Gracias. —Me muestra una débil sonrisa; luego me señala—. Pero y tú, ¿te encuentras bien?

De pronto estallo de nuevo en un sinfín de lágrimas, incapaz de contenerme por más tiempo. Cierro los ojos con fuerza para intentar frenarlas sin éxito.

—No —suspiro mientras bajo la cabeza, derrotada—. Quiero... —Miro la foto de Daniel—. Quiero irme con él.

Preocupado por mi contestación, él se arrodilla a mi lado, apresurado, y me obliga a mirarle de nuevo.

—No digas eso nunca —ordena tajante—. Siempre queda algo por lo que luchar.

—Era el amor de mi vida —sollozo—. Y ahora... ahora está muerto. De nada sirve continuar si él no está aquí conmigo.

Él hace una mueca de disgusto y agacha la cabeza negando levemente con ella. A pesar de que seguramente piense que he perdido la cabeza por el dolor, de un modo u otro siento que me comprende. Lleva su mano derecha al bolsillo de su abrigo y saca un pañuelo de tela, que me tiende luego para que lo coja. Vacilo unos segundos antes de tomarlo entre mis dedos, pero finalmente siento que puedo confiar un poco en este desconocido, así que aprovecho la situación y me seco las lágrimas intentando dejar de llorar. Aunque este pequeño trocito de tela es inútil, porque estoy empapada de los pies a la cabeza. Al igual que él. Pero la intención es lo que cuenta, ¿no?

—Vamos, te acompaño a la puerta —ofrece mientras se levanta y me tiende su mano para ayudarme a levantarme, dándose por vencido en nuestro intento de conversación.

Echo un último vistazo a la lápida y, tras volver a acariciarla, le tiendo mi mano. La suya la toma en seguida y siento suavidad, calidez y paz. Como si me transmitiese a través de ese pequeño roce una corriente eléctrica llena de calma. Es difícil de explicar.

Caminamos bajo la intensa lluvia en silencio. Ambos empapados de agua

mientras recorremos el ancho camino empedrado que nos lleva a la puerta de salida de ese lúgubre lugar. Ninguno de los dos se anima a pronunciar ni una palabra; solo de vez en cuando noto que él me dirige alguna que otra mirada, mientras yo sigo mirando al frente y luchando por que las gotas no entren en mis ojos.

Es bastante alto; me doy cuenta de ello ahora que estoy yo también de pie. Debe medir más de 1,80. Cuando logro divisar la puerta, busco con la mirada el coche blanco de Andrea. ¿Dónde estaba? Juraría que lo dejó aparcado justo en la acera. Busco con más desesperación, mirando de un lado a otro y nada, no hay rastro. Ni del coche, ni de ella.

Mi acompañante se da cuenta de mi extraño comportamiento.

—¿A quién buscas? —me pregunta lleno de curiosidad.

—A mi amiga. —Vuelvo a hacer contacto visual con él. Este chico me pone algo nerviosa.

—¿Y dónde está?

Hago un gesto señalando a la puerta principal y los alrededores.

—Dijo que me esperaba aquí. Pero no hay rastro de su coche... ¡Qué raro!
— Lo miro y alzo la mano en señal de despedida, apresurada por librarme de la compañía de este raro chico que habla con chicas solas en el cementerio. —
Bueno... Adiós.

Sin decir nada más, le doy la espalda y me encamino apresurada hacia mi casa, admitiendo que me tocará caminar bajo la lluvia. Quizá Andrea ha tenido que salir corriendo por alguna urgencia.

Escucho de nuevo sus pasos, detrás de mí, hasta que me alcanza. Luego escucho su voz.

—Pero ¿estás loca? —pregunta sin podérselo creer—. ¿A dónde vas? Está lloviendo a mares.

Me doy la media vuelta para hacerle frente. Sus ojos oscuros me miran de par en par. Respira agitado por la carrera.

—Me da igual —señalo mi cuerpo—. No me puedo mojar más de lo que

estoy ya.

—Vas a coger una pulmonía. —Mira mi cuerpo algo cohibido, pero aun así se recrea más de la cuenta en él—. Si quieres, te puedo llevar a tu casa —ofrece.

Me extraña mucho que se ofrezca todo el rato a complacerme en todo. Me hace sospechar que su exceso de amabilidad se deba a algo oculto que no sé comprender. Pero no, no puede ser eso.

—No te conozco —contesto con total sinceridad.

—Puedes confiar en mí. —Eso me hace desconfiar aún más—. Te juro que no soy ningún secuestrador ni nada por el estilo.

En otras circunstancias me hubiera echado a reír, pero en estos momentos no me sale la risa, por más gracia que me haya hecho su discurso.

—Mira, es que yo... —pienso rápido en una excusa para librarme de este chico de una vez por todas.

—¡Adriana! —Los gritos de Martín me hacen salir de mi intento de inventarme una excusa convincente para no subirme en el coche de aquel guapo extraño.

Miro hacia el lugar del que procede la voz. Martín corre por el aparcamiento en mi dirección, con paraguas en mano. Cuando llega hasta mi posición, se funde en un gran abrazo conmigo, cosa que me deja totalmente atónita.

—Lo siento mucho, Adriana, te debes sentir fatal —susurra contra mi pelo, dejando escapar incluso algunos besos furtivos sobre él. (Cosa que veo totalmente fuera de lugar; aun así, se lo dejo pasar por la situación).

—Gracias, Martín —digo con los ojos fuertemente cerrados para no volver a llorar.

Cuando me suelta tras varios minutos, los dos volvemos a mirar a aquel misterioso chico, que para mi sorpresa, sigue estático en el mismo sitio, mirándonos fijamente.

—Que descanses y anímate —me desea esbozando una sonrisa—. Adiós.

—Gracias por todo —agradezco algo escueta.

Asiente y se marcha hacia su bonito coche negro, aparcado en la acera de enfrente. Tanto yo como Martín nos quedamos mirándolo hasta que arranca el coche y desaparece por la carretera, rumbo a la ciudad. Luego Martín se pone en frente de mí, arrugando el ceño.

—¿Quién era ese tío? — pregunta con algo de asco en su voz.

—Un chico que he conocido ahí dentro. Él también acaba de perder a un ser querido —contesto quitándole importancia al asunto.

—¿Y se puede saber qué quería?

Como noto que esta conversación no va a terminar nunca, lo corto de manera tajante. Odio cuando se comporta como un novio celoso. Cuando ni siquiera es nada mío ni yo tengo que darle explicaciones de nada.

—¿Y tu hermana? Me dijo que me iba a esperar aquí. ¿Ha pasado algo?

Resopla ante mi cambio de tema, pero aun así me contesta, recuperando la compostura.

—Solo me llamó a toda prisa y me dejó el recado de recogerte. A saber dónde iría como alma que lleva el demonio. Imagino que luego nos dará su explicación.

—Pues vamos. Ya no quiero estar más aquí —le suplico.

Al igual que ayer, aparca en la acera enfrente de mi casa, llevándome de nuevo sana y salva a mi destino. Le doy las gracias por su consideración y sus ánimos, pero su mirada y su mano sobre mi muñeca me impiden abandonar el coche aún.

—Si necesitas un hombro en el que llorar, aquí tienes el mío. ¿Lo sabes, verdad?

Me siento tentada a poner los ojos en blanco: otra vez sus intentos de ligoteo no. No en un día como hoy.

—Martín, ahora yo... —Me paso la mano por el pelo mojado.

—No, Adriana, espera —me corta; sus ojos brillan aún más cuando me mira—. Yo siempre voy a estar ahí cuando tú me necesites, cualquier día, a

cualquier hora...

—Martín, de veras que te lo agradezco, pero ¿cuál es tu empeño? Siempre me estás diciendo lo mismo.

Si hay algo que me caracteriza, es ser siempre lo más directa posible. Aun si me tachan de borde, prefiero dejarlo todo claro desde el primer momento.

—Adriana, es que yo...

—Martín... —Le corto imaginándome lo que me va a decir—. Nos vemos otro día.

Él parece chafado y yo me doy la mayor prisa en salir del coche. No estoy dispuesta a escuchar hoy una declaración de amor tampoco.

—Está bien —se resigna dándole algunas palmaditas al volante—. Que descanses. Intenta no pensar mucho.

Le doy las gracias otra vez y me encamino a casa. Mi madre acude rápidamente al recibidor, alertada por el sonido de la puerta, y se para enfrente de mí. Clavo la mirada en el suelo porque no tengo fuerzas para discutir con ella hoy.

—¿Qué haces así de mojada? ¡Estás poniéndolo todo perdido! —me reprocha con la misma frialdad de siempre.

—Me voy a acostar. —Escueta, me encamino hacia las escaleras.

Cuando paso por su lado, ella sigue mi trayectoria con la mirada, mientras se mantiene de brazos cruzados.

—Espero que te duches antes. ¡Estás hecha un asco! —Me lanza una mirada envenenada y vuelve a sentarse en el sofá del comedor. Yo suspiro intentando mantener la compostura, tratando de ignorarla.

Dios mío, ¡cómo la odio!

Tomo una ducha de agua caliente, que me viene perfecta para entrar en calor y luego me encierro en mi cuarto, como suelo hacer siempre. Antes de acostarme, toco la foto de Daniel. Ya no voy a verlo nunca más, no voy a abrazarlo, ni a tocarlo ni a... nada. Y se siente horrible ser presa de un sentimiento así.

Las lágrimas resbalan con rapidez por mis mejillas de nuevo y, no sé por qué, pero me viene a la mente el extraño chico que conocí en el cementerio.

Él tenía razón. No puedo olvidarme de mi vida y echarme a morir, aunque sea eso lo que más deseo en este momento. Debo ser fuerte, debo continuar como sea.

En una vida ahora vacía.

Ahora sin Daniel.

Capítulo 7

A partir de aquella noche, los días se me hicieron años. Sentía el recuerdo de Daniel como si lo llevase tatuado en mi piel. No pasaban más de dos días sin que yo fuera a llevarle algunas flores nomeolvides al cementerio. Veía nuestros videos caseros una y otra vez aunque me hiciesen más daño que bien. Me encerraba en mi casa, mirando sus fotos y no paraba de repetirme a cada segundo que tenía que ser fuerte, por mí, porque es lo que él hubiese querido.

Pero hoy, el primer día del nuevo curso, debo serlo más que nunca. Tengo que sacar mis estudios adelante; es lo único por lo que vale la pena luchar... bueno, y por Andrea, que siempre permaneció a mi lado aguantándome.

Hoy por fin me he atrevido a quitarme el color negro del vestuario, así que me pongo mis vaqueros y mi blusa roja, y bajo a desayunar, algo desanimada. Cuando atravieso el umbral de la cocina, mi encantadora madre me espera ya sentada en la mesa para comenzar con un desayuno en el que, más que pan y leche, desayunamos silencios eternos y malas caras. Acabo lo más rápido que puedo, porque ni siquiera tengo apetito. En cuanto recojo mis platos, me encamino a toda prisa a mi coche y al campus, deseando huir de mi casa lo antes posible.

Cuando dejo bien aparcado mi coche en una de las plazas de aparcamiento cerca de la puerta de mi edificio y camino por las calles y jardines hasta él, entonces sí que comienzo a sentirme aún más apesadumbrada al darme cuenta de que nunca más veré a Daniel pisar estas mismas baldosas. Nunca más me

esperará a que salga de clases con una sonrisa mientras se apoya de forma desenfadada en el maletero de su coche, dispuesto a llevarme a casa.

No puedo evitar tampoco mirar hacia todos lados con algo de miedo. No hay ni rastro de él. Estoy a punto de suspirar aliviada, cuando el sonido de su voz me pone los pelos de punta y me hace acelerar el paso.

—Bueno, bueno, bueno. —La voz está cargada de sorna—. Hola de nuevo, Adriana. Te sientan bien los funerales.

Suspiro intentando controlar mis nervios, y me giro para encararlo. No sirve de nada huir. Y, si le muestro que estoy muy asustada, solo le dará más placer verme de ese modo. Es lo que buscan todos los acosadores: tener el poder total sobre sus víctimas. Y él lleva desde el primer año de facultad desarrollando una malsana obsesión hacia mí, que sinceramente no entiendo a qué se debe, cuando la mitad de la universidad muere por un guaperas como él. Lástima que el ser un psicópata le reste muchos puntos.

—Déjame en paz, Ricardo —suplico de manera educada, pero con toda la firmeza que puedo.

Sus ojos oscuros como una noche cerrada brillan ante mis palabras. Seguramente recochineándose en su fuero interno de que él me fuese a hacer caso en lo que le pido. Se pasa la mano por su pelo rubio oscuro y me vuelve a mirar con una sonrisilla.

—Em... —Hace como que piensa, teatro totalmente innecesario—. Quizá lo haría... —Se acerca poco a poco a mí, como acechándome; un depredador que va directo pero sutil hacia su indefensa presa. Me acaricia el brazo, y yo me aparto asqueada—. No te vas a librar de mí. No tan fácilmente. No hasta que me des lo que quiero.

De nuevo intenta tocarme, pero yo soy más rápida esta vez.

—¡No me toques! —Mi miedo comienza a convertirse en ira— ¿Qué parte de “Déjame en paz” no entiendes?

—Dime una cosa, Adriana ¿Quién te va a proteger de mí ahora? —Me da en mi punto débil y mis muros se tambalean—. ¿El fantasma de tu “Dani”?

—Cállate —lo miro aún más furiosa—. No lo vuelvas a mencionar, y menos tú.

—Ya sabes que yo... —Se acerca a mí aún más. Puedo sentir su aliento en mi cara—... te puedo consolar, incluso mejor que como lo hacía él. Podemos ser felices juntos. Llevo intentando que lo veas así desde hace años.

—Y tú ya sabes que nunca vas a tener eso de mí. —Lo empujo para apartarlo de mí.

—Ya vendrás. Me vas a buscar tú, vas a ver. Yo te voy a tener... tarde o temprano. —No se marcha sin antes volver a dedicarme una sonrisa de suficiencia, para que yo sepa que no se va a dar por vencido. Cuando veo que desaparece tras la esquina de un edificio, noto que las piernas me tiemblan como un flan y tomo aire intentando recuperar la compostura.

—¡Adriana! —El grito de Andrea desde la puerta de nuestra facultad me hace volver a la realidad. Agita su brazo haciéndome señas para que entremos—. ¡Vamos!

Me dirijo hasta allí, empuñando mis manos en las correas de mi mochila; cuando llego a su altura, le sonrío débilmente.

—¿Qué tal estás? —me pregunta mientras me da un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Más o menos —contesto sin entusiasmo—. Esto no va a ser lo mismo, ahora que...

Ella me corta en seguida para que no pronuncie su nombre y me ponga aún más triste.

—Me alegra que hayas decidido seguir adelante, de verdad. Me siento orgullosa de ti. Todo va a ir genial este año, ya verás. —Esboza una gran sonrisa—. Bueno... ¿Entramos? —señala la puerta del aula.

—¡Qué remedio! —contesto con la mirada fija en la puerta, sin mucha emoción. Resignándome. No es como si pudiésemos darnos la media vuelta y volver a nuestras camas calentitas.

El aula está prácticamente llena cuando nosotras entramos. Decenas de

personas andan de un lado a otro saludando a compañeros que no han visto en todo el verano y charlan animadamente en distintos grupos. El sonido es ensordecedor. Hasta que se percatan de mi presencia.

Todos se giran a mirarme, como si fuera un mono de feria, en cuanto atravieso la puerta. Ellos dejan de lado sus animadas charlas, mientras pasamos de largo, intentando ignorar todas esas miradas de lástima y cuchicheos morbosos, hasta llegar a nuestro lugar, sintiendo en la espalda las miradas de todos clavadas en nosotras, mejor dicho en mí. Me miran con lástima, cosa que detesto. La mayoría intenta encontrar la manera de acercarse para darme el pésame. Unos de manera más sincera que otros porque, gracias a mi carácter, nunca fui del todo popular entre ellos. Yo acepto sus palabras y sus ánimos no sin esfuerzo y, cuando todo termina, me siento en mi pupitre, una larga mesa de madera blanca que llega hasta el otro lateral de la clase. Andrea me imita y comienza a colocar sus cosas sobre la superficie.

—Esto va a ser horrible —le susurro mientras dejo mi mochila en el suelo y esquivo alguna mirada más.

—Tranquila, solo será hoy —me sonrío—. Poco a poco todo irá volviendo a su cauce.

—Gracias por tus ánimos —suspiro—. No está siendo un día fácil...

—Lo será con el paso del tiempo.

—Solo necesito que me ignoren. Él y todos los demás. —Saco un libro lentamente mientras mi amiga me mira frunciendo el ceño.

—¿Ricardo te ha vuelto a molestar? —pregunta preocupada.

Yo la miro asintiendo y le cuento el episodio que vivimos ambos hace escasos minutos.

—Deberías denunciarlo de una vez por todas — me aconseja—. Lo de ese chico no es normal.

—Lleva años así; no creo que me vaya a hacer nada. Tan solo un poco de presión, como hace siempre. —Apoyo mis codos en la mesa y coloco mi barbilla sobre mis manos—. Soy de las pocas chicas en este planeta que no

han sucumbido ante sus supuestos encantos; por eso le hiere el orgullo y soy como un trofeo para él.

—Bueno. —Noto que no he convencido a Andrea con mi discurso—. De todas formas, aunque él no haya tratado de hacerte nada grave, no te confíes. Nunca se sabe por dónde te va a salir esa clase de persona.

Yo asiento y le sonrío, agradecida por tener a alguien que vela de esa manera por mí. En ese momento entra la profesora y pide orden. Los pocos alumnos que quedaban de pie, se sientan apresurados en sus correspondientes lugares y miran hacia delante, liberándome de sus miradas por completo al fin. Cuando la señora Robles comienza a presentarse y a contarnos qué impartirá en su asignatura a modo de resumen, yo no puedo evitar echar la vista al asiento vacío que hay a mi lado.

El sitio en el que se solía sentar Daniel se siente más frío que nunca. Ya no me escondería los libros en su mochila para tomarme el pelo y que me volviese loca pensando que me los había dejado en casa, ni me pintarrajearía mis apuntes con tonterías. Tampoco me cogería de la mano a escondidas por debajo del pupitre mientras nuestros corazones latían apresurados...

Sin darme cuenta, los ojos se me humedecen y comienzo a sentirme bastante mal.

—¿Se encuentra bien, señorita Villela? —La pregunta de la profesora hace que todos vuelvan a clavar sus ojos en mí.

—¿Puedo salir un momento, por favor? —pido permiso casi suplicante mientras una lágrima me resbala por la mejilla.

Noto que está tentada de decirme que no, que ella acaba de llegar, y seguro que antes me hubiese dado tiempo a hacer lo que quisiese hacer. Pero, como todo el mundo de este campus debe de saber la noticia, así que solo veo compasión en sus ojos cuando habla.

—Claro. —Ella señala la puerta, dándome así a entender que puedo salir cuando quiera y tomarme el tiempo que necesito.

Y eso hago; en el baño me siento en uno de los inodoros y no salgo hasta

que me he hartado de llorar y me siento algo mejor. Luego, me lavo la cara en un intento de bajar la inflamación y parecer una persona algo más normal. Tras varias respiraciones para tranquilizarme, me vuelvo a encaminar por los larguísimos pasillos de mármol blanco hasta la puerta de mi aula.

—Su recuerdo te persigue, ¿verdad? —reconozco la voz enseguida y retiro mi mano del picaporte.

—Hola, Martín —saludo sin mirarlo—. ¿Qué haces aquí fuera? ¿No tienes clases?

—Sí, pero me he escapado. —Me sonrío y se apoya en la pared, solo como saben hacer los chicos que exudan confianza.

—Y yo que creía que tú eras un chico responsable... —Mi broma lo hace reír con más ganas—. Me vuelvo para adentro. No puedo quedarme aquí el resto del año, ¿verdad?

—Y lo soy, pero quería ver qué tal estabas —confiesa.

Y su exagerada atención hacia mí desde que mi novio murió me vuelve a poner los pelos de punta, pero no en el buen sentido. Ya es suficiente con tener un acosador, como para que también él siga los pasos de Ricardo. A este paso me tendría que mudar de ciudad.

— No tienes que hacerlo; vuelve a clase tú también. Estoy bien, no te preocupes. —Intento que desista de su idea de ser mi guardaespaldas.

—De acuerdo. —Se incorpora y mete las manos en los bolsillos—. Nos vemos entonces en la comida.

Asiento, y esta vez sí que empuño el pomo con fuerza y lo giro, para regresar a mi asiento. Este año va a ser tan largo...

A la hora del almuerzo, Martín nos espera a su hermana y a mí en una de las mesas centrales del comedor. Nos hace un gesto con el dedo para que vayamos a sentarnos con él y, cuando llegamos a su posición, no puedo evitar preguntarle si no podría haber encontrado una mesa en un sitio algo más discreto. Él se lo toma a broma, e intentamos comer con la máxima tranquilidad posible, pero no logro que esas miradas de lástima que me sigue

dirigiendo todo el mundo se vayan de encima de mi persona.

* * *

—¡Chicos, por favor, un poco de silencio! —grita el profesor López.

Nuestro profesor de economía se desespera por segundos cuando ve que muchos de mis compañeros no hacen caso a su llamada de atención. Así que decide dar unos golpes fuertes con la parte trasera del borrador en la pizarra, que le funcionan bastante mejor. Todos quedan acallados por ese ruido estrepitoso salido de la nada y lo miran con atención. Yo hago lo mismo, ya que parece que nos quiere decir algo, y espero que no sea un examen sorpresa de evaluación inicial.

—Acaba de llegar un nuevo compañero; hagámosle fácil la tarea de integrarse, que ya somos mayorcitos. —Dirige luego su mirada hacia la puerta—. Puede pasar.

La puerta, la cual estaba entreabierta, se abre de par en par para dejar paso a un chico bastante atractivo. De repente un sinfín de cuchicheos sobre todo femeninos llenan el aula, acompañados de sonrisitas y codazos.

—¿Has visto a ese chico? —me pregunta Andrea con la boca abierta, igual de impresionada que el resto de nuestras compañeras—. Nunca había visto a un chico tan guapo. Parece casi... irreal. Creo que mi hermano tiene competencia —canturrea.

El imaginarme a Martín peleando junto a Ricardo y al chico nuevo por ser el más sexy de la universidad hace que una sonrisa aflore en mi rostro. Sería todo un evento. Una lucha de titanes. Pero, cuando el chico se acerca a la tarima del profesor y nos dirige una mirada aún más profunda y de frente, mi sonrisa se borra automáticamente.

Capítulo 8

—¿Qué te pasa? —me pregunta Andrea cuando observa que me quedo paralizada.

Trago saliva y la miro.

—Yo conozco a ese chico —confieso, mirándolo de nuevo y cerciorándome de que es el que yo creo, y no una mala confusión.

—¿Qué? —pregunta incrédula—. ¿Estás segura? ¿De qué lugar conocerías a un chico como él? Parece sacado de las mejores pasarelas de París y de Nueva York.

—Sí, tiene que ser él, seguro —confirmo fijándome en sus ojos profundos.

Todos sonrían, y algunas chicas de la primera fila le comentan algo que no puedo escuchar, porque estoy sumida en mis pensamientos; por la reacción de todos, él ha debido decir algo que se me ha pasado por alto.

—Vaya a sentarse allí. —El profesor señala el sitio vacío a mi lado, el sitio de Daniel.

Él asiente levemente y se encamina hacia mi posición. No dejo de mirarle mientras contemplo horrorizada cómo otro chico va a ocupar el lugar de mi novio. Cuando está a tres escalones de distancia, fija sus impresionantes ojos en mí. Me sostiene la mirada hasta que se sienta a mi lado. Es él, no hay ninguna duda. Y por dentro me pongo a temblar como un gatito recién nacido ante la aparición del extraño chico.

—¿Has visto cómo te ha mirado? —Andrea tiene la boca abierta de par en

par.

No le contesto; me he quedado sin habla. Quería girar la cabeza hacia la izquierda para mirarlo, pero pienso que se me haría muy raro ver a otro en el lugar de Daniel y muy doloroso también. Aparte, no quiero que me vea la cara aún más y me reconozca. No sé por qué me pongo así con un chico al que no conozco de nada, pero no me da buena espina. No después de su actitud conmigo en el cementerio.

Sentí a lo largo de toda la clase cómo el guapo chico me miraba de vez en cuando de manera disimulada mientras hacía como que leía el libro, cada vez que el profesor se giraba a escribir algo en la pizarra, o miraba por las ventanas. Yo me limito a tomar apuntes y a intentar estar relajada. Seguramente, no se acordaría de mí. ¿O tal vez sí? De vez en cuando charlo con Andrea y tengo que, literalmente, darle codazos para que deje de mirar con cara de viciosa al recién llegado hasta el final de la clase.

La campana que suena a las cinco de la tarde anuncia que las clases por hoy han finalizado, así que recogemos nuestras cosas, y salimos pitando de allí, mientras tiro del brazo de Andrea a toda prisa, con ganas de respirar aire fresco.

—¡Me vas a arrancar el brazo! —se queja a modo de broma. Yo no me detengo hasta llegar al coche y entonces la suelto.

Aquí, entre cientos de estudiantes que van y que vienen como pequeñas hormigas y decenas de coches que salen del aparcamiento, me siento por fin a salvo.

—¡Ni que estuviese en llamas el edificio! —se sigue quejando Andrea.

—Lo siento, estaba agobiada de estar ahí dentro, eso es todo —me excuso mientras me descuelgo la mochila y busco las llaves de mi coche. No están en el bolsillo habitual, así que rebusco con más fuerza por todos lados.

—¿Qué pasa? —pregunta mi amiga al verme rebuscar como una loca.

—Las llaves. No las encuentro —digo sin dejar de mirar cada compartimento—. Juraría que las puse aquí.

La miro suspirando y pensando dónde pude soltarlas. Con la aparición repentina de Ricardo cuando llegué, el recuerdo de dónde las puse es más borroso que nunca.

—¿Por qué no vas al aula? —me sugiere—. Se te deben de haber caído al sacar algún libro seguramente.

—Eso es una buena idea... ¿Me esperas?

—Sí, claro.

Dejo mi mochila con ella y regreso al edificio esquivando a varias personas que caminan apresuradas hacia sus coches. El aula está casi en penumbra cuando abro la puerta, cuyo sonido, al cerrarse a mis espaldas resuena con fuerza entre las cuatro paredes. Esto me sobresalta un poco. Reconozco que da algo de impresión ver esta grandísima aula junto a su graderío totalmente vacío, pero no me dejo llevar por el mal rollo y camino veloz por las escaleras hasta que alcanzo mi pupitre. Comienzo a mirar en la cestilla de metal que hay debajo, en el asiento, en otras mesas y ya, como última opción, me tiro al suelo por si por algún motivo las he lanzado sin querer al sacar algún libro como ha supuesto Andrea. Me enfado conmigo misma por no poder encontrarlas. ¡Es que no hay ni rastro de estas!

—¿Te ayudo a buscar algo?

Del susto que me llevo al escuchar una voz, por poco me dejo la cabeza en la mesa al intentar incorporarme con brusquedad. Quito la posición a cuatro patas que tengo y me arrodillo a la vez que alzo la cabeza con miedo, para ver de quién se trata. Puedo distinguir una figura alta y esbelta al lado de la puerta.

—No doy tanto miedo. Ya te he dicho que no soy un secuestrador ni nada por el estilo.

Era él, el chico del cementerio. Trago saliva. ¿Acaso me tenía puesta una cámara y me vigilaba para siempre coincidir conmigo en los lugares menos pensados?

—Yo, yo creía que, que estaba sola —tartamudeo mientras intento disminuir el ritmo de mi corazón después de semejante susto. Luego me pongo de pie, en

una situación menos vulnerable, por si tengo que salir corriendo.

—Estabas tan concentrada buscando lo que sea que ni cuenta te diste de que entré. Siempre que nos encontramos, estás tirada en el suelo. —Suelta una risilla—. Vamos, levántate, te vas a poner perdida.

Mira al suelo, desaprobador por la suciedad que habita sobre este.

—Tengo que encontrar algo que he perdido. —Vuelvo a la posición de antes y sigo con mi búsqueda, ignorando su consejo. Tengo que encontrar las malditas llaves y salir pitando de aquí. Este chico es demasiado extraño y no me siento cómoda en su presencia.

—¿Buscas esto?

Su voz me hace detenerme de nuevo y girarme para mirarlo. Cuando descubro que sobre la palma de su mano derecha brilla una llave de coche, me quedo sin aliento.

—¿Por qué la tienes tú? —pregunto inquieta mientras me levanto. Quiero arrancarle la llave y salir corriendo. No puedo imaginar de qué manera eso ha llegado hasta él.

—Se te cayó cuando te fuiste con tu amiga a toda velocidad. —Sonrío al volver a recordar mi tirón de brazo a Andrea—. Te la quise devolver, pero te perdí la pista con toda esta gente. Solo volvía para dejártela en tu mesa.

Oh, vaya. Ahora todo queda bastante más claro. Aun así, algo en mi interior me dice que este misterioso chico no es trigo limpio.

—Dámela. —Hago un gesto con mi mano para que me la devuelva. Pero él, al parecer, quiere jugar un rato más.

—¿Y si no quiero? —Cierra el puño atrapando la llave en su interior y esconde el brazo detrás de la espalda.

—Perdona, ¿cómo dices? —pregunto fastidiada—. Dámela, no estoy para juegos.

—No —niega con la cabeza mientras una sonrisa asoma por sus comisuras. Yo suspiro algo nerviosa y cansada.

—Esto es increíble —susurro mirando hacia el techo; luego fijo mi mirada

en él otra vez—. Mira, tú no me conoces, y yo no te conozco. Así que esto me parece una tontería.

Él asiente.

—Eso se soluciona pronto. Encantado, yo soy Ángel, mucho gusto, ¿y tú? — Me tiende su mano izquierda a modo de saludo para que se la estreche. Yo lo miro con fuego en los ojos.

—Yo soy la que te va a matar si no me das la llave ahora mismo —lo amenazo cortante, sin poder controlar mi mal genio. Solo quería irme a casa y huir de allí. ¿Era mucho pedir?—. Vamos, devuélvela.

Mi actitud fría y cansada parece hacer mella en él y lo interpreta como que será mejor terminar con ese jueguito.

—Está bien, toma.

Tiende de nuevo la palma de su mano, y sus dedos se abren como un abanico: ahí está la llave. Yo lo miro agradecida en mi interior de que al fin me deje en paz y extendiendo mi mano para recuperarla y salir pitando. Pero, cuando la tengo, él me hace una encerrona y cierra de nuevo sus dedos, envolviéndome la mano en el interior.

Yo la libero con brusquedad. ¡Menudo truco de ligue barato! Aun así, intento controlarme y no dejarme llevar por el mal genio. De lo último que tengo ganas es de tener a otro Don Juan detrás.

—Gracias. —Comienzo a bajar las escaleras tras esa escueta palabra de agradecimiento.

—De nada —me contesta dándose la vuelta mientras me observa marcharme—. ¿Te puedo pedir una cosa?

Me detengo unos instantes y le miro.

— Depende de la que sea —le advierto.

—No te tires más al suelo —contesta bromeando con una sonrisa. Pero no le río la gracia, lo que hace que él la borre en seguida.

—Lo intentaré —contesto con frialdad.

Él se queda allí como un pasmarote sin moverse más de un centímetro

mucho después de que yo salga del aula y la puerta se cierre detrás de mí. Durante todo el camino de vuelta al coche, me siento mal por haberlo tratado de ese modo. Yo sé que puedo llegar a ser insoportable a veces, pero es mi mecanismo de defensa.

—¿Dónde te habías metido? —Andrea se levanta del bordillo en el que estaba sentada y se sacude su falda—. Has tardado una eternidad.

—Es que no encontraba la llave por ningún lado —me excuso mientras camino hacia la puerta del conductor.

—Pues vámonos ligeras. Mi hermano me está esperando para hacer las compras. —Abre la puerta del copiloto y se sienta en el mullido asiento—. Y ya sabes cómo se pone cuando los planes no le salen como él quiere.

* * *

Nada más entrar a casa después de dejar a Andrea en la suya cuando veo cuatro maletas en el pasillo y a mi madre mirándome fijamente.

—¿Te vas de excursión? —le pregunto cuidadosa intentando averiguar qué humor le tocará tener hoy: el de odiosa a secas o el de víbora insoportable.

Ella no me dice nada durante segundos, pero pronto aparece él por la puerta de la cocina para aclarar mis dudas.

—¡Hola, Adriana! ¿Cómo ha ido la vuelta a las clases? —me pregunta muy amablemente.

Yo los miro a ambos de hito en hito, mientras noto cómo el aire se vuelve un poco más espeso. No me gusta nada esta falsa amabilidad de ambos.

—Igual que siempre, supongo —respondo igual de seca que antes con Ángel.

Roberto suspira y se acerca a mí. Mi madre se pone de pie también. Yo retrocedo unos pasos inconscientemente, poniéndome a cubierto. Él nota que vuelvo a poner distancia y pone una mueca triste en su cara.

—Ya sé que no te caigo muy bien, pero vamos a tener tiempo de

conocernos. Y créeme, te haré cambiar de opinión —asegura con una sonrisa de oreja a oreja, convencido de ello. Luego prosigue—: Quiero que me veas como un padre. Como ese que nunca tuviste.

—No creo que eso pueda suceder —confieso—. Nunca, de hecho.

La mirada de mi madre me indica que hoy es la víbora. No va a permitir que le hable con esa mala educación a su rico y dejar que sus millones salgan volando por culpa de mi carácter arisco.

—Cambiarás de parecer —insiste—. El roce hace el cariño, ¿no? Ahora que vamos a vivir bajo el mismo techo, vamos a tener la oportunidad de conocernos mejor. De ser una familia. Miro a mi madre llena de rabia. ¿Roberto se muda a vivir con nosotras? O sea que lo que hablamos en la cocina hace días no sirvió de nada; prefiere tenerlo a él aquí antes que la seguridad de su hija. No me hace nada de gracia tener que compartir casa con un hombre al que apenas conozco—. Las familias se cuentan las cosas, se entienden y son comprensivas con todos sus miembros.

Enfadada, camino hacia las escaleras rumbo a mi habitación. Cuando paso por el lado de mi madre, me detengo un segundo y la miro.

—Eso en esta casa no existe. Así que nunca podremos serlo.

Sin decir ni una palabra más, me voy hacia mi habitación bastante enfadada y dolida. Aun así, tras ponerme una ropa más cómoda, me centro en hacer las tareas y estudiar un poco. Pero mi mente no deja de rumiar sobre la decisión de mi madre. Es algo tan precipitado meter a este extraño en nuestra casa...

Intento no pensar más y concentrarme en mi tarea, pero es misión imposible. Hoy estoy demasiado rota, demasiado malhumorada, y solo sé de un sitio al que podía huir y sentirme mejor.

* * *

En el aparcamiento del cementerio solo hay un coche. “¡Estupendo! —pienso—. sola al atardecer en un sitio como este”. Sin duda, un guion estupendo para

cualquier película de terror. Aunque no dejo de pensar que debería haber venido antes, también pienso en que me hubiese sido imposible, así que me resigno y decido hacer la visita algo más rápida que de costumbre mientras me apresuro entre las filas y filas de tumbas hasta que llego a la de él. Su cara ligeramente sonriente en la foto de la lápida me alivia automáticamente, y yo me tomo mi tiempo en arrodillarme en el suelo y charlar un rato con él. Aunque sin respuesta. Al cabo de un rato, noto que no hay ni rastro de las flores que le he ido dejando durante estos días. Las nomeolvides desaparecen sin motivo y sospecho que puede ser obra de Camila, su hermana, como símbolo de que no soy bien recibida aquí, ni de tengo derecho a visitarlo cuando, según ella, yo soy la responsable de su muerte.

Miro el reloj y descubro que son casi las ocho, la hora de cierre. ¡Tengo que darme prisa si quiero salir de este lugar! Dejo un beso con la mano sobre la superficie de mármol y me encamino todo lo apresurada que puedo de vuelta a la salida mientras miro hacia todos lados con algo de nerviosismo. Apenas ya queda luz que ilumine mis apresurados pasos, y el lugar se ve más siniestro que nunca. Me da pánico estar sola en un cementerio (creo que como a cualquier persona con dos dedos de frente). Todas esas leyendas, tanto loco suelto que podría hacerme lo que quisiera...

El móvil comienza a sonar de repente con fuerza en mi bolso y me hace pegar un bote del susto. Antes de responder, me llevo una mano al pecho e intento controlar mi respiración. Cuando logro calmarme, descuelgo.

—No vuelvas a hacer esto, Andrea —contesto apenas sin voz mientras no puedo evitar soltar una risilla ante la cómica situación. Menos mal que no me ha visto nadie.

—¿No quieres que te llame más? Eres una amiga sin corazón. —Su contestación con fingido drama me hace reír aún más.

—No, tontilla, estoy sola en el cementerio y me has sobresaltado; eso es todo — le explico—. Pero cuéntame, ¿qué necesitas?

El sonido de mis pasos sobre los adoquines y el aleteo de los pájaros

nocturnos son mis únicos compañeros mientras vuelvo a la puerta de entrada.

—Quería saber si puedes venir a cenar a mi casa. Mi hermano y yo estamos solos, y él te quiere sorprender con sus dotes culinarias.

El plan sonaba genial, hasta que nombró a Martín. Me quedo unos segundos callada.

—Pues no sé... — titubeo.

—Venga, vamos, si no, ¿cómo consuelo a mi hermano luego? Reconoce ya que está coladito por tus huesos. Venga, por favor...

—No sé, Andrea, ya veré. Las cosas en mi casa no son fáciles en este momento.

—¡Pues por eso! —me chilla a través del teléfono. Tengo incluso que retirármelo de la oreja de forma sutil—. Para que te des un paseo y te refresques la mente. ¡Tómatelo como una cena de inicio del curso escolar, nuestro último año!

Me hace sonreír. Supongo que aguantar los halagos de Martín es infinitamente mejor que soportar la voz de mi madre.

—No tienes remedio... Está bien, me lo pensaré. Pero no te extrañe si no aparezco; no prometo nada.

Ella vuelve a dar chillidos de alegría ante la noticia de que casi me tiene convencida. Yo ya casi estoy llegando a la puerta; apenas puedo ver nada más allá de un metro delante de mí.

—¡Gracias, amiga! Nos vemos en un rato.

— No te he dicho nada segu... —La línea se corta.

Yo pongo los ojos en blanco sonriendo. Ya decidiré en el coche si me voy a la cena o a casa. Ya ha anochecido del todo, y aquí me es imposible pensar con tan espesa oscuridad y con los nervios a flor de piel.

Miro hacia todos los lados compulsivamente y me apresuro hacia las puertas de rejas de más de cinco metros y a la luminosidad cálida de la ciudad.

Pero el ruido de unos pasos me deja paralizada a mitad de camino.

Capítulo 9

Asustada, me giro para intentar ver en la oscuridad qué cosa es la que está detrás de mí. En todo el cementerio reina un silencio sepulcral y nunca mejor dicho. Pero, por más que fuerzo la vista, no puedo ver nada más que las cruces de las tumbas que tengo más cerca. Siento el corazón en la boca. ¿Y si algún loco me está siguiendo? Últimamente ha habido tantas historias de chicas desaparecidas y asesinadas que no puedo evitar imaginarme lo peor.

Agarro el móvil con fuerza y enciendo la linterna; sí, esta era una idea estupenda. Una idea que dura cuatro segundos, el mismo tiempo que tarda la batería en abandonarme a mi suerte en completa oscuridad de nuevo.

— ¡Mierda! —susurro sin poder creer mi mala suerte.

Lo mejor sería no mirar atrás, correr hacia la puerta y pedir ayuda. Sí, quizá hasta sea algún animal abandonado que se cuele aquí en busca de un snack nocturno. Me doy la vuelta y comienzo a correr hacia la puerta con todas mis fuerzas.

Pero de repente mi cuerpo choca contra algo que me empuja hacia atrás y casi me tira al suelo. En cuanto me doy cuenta de que no estoy sola, comienzo a gritar como una loca.

— ¡No me hagas nada por favor! —suplico mientras intento, con torpeza, ponerme de pie de nuevo en una posición menos vulnerable.

Puedo distinguir una alta figura oscura que se acerca aún más a mí. Estoy acabada... terminaré con una lápida sobre mi ataúd aquí mismo.

—¡Déjame en paz! —sigo chillando—. ¡Déjame, por favor, por favor, por favor!

Cuando unas manos me toman por los brazos y me inmovilizan, siento que me voy a desmayar del miedo.

—¡SOCORRO! —Ni yo sabía que podía gritar tan alto—. ¡No quiero morir todavía! —Comienzo a llorar a causa del pánico.

—Shh, ¡cállate!—ordena al fin la silueta—. Soy yo.

—¡No quiero saber quién eres, solo suéltame!

Pienso en esas clases de defensa personal que tomé una vez. ¿Dónde era el punto ideal en donde darle una dolorosa patada a este loco y librarme de él?

Me tapa la boca con la mano, impidiendo que vuelva a gritar. Eso me asusta aún más y me pongo a patalear y a intentar liberarme.

—Soy yo, Ángel.

Me quedo inmóvil ante sus palabras. Tras unos segundos intentando recuperar la compostura, él me suelta y yo respiro profundamente, con mis ojos aún llenos de lágrimas y con la garganta dañada por tanto sobreesfuerzo. Me giro hacia él. Nos miramos durante unos segundos en completo silencio, sin saber cómo actuar o qué decir después de tan dramático episodio. Mi enfado decide romper esa quietud, antes de que él se pronuncie.

—¡Imbécil! —chillo mientras le pego manotazos en los brazos y en el pecho, llena de rabia—. ¿Por qué me haces esto?

—¿Qué te he hecho yo? —pregunta incrédulo, protegiéndose de mi ataque. Apenas puedo distinguir sus rasgos—. Estaba regando las flores de la tumba de mi madre cuando oí tu voz y vine a saludarte. No pretendía asustarte.

—Pues menos mal que no era tu intención. Un poco más de tensión y hubiera estado ahí —resoplo y señalo la tumba— en vez de aquí hablando contigo.

—Eres una exagerada. —Comienza a reírse al ver mi expresión.

—Si vas a saludarme así cada vez que me veas, preferiría que no me saludaras, la verdad. —Intento acompasar mi respiración—. Me voy. —Le empujo levemente para que me deje pasar.

Avanzo hasta la puerta, oyendo a Ángel detrás de mí. A unos pasos de distancia me quedo inmóvil.

— ¡No! —chillo mientras tiro de las grandes puertas de hierro negro, sin éxito.

Miro el reloj, cuando las suelto bruscamente. ¡Son las ocho y diez! ¿Cómo ha pasado tan rápido el tiempo? ¿Cómo no he podido darme cuenta?

—¿Qué pasa? —pregunta Ángel preocupado mientras se acerca a mi posición.

—Está cerrada... —Apenas me sale un hilo de voz.

—Déjame ver. —Se acerca y zarandea la puerta intentando abrirla durante unos largos minutos. Después se gira y me mira, secándose unas gotas de sudor que se deslizan por su frente a causa del esfuerzo—. Pues sí. Estamos oficialmente encerrados.

Lo miro entrecerrando los ojos. Lo más fijamente que puedo.

—Y lo dices así, tan tranquilo... —susurro sorprendida ante su evidente tranquilidad ante una situación como esta. Me dirijo hasta la puerta de nuevo para empujarla con toda mi frustración—. ¡Ábrete, maldita!

Ángel me mira cruzado de brazos, con aire divertido. No sé si se ríe porque creo que podré abrir este gran gigante de hierro o porque ha descubierto que tengo un humor algo explosivo, y le parezco graciosa o patética.

—Es inútil, Adriana. No se va a abrir —asegura al cabo de un rato mientras se acerca a mí.

Me detengo respirando agitadamente.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunto soltando los barrotes y girándome hacia él—. Me estás siguiendo, ¿verdad? —le señalo con el dedo y, aunque lo que acabo de afirmar parece una locura, estoy casi segura de que algo raro pasa—. Por eso coincidimos tanto. En cualquier lugar. Al final va a resultar que sí eres un secuestrador o algo parecido.

Echa a reír a carcajadas, casi tronchándose de la risa. Yo solo lo observo sin decir ni una palabra hasta que logra calmarse y me mira con los ojos

brillantes y enrojecidos a causa de tal ataque de risa.

—¿Eres consciente de que estás histérica? —me pregunta, aunque sabe de sobra la respuesta.

Yo intento mantener la compostura. Me doy por vencida con la puerta y camino de nuevo hacia su posición. Una vez allí, meto mis manos en los bolsillos y lo miro.

—Entonces, si no me estás siguiendo, ¿por qué siempre te encuentro en todos los sitios a los que voy últimamente?

—Pura casualidad —se defiende—. Tan solo estábamos ambos en los momentos y lugares oportunos, y ya está. De verdad, deja las paranoias.

—Yo no soy ninguna loca, ni pienso cosas descabelladas. Me atengo a la realidad de los hechos —replico algo molesta, como si fuese una abogada defendiendo algo indefendible.

—¿Ah, no? —ríe—. ¿Y qué pasa con lo de antes? “Déjame, por favor, no me mates, no quiero morir todavía”? —Me imita poniendo una vocecilla chistosa y chillona.

Algo indignada por tener que reconocerle que lleva razón, reúno todo mi enfado y mi miedo, para volcarlos por tercera vez en contra de la puerta. Ángel se acerca y me separa de nuevo. Yo me zafó de su agarre con toda la rapidez que puedo.

—Tranquilízate, Adriana, no te va a pasar nada. Deja de aporrear la puerta.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —pregunto preocupada—. Estoy atrapada en un cementerio, de noche, y con un... Todavía no me has dicho por qué sabes mi nombre.

Él suspira.

—Tu amigo lo gritó hace días cuando te recogió del cementerio. ¿Contenta?

Es cierto: cuando mi guardaespaldas voluntario, Martín, vino a por mí el día del entierro de Daniel. Siento una punzada de culpabilidad.

— Ya veo... —me libero de su mirada sin saber qué decir, avergonzada, así que decido que la mejor forma de zanjar este asunto como una persona madura

es... cambiar de tema. Miro mi móvil de nuevo, para comprobar que sí, que está bien muerto y sin batería, como ya antes pude comprobar.

—¿Qué haces? —pregunta él ante mi silencio repentino. No puedo ver bien su expresión en la casi total oscuridad que nos envuelve.

—Lo que deberías estar haciendo tú. Llamar a alguien para pedir ayuda.

—Lo siento, me dejé el teléfono en casa cargándose —se disculpa.

— Genial... —suspiro con fastidio. ¿Cómo íbamos a salir de aquí?

Él comienza a reírse de nuevo.

—No sé qué te hace tanta gracia —comento cortante—. Vamos a tener que pasar la noche en un cementerio. ¿Te parece divertido?

—Tú me diviertes más —se sincera.

Estoy apunto de replicarle hasta que un extraño ruido hace que me detenga en seco.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto asustada, mirando hacia todos lados y buscando refugio a su lado. Sé de sobra que hacer eso es inútil, ya que la oscuridad lo envuelve todo y apenas puedo ver a Ángel. Pero en un acto inconsciente casi me abrazo a él.

—Son los muertos que salen de sus tumbas y vienen a por nosotros — bromea con voz tenebrosa.

—Eso no tiene gracia. Ninguna gracia.

Me mira sonriendo y me alejo de él, mirando hacia la oscuridad de nuevo.

—¿Dónde vamos a pasar la noche? —Su pregunta rompe el silencio.

—Dirás dónde la vas a pasar tú. No pienso dormir contigo. —Solamente pensar en eso me pone algo nerviosa.

—Prefieres quedarte sola... pues vale. —Comienza a adentrarse entre las lápidas más cercanas mientras sigue hablándome—. Me buscaré algún sitio por ahí para echar una cabezada. —Se detiene por un momento y me mira—. Si ves a algún fantasma, no chilles: eso los pone furiosos —bromea antes de perderse en la negrura de la noche.

Me quedo unos segundos sin saber cómo reaccionar. Escuchando tan solo el

sonido lejano de los coches de la ciudad y el revoloteo de las alas de los pájaros nocturnos.

—Muy bien, vete. Yo... yo puedo estar sola, no... ¡No tengo miedo! —finjo, haciéndome la valiente y esperando que él me haya escuchado.

Creía que estaba de broma y que volvería a mi lado, pero me equivocaba. Su silueta no vuelve a aparecer, y yo siento que el pánico se apodera de mí. Pienso en ir a buscarlo, pero la oscuridad que me envuelve no me invita a hacerlo, y mi miedo tampoco. Seguramente, solo por asustarme, se hubiese escondido por ahí y no hubiese contestado a mi llamada buscándolo. Lo único que se me ocurre es correr a buscar refugio en la pequeña iglesia que está justo a unos metros.

Sí, entraría allí y atascaría la puerta si hacía falta. Intento abrir el portón de madera una vez que alcanzo el edificio, pero me hace el mismo caso que las grandes puertas de hierro que nos mantienen encerrados en este horrible lugar, ninguno. Intento tranquilizarme; alguien me echará de menos y vendrá a buscarme... Sí, tiene que ser así... alguien con quien hubiese quedado... ¡Andrea! Claro, había quedado en ir a cenar con ella. Cuando viese que no llegaba, llamaría a mi casa, y Lidia seguramente llamaría a la policía...

Mis pensamientos cesan. Soy una ilusa si pienso que Lidia, mi madre, se preocuparía por mí. Me dejo caer contra la pared, hasta quedarme sentada en el suelo, haciendo gestos de fastidio. Sin saber si gritar, reír o echarme a llorar. Otro ruido mucho más cercano me paraliza.

Me quedo quieta, casi sin respirar. Otra vez ese sonido infernal. Cada vez más cerca de donde yo me encuentro. Me intento consolar pensando que es un pájaro o cualquier diminuto roedor, habitantes habituales de sitios como estos pero, aun así, mi instinto me indica que me ponga de pie, así que le hago caso.

—¿Ángel? —susurro entre débiles sollozos, asustada—. ¿Ángel, eres tú?

Espero, pero no hay respuesta. ¡No tendría que haber venido a este maldito lugar! Si me hubiese quedado encerrada en mi cuarto, ahora no estaría en esta disparatada situación y...

El ruido oscila mientras yo no dejo de rumiar pensamientos de arrepentimiento. Fuera lo que fuese lo que me acecha, no para quieto. Suena por todos lados, me vigila, me rodea...

—¡Ángel, esto no tiene ninguna gracia! —chillo furiosa con lágrimas en las mejillas.

De repente, siento algo rozarme las piernas y dejo salir un grito de horror que se debe de haber escuchado alrededor de un kilómetro a la redonda. Los pájaros que hay en el cementerio salen volando asustados, haciendo muchísimo ruido con sus alas. Yo solamente miro al suelo mientras grito y pego brincos intentando deshacerme de lo que sea que está pegado a mi pantorrilla.

—¿Qué es esto? —grito—. ¡Ángel! Ven, por favor, ¡Ven, te lo suplico! —me trago mi orgullo y lo llamo a voces. Aunque el cementerio es enorme, suplico por que pueda escucharme y venga corriendo. Pero pasan los minutos, y no aparece nadie.

En un acto de valentía, me despego de la pared y me dirijo hacia el bulto negro. Abro la mano, con mi respiración agitada, para tocarlo, pero esa cosa emite un sonido muy raro y comienza a perseguirme. Echo a correr por la hierba, sin saber muy bien de qué estoy huyendo. No tengo ni idea de cómo esquivo las tumbas y no me choco con ninguna. Asocio ese superpoder al pánico que me embarga. De vez en cuando miro hacia atrás sin dejar de correr, para comprobar si esa cosa aún me sigue y de pronto vuelvo a chocar contra algo. Grito pero, en cuanto reconozco que es el cuerpo de Ángel, lo abrazo con todas mi fuerzas.

—¡Me están persiguiendo, Ángel! Algo negro, que yo... venía, estaba en la pared y un ruido... —Empiezo a trabarme de los nervios.

—¡Tranquila, Adriana! Solo es un gato —me calma.

—¿Un, un gato? —levanto la cabeza y lo miro.

—Sí. Un gato —repite.

Me giro lentamente y compruebo que tiene razón. Como siempre. Es un gato.

La pequeña fierecilla llega hasta mi pantorrilla y me da un leve arañazo antes de desaparecer en la oscuridad de nuevo. Ambos lo miramos hasta que lo perdemos de vista.

—Estúpido bicho —susurro aliviada.

He quedado como una perfecta idiota. De repente caigo en la cuenta de que estoy abrazada a él. Siento mi corazón acelerado de más, a causa del susto claro. Inmediatamente lo libero de la presa de mis brazos.

—Solo ha sido causa del miedo, un acto reflejo —me excuso—. Lo siento.

Él sonrío y me agarra del brazo.

—Bueno, ya que la señorita valiente se asusta con un simple gato —dice burlándose—, creo que me tendré que quedar con ella el resto de la noche.

—Ni pienses que... —Estoy a punto de decirle que se marche, que no lo necesito, para no perder el poco orgullo que me queda pero, al acordarme del miedo que he pasado cuando estaba sola hace unos minutos, cambio el significado de mi frase—... que me voy a quedar sola en un lugar como este.

Él sonrío de nuevo, satisfecho.

—He encontrado una esquina detrás de la iglesia, donde podemos sentarnos y pasar la noche. ¿Qué dices? —sugiere.

—¿Acaso puedo decir que no? —contesto alzando una ceja mientras maldigo mi suerte internamente.

Capítulo 10

Ángel va delante guiándome entre la oscuridad mientras yo camino muy pegada a él, intentando calmarme y asimilar esta irreal situación. De algún modo u otro me alegro de no estar sola, y su presencia logra calmarme.

Él de repente se detiene y se gira con una sonrisilla torcida dibujada en su cara.

—¡Aquí está! —me mira y extiende los brazos señalándome al suelo de cemento—. ¿Te gusta? Es la mejor habitación que tenían en la Web de reservas. Tiene aire acondicionado gratis.

Su broma me hace poner una débil sonrisa en mis labios; aun así, me encierro detrás de mi actitud preferida: la de chica borde a la que nada le afecta.

—Preferiría mi habitación —objeto cortante—. Pero da igual. Total, no voy a pegar ojo.

—¿Por qué no? —pregunta sorprendido mientras se sienta cerca de la esquina. Unas hojas crujen bajo su peso—. Tú puedes dormir. Yo cuidaré de que ningún otro gato te asuste.

Me hace un gesto para que le acompañe.

—¡Muy gracioso! —me quejo.

Camino hacia la esquina formada por una de las paredes de la calle y uno de los laterales de la iglesia, y me siento en el suelo a su lado. El cemento está cubierto de ramas, hojas secas y algún que otro bichillo al que prefiero no

hacerle mucho caso para no morirme del asco. Respiro hondo y pienso que pronto esta pesadilla va a acabar. Él me imita y se pega aún más a mí. Y de alguna forma me siento confortada, pero a la vez incómoda, como si estuviese traicionando a Daniel de algún modo.

—Estoy bien, no hace falta que te pegues tanto —intento decir con tacto, para que él no se sienta mal. Aunque a buenas horas me iba a poner yo a ser considerada, cuando había sido ya todo un basilisco con él antes.

—Me lo vas a agradecer cuando llegue la madrugada —afirma—. Créeme que querrás que te abrace y todo, ya verás.

Él sigue con su estupendo humor y bromeando. Lo miro fijamente. Quizá piense que soy la típica chica adolescente a la que seguramente se ligará al segundo con esos ojazos azules que se gasta. Pero no, no sabe que conmigo eso no funciona. Ni funcionará nunca.

—Prefiero helarme de frío —le contesto para bajarle los humos.

—Como tú quieras. —Con una mueca divertida, se separa unos metros de mí—. Pero luego no grites mi nombre para que te ayude como antes...

—¿No te ha dicho nadie que tus bromas no hacen gracia? —Aquí va el basilisco de nuevo.

A pesar de la oscuridad, noto cómo se pone rígido, triste incluso. Su ojos se tiñen de un aura que soy incapaz de describir.

—Mi madre me lo decía mucho —sonríe tristemente—. Siempre estaba encima de ella; quería hacerla reír todo el tiempo que le quedase.

Automáticamente me siento mal conmigo misma. Mi estúpida actitud ha traído tristes recuerdos a su mente. Y ya estamos rodeados de suficiente tristeza. Así que quiero consolarlo, de alguna manera, en gratitud por portarse tan bien conmigo esta noche.

—¿Por qué murió? —le pregunto con cuidado, asumiendo que eso es lo que le ocurrió a su progenitora.

—Cáncer —me explica firmemente mientras me mira a los ojos—. Nunca sabemos realmente cuánto queremos a alguien hasta que lo perdemos.

Entonces es cuando nos damos cuenta, pero ya es demasiado tarde para volver atrás. ¿Y a tu novio qué le pasó?

—Un accidente de coche —confieso. Los ojos se me empañan de lágrimas, pero logro controlarlas. Lo único que nos falta es que esta horrible noche se convierta también en el festival de las lágrimas—. Y lo peor de todo es que no tuve la ocasión de pedirle perdón por ser una imbécil.

—Tú no eres ninguna imbécil. —Me sorprendo al escuchar esas palabras salir de su boca cuando he sido tan antipática con él.

—Sí que lo soy. Porque le acusé de algo horrible que no era cierto —insisto.

—No seas tan cruel contigo misma. Seguro que esté dónde esté... —Sus ojos azules brillan en la oscuridad, y el resplandor de la luna llena saca destellos preciosos de ellos—... está muy orgulloso de ti por seguir adelante. Aunque tu forma de sanar sea enfadarte con el mundo.

Alza la ceja juguetón. Yo me asusto de ver lo mucho que consigue ver en mi interior.

—Seguro que tu madre piensa lo mismo —le consuelo también.

Tras eso nos quedamos unos segundos en completo silencio. ¡Qué incomodidad!

—Bueno, no nos pongamos tristes. —Se recuesta contra la pared y mira la luna—. La vida es algo maravilloso y debemos aprovecharla —me mira—. ¿No crees?

—Supongo que sí, aunque a veces es difícil —susurro desganada.

—Sí. Como cuando te encierran en un cementerio, por ejemplo...

Sin darme cuenta por primera vez en mucho tiempo, suelto una carcajada. Sin darme cuenta, sin forzarla. Enseguida me callo.

—Por fin te he hecho sonreír —aprovecha la oportunidad para acercarse a mí—. Tienes una sonrisa muy bonita, no la ocultes.

—Adulador —digo con una sonrisilla desconfiada—. ¿Con cuántas te funciona este truco?

Él hace como que piensa.

—Creo que como una docena o así... pero últimamente no es efectivo.

Yo niego con la cabeza ante tales palabras de gallito de corral. Creo que la conversación se ha ido por las ramas, así que, como no quiero seguir escuchando sus trucos de ligoteo, dejo apoyar mi cabeza sobre el muro de la iglesia, y cierro los ojos.

—Mientras antes nos durmamos, antes se acabará todo esto —susurro.

Él, resignado, me imita, aceptando que la breve charla ha terminado y es hora de irse a dormir. Cuando vuelvo a abrir los ojos, sigue siendo noche cerrada, y tengo un ligero dolor de espalda bastante molesto. Volver a la realidad no es nada agradable, y menos cuando estás atrapada en un cementerio con un desconocido. Aunque ya no tanto, claro.

Miro el reloj. ¡Las doce de la noche todavía! Nueve horas más aquí encerrada... ¿Es que mi madre no se acuerda de que tiene una hija? Bueno, que yo desde pequeña me haya perdido muchos días por ahí y no haya aparecido por casa en numerosas ocasiones me va a pasar factura esta vez, porque no sospechará que pasa nada raro. Miro a Ángel, y me sorprendo al ver que no hay ni rastro de mi compañero. Nada. Me yergo de repente asustada.

¡No está!

¿Qué hace una en estos casos? Me pongo de pie intentando ver algo a lo lejos. Quizá haya necesitado ir al baño; no lo iba a hacer conmigo delante o quizá se quiera vengar un poco por cortar nuestra anterior conversación y está jugando un poco conmigo.

—Ángel, te juro que, como estés planeando algo para asustarme...— grito a la oscuridad que se extiende por todas partes—. ¡Ángel! ¿Dónde estás? Te juro que...

Una figura oscura y alta comienza a tomar forma cuando se acerca a la iglesia.

—Deja de blasfemar contra mí.

¡Oh! Es él. El alivio inunda mi cuerpo nuevamente.

—Pensaba que te habías ido sin mí... —confieso cambiando un poco mis pensamientos anteriores.

—Solo he ido a ver si nos podíamos saltar por alguna parte. No podía dormir, y antes no comprobamos la altura de todos los muros como deberíamos haber hecho. — Hace una pausa cuando llega a mi posición—. Como te vi dormida, no te quise molestar.

—Perdóname. —Lo miro fijamente, pero aparto la mirada enseguida—. Me pongo histérica y pierdo los papeles en estas situaciones...

—Relájate —me calma—. Solo es un cementerio y aquí solo hay muertos.

—Vaya, ya me quedo más calmada —señalo con ironía.

Él ríe mientras mete sus manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿Y qué? ¿Has encontrado algo interesante? —pregunto sin mucha esperanza.

—Creo que, con un poco de esfuerzo, podremos saltarnos por la pared que hay en la zona este. Es un muro de unos cuatro metros, pero podemos probar...

—Si eso nos garantiza el salir de aquí, saltaré como un canguro si hace falta.

Tardamos cinco minutos en atravesar el oscuro camposanto, con los escalofríos pegados a mi espalda y yo haciendo lo mismo con la espalda de Ángel. Solo dejaba unos cinco centímetros de separación, ni más ni menos. Cuando llegamos, el muro tiene peor pinta de lo que imaginé: de color gris oscuro, cubierto de hiedra y musgo. Va a ser imposible trepar por aquí. Ángel abre la boca justo cuando yo estoy a punto de desistir de nuestra idea de escape.

—Vale, voy a poner mis manos así —dice clavando una rodilla en el suelo y poniendo las manos juntas—. Tú vas las vas a usar de trampolín. Súbete, yo intentaré ayudarte alzándote hasta que puedas alcanzar la parte de arriba. Una vez llegados a ese punto, todo queda en tus manos. ¿Cómo de fuerte estás de brazos?

—Pero ¿y tú? —le pregunto sin acabar de asimilar el plan que se trae entre manos—. Yo no puedo alzarte cuatro metros hasta arriba.

—Yo simplemente me quedaré aquí como un niño bueno esperando a que vayas a buscar ayuda y me saques de aquí. Eso se llama *confiar*, eso que tú no haces conmigo desde el principio.

Pongo los ojos en blanco ante su ataque, aunque sé que lo dice en broma para aliviar la tensión. Dudo un poco si llevar a cabo el plan, pero finalmente me acerco a él y coloco mi pie derecho sobre sus manos. No duramos de pie ni cinco segundos. Así que pasamos al bochornoso plan B: subirme a colombrillos. Con su más de metro ochenta de altura, sumado a mis también generosos centímetros, mi vista logra quedarse a ras del muro. Pongo mis manos encima de la fría piedra.

—¡Vamos, haz fuerza e intenta subir! —me grita Ángel desde abajo.

Hago lo que me pide, pero no da mucho resultado. El musgo hace que mi agarre no sea firme, y mis intentos por dejar de estar sobre los hombros de Ángel y poner alguna pierna encima del muro son todos muy fallidos. Temo caer al vacío, y empiezo a desanimarme.

—Está muy alto, Ángel —protesto jadeando por el esfuerzo—. ¡No puedo!

—¡Haz un esfuerzo, Adriana! —me anima desde abajo.

Vuelvo a intentarlo, pero de nuevo es inútil. Vamos a terminar ambos llenos de moratones y cansados. Para colmo, me muero de hambre.

—¡Intenta ponerte de pie sobre mis hombros! —me dice, y me suena a locura total.

Aun así, yo intento ponerme de pie sobre él ayudándome de mi agarre en el muro pero, al intentar dar un salto, todo el plan se va al traste. Mis manos se escurren, pierdo el equilibrio y siento cómo me precipito de espaldas contra el suelo, sin poder remediarlo. Cierro los ojos y me cubro la cabeza para que el golpe no sea grave.

Y no sé exactamente lo que pasa, porque pasa muy rápido. En menos de cinco segundos, estoy tirada en el suelo con Ángel encima de mí, sintiendo la

fría hierba sobre mi espalda y sin un rasguño. Él hace algunas muecas de dolor; claramente de algún modo logró frenar la caída con su cuerpo y evitó que yo me hubiese roto la cabeza contra el suelo.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada, con un hilillo de voz.

Siento su aliento en mi cara y sus ojos intensos, que me miran. Eso hace que me ponga algo nerviosa. No sé cuánto tiempo estamos mirándonos en silencio pero, al cabo de un rato, él comienza a reírse, por lo que asimilo que no le ha pasado nada malo, y me uno a su risa. Desde luego nuestro plan ha sido un fracaso rotundo y parecemos dos locos totales allí tirados.

—Esto no ha sido una buena idea —se ríe.

—No muy buena, la verdad —continúo riéndome—. Esto nos pasa por pensar que somos como Spiderman.

Tiene una sonrisa deslumbrante. Me quedo mirándolo un rato más. Puedo sentir la presión de su cuerpo contra el mío y su corazón latir apresurado. Se levanta y me ayuda a incorporarme al cabo de unos segundos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunta mientras se sacude la ropa.

—Pues esperar a que amanezca. ¿Qué, si no? —propongo.

Ambos retomamos el camino de vuelta a nuestro pequeño rincón al abrigo de la pequeña iglesia, e intentamos conciliar el sueño justo como hicimos antes de nuestra pequeña aventura.

—Bueno, esto es mejor que si me hubiera caído al mar. Hay que mirar el lado positivo.

Me mira extrañado.

—¿Por qué? —pregunta curioso—. ¿Te dan miedo las algas?

—No, es que yo no sé nadar —confieso.

—¿No sabes nadar? —repite sorprendido.

—Siempre me escaqueaba cuando tenía que ir a las clases de natación. La verdad es que no me gusta nada y al final aquí estoy... con casi veintitrés años y sin saber nadar.

Me mira interesado en la conversación. Quizá preguntándose qué clase de

trauma tengo con el agua para no haber ni querido aprender a hundirme entre sus húmedos brazos.

—No sé de dónde viene ese miedo irracional —le confieso con sinceridad—. Simplemente, detesto el agua; me agobia, me angustia...

—Te entiendo —contesta comprensivo—. Cada uno tiene sus miedos, y ya está.

Yo asiento, dándole las gracias en silencio por no pensar que soy una rarita.

—¿Qué hora es? —le pregunto para cambiar de tema. Quizá no me debería haber abierto tanto a él y contarle cosas personales. ¡Apenas lo conozco! Pero de alguna forma me apetece hacerlo.

Él mira el reloj.

—La una y media de la madrugada. —Me mira—. ¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—Na-nada —Los dientes me castañean, traicionándome. ¿En qué momento ha bajado tanto la temperatura? Tener la espalda mojada por la caída de antes tampoco ayuda.

Se quita su chaqueta y me la tiende caballerosamente.

—Toma, pónstela.

—¿Es otro de tus trucos? —bromeo sobre sus técnicas de ligue, pero él no sigue mi broma—. Vuélvstela a poner. Tú también tienes frío.

Él mueve su mano con la chaqueta en esta, insistiendo.

—No tanto como tú. Vamos, cógela. —Mueve el abrigo, para que lo coja.

—No puedo ser egoísta.

—Eres la persona más cabezota que he conocido.

Chasquea la lengua y se levanta. Se pone enfrente de mí y me cubre el cuerpo con su chaqueta. Hago un gesto de fastidio, pero la verdad es que estoy mucho mejor ahora.

—Te lo vas a poner tú y se acabó el tema. —Vuelve a su posición y cierra los ojos.

A pesar de que su gesto me conmueve, no me dejo amedrentar.

Sinceramente, creo que algo raro oculta y que no puedo dejarme encandilar por el simpático chico de ojos azules, así que lo imito. Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se relaje.

* * *

Abro los ojos poco a poco, a causa de la luz que sustituye ahora a la oscuridad nocturna. Estoy muy cómoda. Más que cuando me quedé dormida. Antes de ser totalmente consciente de que estoy acostada sobre el regazo de Ángel, tengo que mirar varias veces. De mi cuerpo tumbado, a sus ojos mirándome, de sus ojos a mi cuerpo y así durante unos minutos. Hasta que me retiro de golpe, con tal brusquedad que me termino mareando. Le lanzo su chaqueta, intentando recuperar la compostura.

—¿Has dormido bien? —me pregunta con una sonrisa en la boca—. Yo he dormido estupendamente.

—¿Por qué estábamos durmiendo juntos? —pregunto tragando saliva.

—Tú solita te me echaste encima; no me mires así. —Pone sus manos hacia arriba, para librarse de toda culpabilidad.

Quería que me tragara la tierra de la vergüenza que sentía.

—Ya es de día. —Me paso la mano por la frente; soy experta en cambiar de temas—. Recuérdame ponerle una querrela al maldito conserje que nos ha dejado aquí encerrados.

—Tampoco ha sido tan malo. —Me mira—. Yo me lo he pasado bien.

—A mi costa.

—Bueno reconozco que tu mieditis aguda me ha hecho reír mucho, pero también me ha gustado conocerte más.

—Perdona que no diga lo mismo. Pero yo he pasado tanto miedo que...

Me tapa la boca con la mano y mira hacia el lado.

—¿Qué pasa? —le pregunto confundida, cuando me deja la boca libre.

Se levanta y camina hacia la esquina contraria para asomarse. Yo hago lo

mismo, no sin esfuerzo, porque estoy llena de dolores por dormir en el suelo.

—Creo que viene alguien —me advierte sin dejar de mirar—. He oído voces.

—Debe de ser el encargado del cementerio ¡Por fin! ¡Qué bien! Vamos a largarnos de este sitio... —digo entusiasmada mientras salgo de nuestro escondrijo.

—¡No! —Me agarra del brazo y me lleva de vuelta al lugar donde se encuentra—. ¿Estás loca o qué? Si salimos y nos ven, van a creer que nos saltamos por la noche para...

Lo miro extrañada. Se da cuenta de que no entiendo nada por la expresión de mi cara.

—Adriana, hay muchas parejas que se saltan por la noche para hacer... para hacer ¡lo que ya sabes!

—No tiene por qué pensar eso —respondo cayendo en la cuenta de a qué se refiere—. Le diremos que nos quedamos atrapados dentro anoche y...

—Créeme que este tío no te va creer. Ya he tenido problemas con él antes otras veces que he visitado la tumba de mi madre.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunto deseando salir de este maldito lugar de una vez por todas.

Piensa durante unos instantes y luego me toma por los hombros; hace que lo mire.

—Vamos a intentar burlarlo, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

—Pero, Ángel, ¿no te parece que estamos exagerando esto demasiado? Esto es una chorrada; salgamos y hablemos con él.

Él niega rotundamente; se acerca hasta el extremo de la pared, poniéndose su chaqueta y vigila el terreno.

—Viene hacia la iglesia —informa y luego me mira—. Cuando se meta dentro, te haré una señal con el dedo y salimos corriendo hacia la puerta principal. ¿De acuerdo?

Vuelvo a asentir y cojo el bolso a la espera de su señal.

—¿De verdad crees que esto es necesario? Ni que fuéramos delincuentes.

—Es capaz de ponernos una denuncia o algo parecido. Prepárate... ¿Estás lista?

Asiento por quinta vez.

—Vamos, acaba de entrar a la iglesia —me hace un ademán con la mano.

Comienza a correr con tal velocidad que soy incapaz de alcanzarle. Corre demasiado rápido. En un intento de atrochar por una esquina, tropiezo con una de las tumbas y caigo al suelo gritando para mis adentros. Me he torcido el tobillo. O algo peor.

Aunque él va bastante lejos, se gira para ver qué me ha ocurrido. Maldice entre dientes el altercado y corre hasta mi posición. Velozmente pasa su brazo debajo del mío y me ayuda a levantarme y a seguir caminando apresuradamente junto a él.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta fatigado por la carrera.

—Me he tropezado. Lo siento...

—No hay tiempo para disculparse, vamos.

Un dolor agudo recorre mi tobillo derecho.

—¡Ay! —me quejo.

—¿Te has hecho mucho daño? —pregunta preocupado, mientras mira hacia todos lados.

—No puedo apoyar el pie, Ángel. Creo que me he hecho un esguince.

Sin decir una palabra, me coge en sus brazos y echa a correr conmigo encima. No para hasta que no estamos a salvo en el aparcamiento. Y el cementerio, así como todos los recuerdos de esta horrible noche, quedan atrás. Por fin.

—¿Crees que te puedes mantener de pie? —Su voz suena como un susurro a causa de la fatiga.

—Lo intentaré.

Me deja caer en el suelo poco a poco pero, al apoyar la pierna derecha,

otro latigazo de dolor recorre mi pierna. Grito del dolor. Ángel, entonces, abre la puerta del copiloto de su coche y me ayuda a sentarme con las piernas hacia el exterior. Me alza los vaqueros hasta la rodilla y me examina el tobillo.

—Yo no entiendo mucho de esto, pero creo que se está hinchando demasiado.

Hago un gesto de dolor cuando él presiona uno de sus dedos contra mi tobillo.

—Me duele muchísimo —confieso con lágrimas en los ojos del dolor y del cansancio acumulado.

—Vamos. —Me ayuda a colocarme bien en el asiento y me pone el cinturón de seguridad.

—¿Me estás secuestrando? —bromeo.

—Solo hasta que te lleve al hospital. —Cierra mi puerta y luego se sienta al volante.

—¡No puedes llevarme al hospital! —exclamo asustada.

—¿Cómo no te voy a llevar? Se te hincha por segundos la pierna. —Arranca el coche.

—Mi madre trabaja como enfermera allí y, si me ve así...

—Tranquila. Ya me inventaré algo —me calma mientras conduce de vuelta a la ciudad.

—¿Y qué pasa con mi coche? —sigo inventándome excusas para que no me lleve al hospital.

—Vendré a por él después de dejarte en tu casa. Tú solo tienes que darme las llaves. Tranquilízate de una vez, anda.

Apoyo la cabeza en el asiento. No puedo hacer nada; tengo que ir donde él me lleve y encima no podré bajarme del coche y echar a correr hacia mi casa por culpa del maldito tobillo.

Capítulo 11

Un ambiente bochornoso nos saluda al entrar por las puertas de urgencias del hospital y, mientras, me hacen unas cuantas radiografías. Yo no puedo dejar de girar la cabeza de un lado a otro de modo descontrolado mientras un celador empuja mi silla de ruedas, pasillo abajo hasta la consulta del doctor. Ángel me mira como si el golpe me lo hubiese dado en la cabeza en vez de en el tobillo. Todos mis temores se hacen realidad, no de la manera que esperaba, cuando la puerta blanca se abre y veo al médico que me espera sentado tras su escritorio.

—¿Roberto? —pregunto pálida. Aunque la pregunta sobra, es obvio que es él. Seguramente, mi madre lo conoció aquí en el hospital, y ahí empezó toda esta tortura que es su extraña relación.

Él se pone de pie enseguida, fingiendo ser un padrastro preocupado y consternado. Y no puedo evitar desconfiar aún más de él. No sé qué tiene este hombre que no me parece para nada trigo limpio.

—Adriana. —Camina hasta mi silla de ruedas y se agacha en frente de mí—. ¿Dónde has pasado la noche? Tu madre ha estado muy preocupada por ti. Ha sido una irresponsabilidad enorme no avisarnos.

La sensación de susto abandona mi cuerpo y lo miro fijamente.

—Sí, apuesto a que sí... —susurro para mí—. No tengo por qué darte explicaciones. Ya se las daré a Lidia cuando se las tenga que dar —respondo algo cortante.

Su expresión cambia de manera casi imperceptible, pero se las apaña para que no se note. Da por hecho que la conversación acerca de mi noche fuera de casa acaba, y se centra en hacer su trabajo.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta mientras me examina la pierna.

Ángel permanece de pie como una estatua, apoyado en la pared con los brazos cruzados y sin quitarnos los ojos de encima. Roberto lo mira de vez en cuando con cara de pocos amigos.

—Me tropecé —contesto a su pregunta sin dar muchos detalles.

—¿Dónde?

—¿Y eso qué importa? —le corto de nuevo. No necesita saber más cosas para poder curarme—. Iba corriendo y me torcí el tobillo. Eso es todo.

Él examina un poco más en profundidad, preguntándome si me duele al presionar en algunas de las partes de mi pie, mi tobillo y mi pierna.

—Es un esguince —diagnostica, y luego se dirige hacia la vitrina, donde hay un sinfín de pastillas, vendas y utensilios médicos.

—He visto tus radiografías y no es grave, así que no te preocupes. Se te pasará en un par de días. Solo te lo voy a vendar. Intenta estar en reposo el máximo tiempo posible.

Asiento con la cabeza y miro a Ángel. Él me sonrío, aliviado de que no sea nada.

En cuanto Roberto acaba con su trabajo, me receta algunos calmantes y me manda derecho a casa.

—Te llevaré a casa unas muletas para que puedas moverte con mayor facilidad —ofrece él.

—Vale —le agradezco con educación.

No me puedo imaginar nada más bochornoso que salir del hospital en los brazos de Ángel con todos los pacientes de urgencia que esperan ser atendidos, mirándonos. Por más que le insisto en que me suelte, él no da su brazo a torcer y, aunque intento que me deje en el suelo haciendo movimientos bruscos, él no me suelta hasta que me deja bien sentada de nuevo en el asiento

del copiloto.

—¿Conoces a ese hombre? —pregunta con curiosidad mientras conduce a través de las abarrotadas calles de Barcelona.

—Por desgracia, sí. Es el novio de mi madre —informo sin dejar de mirar fijamente a la calle.

—No suenas muy entusiasmada con ello —señala—. ¿Te da coraje que tu madre rehaga su vida?

—Claro que no, es solo que ese hombre... —Miro a través de la ventana —... No me da buena impresión. Es como si ocultara algo bajo esa fachada de hombre amable y perfecto.

Él me mira brevemente con gesto divertido y luego vuelve a centrar su atención en la conducción.

—¿No será otra de tus paranoias? —pregunta bromeando.

Lo miro algo fastidiada. Vaya imagen que se está creando de mí este chico desconocido.

—Yo para estas cosas tengo un sexto sentido —me justifico.

—Pues entonces ve con cuidado. —Me mira para dedicarme una sonrisa de las suyas, aunque no sé muy bien si me ha tomado en serio—. ¿Dónde vives?

— En Pedralbes.

Sus ojos se abren de par en par cuando nombro uno de los barrios más caros de la ciudad. Silba sorprendido.

—Sí, yo tampoco me explico cómo una mujer soltera y enfermera se pudo costear una casa de dos plantas ahí —confieso refiriéndome a Lidia. Nunca tuvimos dinero para grandes lujos y, ahora que me paro a pensarlo más detenidamente, sigo sin comprender de donde salió tanto dinero para poder vivir en el barrio en el que vivimos.

* * *

Cuando aparca frente a mi casa, la verja está cerrada. Yo suplico que Lidia

esté en el hospital y no se le ocurra salir como una exhalación a montar una escenita de madre ofendida. No delante de él.

—¿Es aquí, no? —Él echa un vistazo a la gran casa blanca—. Vaya, estas casas parecen sacadas de las películas americanas.

Le sonrío educadamente.

—Bueno —digo mientras abro la puerta del coche—. Gracias por haberme traído y por haberme soportado en el cementerio.

—¿Dónde vas? Déjame que te ayude. —Se baja del coche a toda velocidad y me sujeta por los brazos y la cintura.

—No hace falta —niego algo nerviosa—. Yo puedo sola; ya has hecho suficiente por mí hoy. Debes pensar que soy la chica más patosa que conoces.

Se echa a reír.

—Y la más testaruda —bromea.

Cuando abro la puerta de casa, el silencio nos saluda. Pero, aun así, quiero asegurarme de que no esté la fiera rondando por aquí.

— ¿Lidia? —grito, y espero unos segundos. No hay respuesta. Me vuelvo hacia él—. Debe estar en el hospital.

Él me lleva hasta el sofá del salón, donde me deja caer con cuidado. No me di cuenta antes, pero la pierna me arde por dentro. Hago un gesto de dolor.

—¿Te duele mucho? —me pregunta mientras se sienta a mi lado en una silla.

No tengo más opción que ser sincera con él.

— Me duele un montón la pierna.

—Te traeré las pastillas que te ha recetado tu padrastro. —Se levanta y se dirige hacia la puerta—. No te muevas de ahí; enseguida regreso. Ah, y dame tus llaves para que te traiga el coche.

—Ángel, no tienes por qué ir a comprar nada. Ya me las traerá mi madre cuando venga del hospital, no te preocupes. Vete a tu casa; tu padre debe de estar preocupado por ti. ¡Ah!, y no llames a ese hombre mi “padrastro”: no es nada mío.

Intento dejar las cosas claras para no crear confusión.

—No te preocupes. Vivo solo: mi padre trabaja en Valencia. —Me quita las llaves de las manos—. Ahora vuelvo. Ni se te ocurra moverte.

—No hace falta que... —El portazo de la puerta de la calle me da a entender que ya se ha marchado, haciendo lo que le ha dado la gana. “Cabezota”, digo para mí.

* * *

No sé en qué momento me quedo dormida pero, cuando vuelvo a abrir los ojos, ya es totalmente de noche fuera, y una manta me cubre por completo. La lujosa chimenea de mármol también está encendida.

—Buenos días, o noches, mejor dicho. —Ángel me dedica una sonrisa sentado en uno de los mullidos butacones.

—¿Por qué no me has despertado? —pregunto confundida mientras me incorporo en el sofá teniendo cuidado con mi pie vendado.

—Cuando regresé, te encontré dormida y no quise despertarte.

—¿Qué hora es? —me siento desorientada.

—Las ocho de la tarde —me comunica tras mirar su reloj.

—¿He estado durmiendo todo el día?

Asiente con la cabeza y luego señala algo en la mesita baja de cristal.

—Ahí están tus pastillas. Tómatelas como una niña buena, anda.

Las cojo, junto con el vaso de agua que descansa en la mesita y me las tomo, obediente.

Él se levanta de la butaca y camina hacia mi posición.

—Ven. —Me ayuda a levantarme del sofá—. Debes de estar hambrienta: no has comido en todo el día.

—Te repito que no hace falta que sigas aquí conmigo. Mi madre está a punto de llegar; vete a tu casa. Debes de...

Me quedo boquiabierta cuando veo lo que ha hecho durante mi larga siesta. La mesa del comedor está muy bien abastecida con una vistosa cena para dos.

—¿Qué es esto? —Tengo un nudo en el estómago. Daniel nunca tuvo un gesto así conmigo en seis años. Ni él ni nadie. Me siento conmovida, y no lo puedo ocultar.

—Es tu cena. —Me ayuda a sentarme en la silla—. Y la mía también, porque la verdad es que tengo hambre. Espero que no te importe que te haya puesto patas arriba la cocina—. Me sonrío mientras se sienta en el otro extremo de la mesa frente a mí.

—Gracias, Ángel —agradezco con sinceridad—. No tenías por qué.

—No me ha costado nada. —Coge un trozo de pan y se lo lleva a la boca, masticándolo enérgicamente—. No te he echado burundanga en la comida ni nada de eso; puedes comer tranquila.

No puedo evitar sonreír ante su chiste.

—Comprende que no es muy normal que alguien a quien no conoces en absoluto te trate con tanta consideración. —Lo miro fijamente y me llevo una cucharada de sopa a la boca. Está deliciosa.

—Bueno, no somos completos desconocidos ahora. Vamos juntos a la universidad y hemos pasado hasta una noche juntos. Ya mismo podremos ser amigos y todo.

— Ya veremos — contesto algo desconfiada ante tanta amabilidad repentina.

En ese momento, ambos escuchamos la puerta de la entrada cerrarse de un portazo y mi cuchara cae con estridencia sobre la sopa salpicando el mantel. Mi peor pesadilla estaba a punto de hacerse realidad. Ángel no puede conocer a mi madre. No aquí, no en esta situación. Más bien nunca.

Los pasos se aproximan al comedor, y soy incapaz de pensar en algo que me evite un gran problema. Me quedo como un pasmarote mirando el gran arco que une el comedor con el salón.

No es ella la que se detiene en frente de nosotros.

—Roberto... —susurro sorprendida.

—¿Qué tal, chicos?—pregunta muy educadamente—. La cena tiene una

pinta deliciosa.

—Sí. —le rodeo la cara y él mira a Ángel. Seguro que le está insinuando con la mirada que se largue.

—Será mejor que me vaya. —Ángel se levanta apresurado ante la intimidación de Roberto.

Casi estoy tentada a agarrarle de la manga de su chaqueta y no dejar que se vaya y me deje sola en casa con este hombre, pero no puedo hacer eso. Tengo que mantener la compostura. Terminaría de comer y me iría corriendo a mi cuarto.

—¿Y Lidia? —pregunto.

—Tiene turno de noche. Vendrá mañana por la mañana.

Ángel me mira preocupado. Duda si marcharse o no.

—Nos vemos mañana. Gracias por todo. —Y esas palabras que salen de mi boca bastan para que entienda que sí, que estaré bien, que se marche.

—Bien. Hasta mañana.

Le digo un adiós escueto mientras lo observo desaparecer. Luego miro a Roberto, inquieta. Él me mira intensamente.

—Aquí tienes —dice tendiéndome las muletas.

Me levanto con algo de dificultad y cojeo hasta su posición. Me pasa las muletas y compruebo que sí, que es mucho más cómodo así.

—Gracias, Roberto —le digo con fingida amabilidad—. Buenas noches.

Intento dirigirme hacia mi habitación en el piso superior, pero él camina detrás de mí, y me toma bruscamente por el brazo, lo que hace que me detenga y casi me caiga.

Me hace daño. Lo miro sin entender muy bien de qué va todo esto.

—Déjate de juegos conmigo. No tienes tu suerte —me amenaza.

—No sé de qué hablas —me hago la tonta mientras me suelto de su agarre y vuelvo a tomar control sobre las muletas.

—Sé que no me soportas. —Me mira—. Y estoy cansado de tanta hostilidad. Y más delante de tus amigos.

Su expresión se suaviza. Pero juraría haber visto un brillo malicioso en sus ojos que se empeña en ocultar.

— Tú no vas a impedir que yo me case con tu madre, y cuando lo haga, te voy a enseñar un poco de educación, que es lo que te falta. —Sus ojos me atraviesan.

—¿Me estás amenazando? —Intento sonar serena, aunque la rabia comienza a embargarme.

—Solo te estoy avisando.

—Pues déjate de avisos —contesto seca—. Primero, tú no eres mi padre para enseñarme esa supuesta educación que me falta. Ni lo serás nunca. Y segundo, puedes hacer con mi madre lo que te venga en gana. Es más, si os casáis y os marcháis bien lejos, seré la persona más feliz del mundo. Así que dejadme en paz ambos o...

—¿Y qué nos vas a hacer tú, Adriana? —Me agarra de nuevo y me acerca a su cuerpo—. ¿Vas a llamar a tu novio para que te defienda? Ah no... está muerto.

Su sonrisa malévola, y esas palabras despiertan la furia completa en mí. La odio a Lidia por haberle contado algo tan íntimo a este gilipollas. Aun así, me siento incapaz de contestar. Solo quiero que me suelte y marcharme.

—¡Suéltame! —grito más furiosa que nunca y consigo librarme de su agarre—. ¡No te atrevas a volver a tocarme ni a ponerme otra vez una mano encima, hombre asqueroso!

Estoy tan llena de rabia que me podría salir espuma por la boca. Me doy la vuelta sintiendo que tras el insulto me siento algo más liberada y comienzo a subir las escaleras cuando las alcanzo, poco a poco.

—Cierra bien todas las puertas; hay mucho delincuente suelto en esta ciudad —advierde de forma misteriosa.

Lo miro con asco, sabiendo que pretende amenazarme, más aún con algo que no llego a comprender. Pero no le voy a dar el gusto de verme atemorizada, no. Él no sabe quién es Adriana cuando alguien se mete con ella.

Y me va a llegar a conocer.

En cuanto alcanzo mi habitación, cierro la puerta del cerrojo y además la atasco poniendo la silla de mi escritorio bajo el pomo.

Yo sabía que este hombre no era trigo limpio. Lo sabía desde el primer día en que se cruzó en mi camino. Sería mejor que me ande con pies de plomo con él.

Camino hasta la ventana y también cierro las cortinas; me quedo totalmente aislada y protegida. En cuanto me pongo el pijama, me siento en mi escritorio para navegar un rato por Internet, sin perder de vista la puerta. Llamaré a la policía si ese psicótico se atreve a entrar a mi habitación. Me centro en comprobar el correo electrónico en busca de algún mensaje de Martina. Es extraño que, desde que se fue a Inglaterra, no me haya escrito absolutamente ni un triste mensaje, ni me haya hecho una mísera llamada. Es como si el traspasar la frontera le hubiese borrado la memoria y a sus seres queridos.

Después, me voy a la cama; mi cuerpo casi grita aliviado cuando siento el mullido colchón bajo mi espalda. Después de la nohecita en el cementerio, lo que necesito es dormir como un lirón. Pero un ruido me sobresalta cuando me estoy arropando.

El pomo de mi puerta se mueve ligera y sutilmente. El corazón me late apresurado. Después de dos intentos de abrir la puerta, el movimiento cesa. Y yo dejo escapar un suspiro de alivio.

¿Qué diantres le pasa a este hombre?

Capítulo 12

A la mañana siguiente, cuando bajo a paso de caracol las escaleras, veo a mi madre sentada en la mesa del comedor, desayunando. Bebe lentamente de su taza de café y lee un periódico con fingido interés. Me sorprende ver que no hay ni rastro de la cena de ayer. Intento pasar desapercibida, mientras me preparo una taza de leche caliente y me siento en la mesa a bebérmela.

—Espero que no se repita tu comportamiento de ayer, Adriana. —Baja el periódico y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí? —pregunto por hacerla rabiar.

—Desde que le haces la vida imposible a mi pareja. —Deja caer su taza con brusquedad sobre la mesa—. Roberto me lo ha contado todo. Me parece un comportamiento deleznable e infantil.

No hace falta ni que le pregunte qué diantres le ha contado su novio sobre mí. Pero apuesto la cabeza a que ha tergiversado la historia para hacerme quedar mal a mí.

—¿Y confías más en lo que él te cuenta que en tu propia hija? —La rabia se apodera de mí una vez más. Como siempre que estoy con ella.

—Solo estás celosa. No necesito escucharte; sé bien lo que te pasa: No soportas que esté con Roberto, porque te has acostumbrado a tenerme solo para ti. Porque eres egoísta.

—Te escucho y no doy crédito a lo que oigo. —Casi me hace reír su comentario, como si yo fuese una niña de cinco años enmadrada—. Dime una

cosa. —Me inclino hacia la mesa—. ¿Cuándo has estado tú encima mío? ¿Cuándo te has preocupado por mí? ¿Cuándo te ha importado lo que yo haga? —Se queda callada y se concentra en su desayuno, ignorándome. Como siempre—. ¡Nunca! —le grito enfadada por su indiferencia—. ¿Cómo te atreves a llamarme “egoísta”? La única egoísta aquí realmente eres tú.

Ella sigue sin hacerme ni caso. Tiene un máster en hacer como que yo no existo, desde que tengo uso de razón.

—Tú y tu estúpido novio os podéis ir al infierno juntos —la escupo furiosa mientras me pongo de pie, dando por concluido el breve y turbulento desayuno.

Salgo de la casa pegando un portazo que me hace perder el equilibrio y lucho durante varios segundos conmigo misma, mi pie vendado, mis muletas, mi mochila y mis carpetas para que todo vuelva al lugar al que pertenecen. Cuando logro enderezarme de nuevo, suspiro cerrando los ojos e intentando tranquilizarme, comienzo a bajar poco a poco las escaleras hacia la verja. Mientras camino hacia allí, me percató de que hay un coche que conozco, que me espera fuera. Y él también. Llego hasta su posición y lo observo. Apoyado en el capó negro de su coche de gama media, luce impecable como siempre. Lleva unos vaqueros, unas zapatillas deportivas bastante masculinas y un jersey de punto rojo que hace que su pelo negro destaque más que nunca.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida y algo malhumorada por la conversación con Lidia.

—¡Vaya, qué humor! —Sus ojos azules brillan con los primeros rayos de sol—. Buenos días, Adriana, ¿qué tal?

—Ángel... —digo intentando sonar amable—... ya te he dicho como un millón de veces que no tienes que preocuparte por mí. No te necesito. —Comienzo a caminar, o más bien, cojear, hasta que alcanzo mi coche, unos metros más adelante de donde está él.

—Pensé que no podrías conducir —se explica mientras me sigue—. He venido a llevarte a la facultad.

Me detengo un instante sintiéndome como una tonta. Él tiene razón: no puedo conducir.

—¿Ves cómo sí me necesitas? —Él alza una ceja con picardía.

No me queda más remedio que aceptar su oferta. Prefería eso antes que ser un peligro a la seguridad vial.

—Que sepas que solo es porque no puedo conducir —me excuso mientras él pone una sonrisa triunfal en su cara.

—Anda, sube.

* * *

Mantenemos un cordial silencio mientras él conduce hasta el campus y, cuando aparca, corre hasta mi lado del vehículo para ayudarme a salir. Aunque lo rechazo al principio, luego me resulta bastante útil su firme agarre, así que intento no mirar a todos esos curiosos que nos observan desde todos los puntos del aparcamiento.

—Gracias —le digo cordialmente mientras tomo de nuevo el control sobre mi cuerpo con las muletas.

—Luego te pasaré las facturas —bromea, y eso me hace sonreír levemente.

Hasta que veo cómo Ricardo nos mira inexpresivo desde la puerta de nuestro edificio de clases. Su cara no denota ninguna clase de sentimiento, y eso me pone de algún modo, más nerviosa que si lo hiciese.

—¿Qué ocurre, Adriana? —me pregunta Ángel cuando nota que estoy en babia, observando al chico que me acosa.

—Nada —respondo mientras sigo aguantándole la mirada a Ricardo—. Vamos, la clase está a punto de comenzar.

Solo damos un par de pasos por el pasillo, cuando literalmente Martín aparece de la nada y me toma por los hombros con los ojos como platos. Andrea viene con él y me mira preocupada también. Es verdad que se me olvidó contarle los acontecimientos de la noche anterior. El motivo por el cual

le di plantón anoche.

—¿Qué te ha pasado? —Martín empuja a Ángel disimuladamente para poder tocarme la cara sutilmente con cariño—. ¿Estás bien? ¿Cómo te lo hiciste? ¿Te duele?

—Martín... —alzo una mano y le aparto la suya con delicadeza—. Es un simple esguince, no te preocupes.

Ángel me observa por encima del hombro de Martín, sereno.

—¿Pero no es nada grave, verdad?— pregunta Andrea, acariciándome el brazo preocupada.

—No, habrá que suspender mi entierro. —Ella ríe y me da un manotazo.

—¿Qué cosas tienes! ¿Es por esto por lo que no viniste a la cena?

—Es una historia muy larga, te la contaré en el descanso. —Se queda satisfecha con mis palabras, deseosa de saber qué hay detrás de este pie vendado.

—Si necesitas cualquier cosa, avísame —se ofrece Martín—. Estaré en tu casa en menos que canta un gallo.

Miro a Ángel con algo de disimulo.

—Ya tengo a un asistente personal pegado a mí las veinticuatro horas y, además, vivo con una enfermera —bromeo con ironía—. Pero, gracias, lo tendré en cuenta.

Él sonrío satisfecho, sin sospechar nada del extraño apego que Ángel ha desarrollado de repente por mi persona.

Le dedico otra mirada de agradecimiento a Martín y me giro para seguir a Andrea y a Ángel hasta nuestra clase. Mi enfermero personal no me quita ojo en toda la clase, pero soy incapaz de mirar en su dirección, porque me es complicadísimo mirar hacia esa mesa y no ver a Daniel sentado allí. No ver más besos furtivos provenientes de esa dirección, no ver sus bonitos ojos oscuros, ni su sonrisa dedicada íntegramente a mí.

Pensar en él me pone triste el resto de la clase y me impide concentrarme, así que no me entero nada de lo que hemos dado en esta lección. Siento alivio

cuando al fin el timbre suena y puedo huir a llorar un rato al lavabo. Andrea llega a los diez minutos; como una buena amiga me consuela, hasta que me siento algo mejor. Tras ayudarme a volver a parecer una persona normal, me conduce a la cafetería y me pone delante un generoso vaso de tila humeante. Yo le sonrío.

—Te vi tan ausente en clase que supuse que algo te pasaba —comenta como la mejor de las pitonisas.

—Siento ser un alma en pena a veces, Andrea... —me excuso mientras vierto un sobrecito de azúcar en la taza y remuevo el contenido con una cucharilla para que se mezcle.

—Es normal: has tenido una pérdida muy grande hace muy poco; lo raro sería que no fueses llorando por cada esquina a cada segundo—. Ella bebe de su taza de chocolate caliente—. Pero Daniel no querría eso. Él querría verte feliz, contenta, disfrutando de la vida.

S sonrío y asiento dándole la razón. Intentaría sobrellevar esto de la mejor manera posible.

Amé muchísimo a Daniel, y aún lo hago. Pero es una realidad que él se ha ido para siempre y, por mucho que me pase los días llorando, él ya no va a volver a mi lado. Tengo que aprovechar la vida que, desgraciadamente, él perdió. Y su recuerdo me acompañará en cada paso que dé, hasta que me muera.

El hablar de él me recuerda la otra pérdida que hemos tenido, pero esta vez ambas.

—Oye, ¿sabes algo de Martina? —le pregunto con el ceño fruncido.

—Qué coincidencia. Yo te iba a preguntar lo mismo. —Me tiende el refresco y me mira sorprendida.

—Desde que se fue no me ha contestado ningún e-mail de los cientos que le he enviado —confieso.

—A mí me ha pasado lo mismo. —Mete la mano en la mochila, con cara de concentración—. Cuando se fue, me dejó este número. —Me tiende un trozo

de papel arrugado con unos números en tinta negra—. Y, por más que he llamado, no me lo ha cogido ni una sola vez en todo el mes y pico que lleva fuera. Quédatelo, yo ya me he dado por vencida.

—¿No te resulta un tanto extraño? —pregunto inquieta—. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos con ella, pero hemos crecido juntas y de pronto descubrir que tiene esta actitud con nosotras, como si no existiésemos, se me hace muy raro. Que yo sepa, no le hemos hecho nada por lo que pueda tenernos rencor, ¿verdad?

—Para nada —niega ella convencida—. Además, ella siempre fue la más inestable de las tres. Ya sabes cómo es: un día te adora locamente y al otro se enfada por cualquier estupidez. Es como una veleta. Así que no le demos muchas vueltas; a lo mejor solo se está adaptando, o le ha sido imposible conseguir teléfono, Internet, lo que sea...

—Sí, puede ser una opción.

—Así que ahora dejemos a Martina de lado y cuéntame lo que pasó con tu pie...

Le cuento toda la historia por encima, sin meterme mucho en detalles, y ella se parte de risa con cada frase que digo, alucinando con la historia.

—¿Has pensado que quizá Ángel sea esa persona que la vida te pone delante para que comiences a sanar? —me mira con picardía.

Niego rotundamente.

—No digas chorradas. No me sentiré con fuerzas de fijarme en otro chico en mucho tiempo; además. él es raro. Me incomoda mucho, en cierta forma, esa manera que tiene de estar siempre encima de mí, en todas partes. Así que deja de suponer cosas extrañas. ¿Me acompañas a la taquilla? Tengo que coger algunos libros antes de la próxima clase.

Metó el papelito con el número de teléfono de Martina en la mochila y me pongo de pie con dificultad. Andrea coge sus cosas y me echa una mano; juntas caminamos hasta nuestras taquillas.

Al abrir la mía, un folio doblado por la mitad cae a mis pies. Sorprendida,

Andrea se agacha a cogerlo por mí, y me lo tiende llena de curiosidad.

—¿Un admirador secreto? —bromea con una sonrisilla.

Desconcertada, me encojo de hombros y desdoble la nota, para salir de dudas.

Adriana:

Tengo que hablar contigo de un asunto muy serio.

Reúnete conmigo en la piscina del campus a las 12:30.

Ángel

—¿Qué dice? —pregunta Andrea impaciente—. Es tan mono al hacerlo de ese modo tan infantil...

—No es ningún admirador. Es una nota de Ángel —le comunico extrañada—. Me cita a las doce y media en la piscina. ¿De qué va todo esto?

Agito la nota en el aire sin saber qué pensar. Si tenía algo que decirme, ¿entonces por qué no me lo dijo en clase o en cualquiera de los cientos de veces que nos cruzamos por los pasillos?

—¿Ángel? No le pega mucho ser del estilo de notitas... ¿Vas a ir?

Miro el reloj de pulsera: hasta la una no tenemos la próxima clase. Tengo que ir a averiguar de qué trata todo esto.

—Espérame aquí —pido mientras me encamino hacia el área de la piscina cubierta, al otro lado del campus.

—¿Pero vas a ir? — Andrea me persigue para hacerme desistir de la idea.

—¿Tú que crees? —Mis muletas se abren paso entre la gente a un ritmo más rápido de lo normal—. No te preocupes, volveré enseguida.

—¿Quieres que te acompañe? No deberías ir sola a esta clase de cosas.

—Creo que es una tontería y estamos sacando todo fuera de contexto. Nos vemos más tarde en la cafetería; espérame allí. Volveré enseguida.

Oigo que murmura algo, pero yo ya estoy lo bastante lejos para no entender nada de lo que dice. La curiosidad y, en cierto modo, la rabia de tanta parafernalia para seguramente decirme cualquier tontería me guían hacia el

sitio citado. Tardo diez minutos en llegar a las grandes portezuelas de hierro con grandes ojos de buey. Aunque intento atisbar algo, es poco lo que logro distinguir del interior. Algunos halos de luz de las pequeñas ventanas que dan al exterior iluminan tenuemente el interior de la zona, proyectando siluetas en las paredes formadas por azulejos blancos.

Me apoyo con cuidado en una de las muletas y con la mano libre tiro de la puerta para abrirla. El olor a cloro y humedad me saludan. Asomo la cabeza con cuidado, observando el lugar primero antes de entrar. No veo a nadie. Solo la piscina con el agua en calma, y muchos objetos deportivos apilados por las esquinas. El gran reloj blanco marca las doce y media.

Decido entrar, segura de que no hay peligro; el portazo que pega la puerta a mis espaldas al cerrarse me hace dar un salto. Esto no me gusta nada. ¿Por qué Ángel lo ha hecho? Le va a caer una buena cuando lo pille. Estoy harta de sus numeritos de chico interesante.

Me fijo que, en una esquina que está en penumbra, hay alguien de pie. Mi corazón se acelera. Está de espaldas.

— ¿Ángel? —pregunto intentando parecer firme—. ¿Por qué me has citado aquí hoy? De verdad no tiene gracia, ¿a qué viene tanto misterio? —continúo, aunque él no me responde. La figura se acerca a mí y sigo sin poder distinguir bien sus rasgos con tan poca luz—. No me gusta este sitio. ¿Qué demonios te pasa? ¿Te has quedado mudo?

No contesta.

—Ángel, me estás asustando. Sabes que no me gusta estar en zonas como estas. Sabes de mi problema con el agua.

Basta que la figura dé unos cuantos pasos más para que el miedo y la sorpresa me inunden. No es Ángel el que me citó aquí.

Capítulo 13

—Un dato muy interesante. —Su voz suena tranquila, incluso melosa—. Hay que ver el poder que tiene ese chico sobre ti, para que vengas enseguida a reunirme con él.

Es una trampa. Ricardo me condujo a esta como a un pequeño corderito con muletas directo al matadero.

—Debí suponer que se trataba de ti —le susurro con una mezcla entre miedo y valentía llena de rabia—. Esos infantilismos son dignos de una persona como tú.

Él sonríe haciendo como que no le ha afectado nada. Y se acerca aún más a mí. A pesar de que su estatura no supera el metro setenta, tiene un cierto modo de imponer con esa manera de mirar, tan malévola, tan calmada, tan loca.

—Es sorprendente lo pronto que te has olvidado de tu novio. No creía que fueses esa clase de chica.

—Pues ya lo ves —miento siguiendo su argumento—. Esto te debería de bastar para que me odies y te obsesiones enfermizamente con otra.

—Me encanta lo obstinada que eres... —susurra de manera casi erótica.

Suspiro profundamente intentando mantener la calma. Estoy harta: llevo años soportando al pirado este.

—Dime de una vez alto y claro qué es lo que quieres —le suplico sin dejarme achantar por su actitud. Si hablamos con sinceridad de esto, quizá se pueda acabar esta pesadilla. Los ramos de flores que me envió a casa, las

decenas de mensajes al día en redes sociales, la vigilancia, los celos, y mil cosas más. Tienen que acabar ya.

—Tú ya sabes lo que quiero. —Se acerca a mí y hace ademán de acariciarme el brazo, a lo que yo respondo dando un paso hacia atrás y poniendo distancia—. Pero ya veo que no estás por la labor. Nunca has querido nada conmigo. A pesar de todo lo que me preocupo por ti y de todo lo que siento...

—Por favor, Ricardo, no me hagas reír. Tú no sientes nada; solo sientes que soy de las pocas chicas que no han caído en tus redes y eso te mata, te hiere — le escupo tajante.

Tras unos segundos en silencio, él lo rompe.

— ¿Sabes? —Mira hacia la pared con la vista perdida—. No me hace ninguna gracia verte con tu amiguito.

—Eso me trae sin cuidado. —Doy otro paso hacia atrás para aproximarme a la puerta y salir por patas de allí—. Es mi vida, y hago y hablo con quien quiera.

—No creo que solamente se trate de hablar. —Me clava sus fríos ojos negros—. Veo que se te arrima más de la cuenta.

—Eso no es de tu incumbencia, Ricardo. Te lo digo por milésima vez.

—Sí, sí que lo es. —Él vuelve a acortar la distancia entre nosotros. Cada vez estoy más cerca del borde de la piscina, lo que me empieza a poner nerviosa—. Por supuesto que lo es.

—Ricardo... —Exasperada y nerviosa por tener tanta agua cerca, intento que deje que me vaya y acabar con esto de una vez. Y en mi fuero interno rezo por que Andrea comience a mosquearle que esté tardando tanto—. Esto no nos va a llevar a ningún sitio. Esta conversación no nos lleva a ninguna parte, ¿no lo ves? ¿No te da vergüenza montar estos espectáculos? Ya basta, me he cansado. Olvídame.

Me doy la vuelta y comienzo a encaminarme hacia la puerta pero, como ya preveía, él me detiene. Su agarre es firme contra mis brazos; me sacude

bruscamente, tanto que hace que las muletas se caigan al suelo. Antes de que pueda reaccionar, se lanza hacia mí pegando sus labios con los míos en un beso agresivo, frío y furioso. Me hace mucho daño, así que le muerdo el labio con toda la rabia que puedo.

Él separa su boca furioso, mientras algo de sangre chorrea por sus labios y me lleva hasta el borde de la piscina. Pone una sonrisa pícara, y yo entro en pánico.

—Bien, si quieres que te olvide, entonces no solo lo haré yo. Si no, todos cuando encuentren tu cadáver en el fondo de esta piscina.

El corazón me da un vuelco. Moriría ahogada si me lanzaba al agua. No tengo ninguna escapatoria.

—Solo tienes dos opciones —siento su aliento en mi cara y sus ojos furiosos clavados en los míos—: o me aceptas de una vez, o te vas al infierno a hacerle compañía a tu querido Daniel —pronuncia su nombre con muchísima burla y asco.

A pesar de que estoy muerta de miedo y aunque me toque morir incluso aquí mismo y ahora, nunca permitiría que este bastardo me viese con el mínimo ápice de miedo. No le daría el gusto de verme asustada ni cohibida por él. Nunca.

—Prefiero morir —digo con tono sombrío— antes que estar con un imbécil como tú.

Su expresión se llena de rabia; seguro que se esperaba que le suplicase por mi vida. Pero no, no lo haré. Nunca.

—Pues en ese caso, buen viaje. Saluda a Daniel de mi parte. Ojalá os pudráis los dos en el infierno.

Luego me empuja; solo veo su malvada cara, mientras caigo al vacío y el agua me engulle con ganas.

Debía de estar muerta, porque lo vi. Vi su pelo rubio oscuro, sus ojos llenos de vida, su sonrisa, sus brazos abiertos hacia mí y entonces... no pude contener las lágrimas.

Por fin estaba de nuevo con él, después de tantas semanas de incesante dolor. Avanzo para poder echarme a llorar en sus regazo, pero algo me lo impide. Por más que quiera, no puedo avanzar ni un centímetro, y él se va alejando poco a poco.

—No te vayas —lloro sin dejar de ver cómo me aleja de Daniel—. ¡Vuelve!

Me dedica una sonrisa fascinante y comienza a volverse borroso.

—¡Daniel! ¡Vuelve! ¡Vuelve! —sigo chillando desesperada.

En ese momento abro los ojos de forma brusca, respirando agitadamente, con la cara llena de lágrimas. A pesar de estar aturdida, la habitación en la que estoy me resulta familiar. Y me centro más en asimilar dónde estoy y quiénes están a los pies de mi cama, mirándome con preocupación.

Mi cuarto. Estoy en mi casa.

¿Qué hago en mi cama? ¿Y qué hacen Andrea y Ángel en mi habitación? Tomo aire con brusquedad. Los pulmones me duelen muchísimo.

El sonido pone a alerta a mi amiga que, corriendo, se sienta en el borde de la cama y me aparta el pelo de la cara, abrazándome. Ángel la imita, pero él solo se queda de pie junto al dosel de madera.

—¿Adriana? Adriana, ¿me escuchas? ¿Sabes quiénes somos? —pregunta Andrea preocupada.

Asiento. Ella da un suspiro de alivio y mira a Ángel, que permanece de pie.

—¿Qué ha pasado? —susurro casi sin fuerzas—. ¿Qué hago aquí? —Miro a mi alrededor para cerciorarme que esto es real, y no un sueño.

—¿No te acuerdas de nada? —pregunta Ángel.

Me concedo un momento para aclarar las ideas en mi mente y de pronto toda la escena de la piscina vuelve a mi mente, como una mala pesadilla. Cierro los ojos y asiento con la cabeza.

—Ya recuerdo. —Los abro para mirar a Ángel—. Tú pusiste una carta en mi taquilla diciéndome que querías hablar conmigo en la piscina. Y luego allí no estabas... Estaba ese asqueroso...

—Me asusté muchísimo cuando me encontré con Ángel en el pasillo, después de que te marchaste a la piscina —me interrumpe mi amiga—. Me dijo que él no te había escrito ninguna nota. Luego fuimos a buscarte y te encontramos dentro de la piscina, inconsciente. Creíamos que estabas muerta; te habías golpeado la cabeza contra el fondo. —Su cara refleja que ha pasado un gran susto—. Te llevamos al hospital y tras ver que estabas bien te trajimos a casa. Pero, si no fue Ángel, ¿quién te puso esa nota en tu taquilla? —alza las cejas.

—Fue Ricardo —me limito a responder. Y vuelvo a cerrar los ojos; me sentía tan cansada...

Andrea salta de la cama enfadada. Llena de ira, como nunca antes la había visto.

—¡Cómo no se me ocurrió antes! Solo alguien como ese insecto es capaz de hacer eso. ¡Te podría haber matado! —Se dirigió hacia el teléfono que tenía en la mesilla, pero le impedí que descolgara—. Hay que llamar a la policía ahora mismo, ¿por qué me detienes?

—No, Andrea —le susurro con mi mano aún sobre la suya—. Él, él no me empujó.

Me miran como si estuviese pirada. Y quizá sí que lo estuviese, que el casi haberme ahogado haya hecho que se me crucen los cables, pero ya sabía de sobra cómo actuaba Ricardo, ahora más que nunca. No quería ponerlos en peligro. Y ya me cobraría mi venganza de otra forma. Aparto mi mano de la de mi amiga, y ella acepta no llamar.

—¿Entonces que pasó? —Ángel se sienta a mi lado en el borde de la cama. Mirándome de esa manera, es imposible mentir. Él no se creía mi mentira y eso se le notaba. Me costó unos minutos concentrarme en inventarme algo convincente, con esos ojos azules que me miraban fijamente.

—Nada. Él me citó para lo mismo de siempre. —Miro a Andrea, para huir de la mirada de este chico—. Tú ya sabes a qué me refiero. —Ella asiente y yo desvío la mirada a la ventana: no me había dado cuenta, pero era ya de noche.

—Yo no sé a qué te refieres. —Pone su mano en mi barbilla y me obliga a mirarlo de nuevo.

Intento mantener la compostura.

—Es muy simple, Ángel —le explico seria, aguantándole la mirada como puedo —. Ricardo ha estado obsesionado conmigo desde que teníamos dieciocho años. Cuando se enteró de que estaba saliendo con... —se me hace un nudo en la garganta—... con Daniel, todo empeoró. Lo amenazaba con hacerle daño si no me dejaba, si no se alejaba de mí. Pero Daniel siempre le hizo frente, y la cosa no fue a más, gracias a Dios. Y ahora que él, pues ya no está, quiere tenerme a la fuerza. Ahora ve que hay un camino libre que tiene que ocupar él.

—Comprendo, es un tarado mental, pero... ¿cómo te caíste a la piscina?

—Tú lo has dicho, me caí. Perdí el equilibrio y tuve la mala suerte de encontrarme demasiado cerca del borde.

Asiente débilmente, pero sus ojos no dicen lo mismo. Algo oculta: no se cree nada mi historia. En ese momento unos golpes en la puerta me salvan de contarle realmente lo que pasó. Antes de poder decir ni siquiera un “Adelante”, Martín entra a todo correr y empuja a Ángel nuevamente para que se aparte de mí. Me sorprendió sentir rabia ante tal acto. Luego él ocupa su lugar y me coge de la mano. Ángel da unos pasos hacia atrás con cara inexpresiva para colocarse al lado de Andrea.

—¿Cómo estás, princesa? —pregunta mientras me manosea la cara. Siempre le he tenido mucho cariño a Martín: es como el hermano mayor que nunca tuve. Pero me está comenzando a cansar gravemente su exceso de atención.

—Si me dices esas cursiladas, solo vas a lograr que vaya corriendo a vomitar — le contesto fingiendo una sonrisa.

—Vaya chica más arisca. —Me revuelve el pelo en un gesto de cariño y luego me da espacio personal, cosa que agradezco—. Mi hermana me lo ha contado todo, pero no he podido venir antes.

—Tranquilo, Martín. Solo ha sido un susto. Estoy bien.

—Gracias a Dios.

—No. —Miro a Ángel—. Las gracias dáselas a él. Si no hubiese sido por él, ahora tendrías que haber ido a visitarme al cementerio.

Gira la cabeza un momento para mirarlo, pero en sus ojos hay toda clase de sentimientos, menos agradecimiento. Luego vuelve a posar su mirada en mí.

—Será mejor que nos vayamos —le dice Andrea a su hermano—: Adriana necesita descansar. —Me dedica una sonrisa.

—Claro —dice disgustado porque Ángel y yo nos vamos a quedar solos—. Nos vemos mañana. —Me besa en la mejilla.

Su hermana hace lo mismo.

—Te va a doler la cabeza y el pecho un par de días pero, después de eso, todo debería ir a mejor, así que no te preocupes —me informa ella— ¡Ah! Y tu madre no se ha enterado de nada.

—Adiós y gracias por todo, de verdad —agradezco de todo corazón, mientras ellos cierran la puerta de mi cuarto a mis espaldas.

En cuanto la habitación queda vacía, Ángel me mira en silencio durante un largo rato. Sé lo que está haciendo. Intenta intimidarme para que suelte la lengua y diga la verdad. Y lo logra. ¿Quién no se sentiría así teniendo a un chico de metro ochenta, perfectamente vestido y peinado, y con esos ojos en la esquina de tu cuarto, mirándote fijamente con los brazos cruzados?

—¿Qué? —pregunto nerviosa al cabo de dos minutos —Deja de mirarme así.

Tras otro silencio se digna a contestarme.

—Eres pésima mintiendo.

Trago saliva, tensa.

—Pero por lo menos hay personas que se tragan tus historias inventadas, pero yo... —Se acerca a la cama y se agacha junto a mí—... No soy una de ellas.

Sus ojos son más penetrantes que nunca y me siento acosada, acorralada. En

un acto reflejo me levanto para liberarme de la extraña sensación que inunda mi cuerpo cuando lo tengo cerca. Me pongo de pie, frente a él, sintiéndome segura de tener una gran cama tamaño king entre nosotros. Apoyando el pie dañado con cuidado en el suelo. Ahora que tenía que aguantar mi peso, me daba cuenta realmente de lo dolorida que estaba. ¿Qué más me iba a pasar esta semana? ¿Qué más? Era de risa...

—No es ninguna mentira lo que os he dicho —me pongo a la defensiva.

Cuando lo tengo lejos, es más fácil mantener una conversación coherente.

—Vamos, Adriana, dime la verdad —bordea lentamente la cama y se va a acercando a mí. Correspondo cada paso que da con otro para deshacer la ventaja que toma sobre mí. Hasta que mi mano topa contra algo. *¡Maldición!* Es la ventana; ya no tengo escapatoria.

—No estoy mintiendo, Ángel. —El temblor de mi voz no ayuda nada a parecer creíble. ¿Por qué diantres con Ricardo, sabiendo que me podría matar, era capaz de mantener la compostura, y con este chico no? Sabía que, una vez que lo tuviera a un palmo de mi cara, lo soltaría todo—. Además, yo no tengo que darte explicaciones. Apenas te conozco de hace unas semanas. Te agradezco que me sacaras de la piscina, del cementerio y todo esto, pero...

—Fue él quién te empujó, ¿verdad? —me interrumpe, haciendo caso omiso a mi intento de cambiar de tema.

—¿Qué? —es lo único que logro pronunciar, porque su cuerpo ya está solo a un metro del mío. Solo ahí él se detiene.

—Fue ese tal Ricardo quien te empujó a la piscina, ¿me equivoco?

Yo lo miro sin saber bien cómo actuar, qué decir o qué hacer. Él me mira cada vez con más intensidad. No sé qué hace que no ha estudiado derecho. Confesarían todos los delincuentes.

—Adriana, ¿estás ahí? —grita Lidia desde el piso de abajo.

Abro la boca y los ojos de par en par. Si la cosa estaba fea, ahora mismo está del color del tizón.

—¡Mi madre! —Comienzo a andar por toda la habitación cojeando y sin

saber qué hacer, con la cabeza embotada—. Esto no podría ser peor, qué horror...

Los pasos fuertes y decididos de Lidia por las escaleras de madera retumban como si de un elefante se tratase. Quiero echarme a llorar. Miro a Ángel desesperada. Puedo leer en su rostro que no entiende nada de lo que está pasando.

Capítulo 14

—¡Viene hacia aquí! —chillo histérica—. ¿Qué hago, Dios mío? ¿Qué hago!?

Ante la proximidad de sus pasos, corro hasta Ángel y lo agarro del brazo con brusquedad.

—¿Qué haces? —interpela él, oponiéndose—. Te vas a hacer más daño. Estás muy rara.

Lo empujo sin miramientos dentro de mi armario empotrado. El tobillo me pega un pinchazo de dolor al forzarlo más de lo que podía, pero no es el momento de ser cuidadosa con eso.

—¿Qué que hago? No conoces a Lidia... y mejor que no lo hagas, créeme. —Él me mira con la misma expresión, así que le aclaro un poco más cómo están las cosas—. ¿Cómo crees que reaccionaría mi madre si entrase aquí y se encontrara con que su hija tiene a un chico metido en su cuarto a las diez de la noche?

—Pues le digo que te estaba visitando para pedirte unos apuntes; además, ya eres mayorcita como para hacer lo que te dé la gana con los hombres en tu cuarto —sugiere mientras yo le empujo con todas mis fuerzas hacia la oscuridad del armario, sin éxito alguno: es una mole imposible de dominar.

—Sí... —me burlo—. Y también puedes añadir que vamos a rezar el rosario juntos.

Se echa a reír.

—¿¡Quieres meterte de una vez en el armario!?! —le ordeno todo lo furiosa que puedo. Mi madre está a punto de entrar—. Mi madre no es una madre normal... ya te contaré: es largo... ¡Métete!

—Vale, vale. —Con una risita se introduce allí y me cierra la puerta en las narices—. Ya estoy dentro... ¿Contenta?

Su voz suena lejana, amortiguada por toda mi ropa. Corro a la pata coja para tumbarme en la cama y cojo el teléfono. Intento parecer relajada.

—Me siento como el protagonista de una comedia americana —susurra Ángel desde el armario—. Escondido en el armario, para que mami no pille al amante de su traviesa hija...

—¡Cierra la boca de una vez! —Los nervios se apoderan de mí. Y para colmo Ángel no entiende que esta situación no es motivo de broma. Aunque, pensándolo bien, en parte visto desde fuera, es bastante cómica.

—Búscame un lugar más cómodo la próxima vez que me vayas a esconder —se queja con un tono divertido en la voz—. Me estoy asfixiando con tu ropa en la cara.

—¡Que te ca... —La puerta se abre, y mi madre entra en la habitación bruscamente.

Me mira extrañada.

—¿Por qué no me contestabas? —Comienza a mirar por todos lados, escudriñando cada rincón de manera sutil.

—Estaba haciendo una llamada —pongo mis manos contra el teléfono para darle veracidad. Eso parece convencerla.

—Me voy a ir con Roberto a cenar, así no tendrás que aguantarlo —anuncia seca sin dejar de mirar por todos lados.

—Muy bien, no necesito explicaciones de vuestra vida —le corto de manera seca.

—Se volverá todo en tu contra con esa actitud tuya, niña. Te vas a quedar sola.

—Es lo que más deseo.

Ella pone cara de malas pulgas y abandona el cuarto con un portazo. Yo respiro aliviada y me concedo unos segundos para recuperar la compostura. Me he librado de una buena.

Luego me levanto para cerciorarme de que se ha marchado; así que me asomo al pasillo y veo que la puerta principal se cierra y que sus voces ya son lejanas. Acaban de salir.

Me apresuro hacia el armario para liberar a mi rehén. Cuando corro la puerta, Ángel está tirado entre mis zapatos, sin moverse. Entro en el armario y me agacho a su lado.

—Ángel, respóndeme. —Le doy unos golpecitos en la cara, pero no reacciona. ¿Y si se ha quedado sin aire y ha sufrido un desmayo? No, no puede ser: si solo ha estado cerrado dos minutos...

Vuelvo a darle golpecitos sin éxito, e intento arrastrarlo hasta el suelo de madera de mi habitación. Pero no puedo... así que continúo moviéndole la cabeza.

Estoy a punto de entrar en pánico, hasta que un sutil movimiento de párpado me confirma que me está tomando el pelo. ¿Quiere jugar? Pues se va a enterar.

Camino hasta la mesilla, donde reposa un gran vaso de agua de la noche anterior y me vuelvo a agachar a su lado. Esperé unos segundos, llamándolo por su nombre, para ver si se daba por vencido y acababa con esto, pero no, no hizo nada, así que le arrojé el contenido de todo el vaso de golpe en la cara. Él abre los ojos de par en par mientras intenta zafarse de mí y escapar del armario.

—¡Joder! —exclama mientras se levanta y se seca los ojos con las manos. Su cabeza rebota con algunas de mis perchas. El agua ha empapado su fino jersey, y las gotas caen sin control de la parte delantera de su pelo—. ¡Mira cómo me has puesto! ¡Estaba bromeando! —Parece divertido en vez de molesto por lo que le he hecho.

—Perdóname —digo fingiendo ser una chica inocente.

—¿Lo sabías, verdad? —pregunta mirándome fijamente y alzando las cejas.

—Tú tampoco sirves para mentir —le respondo imitando lo que me dijo un rato antes.

—Eres demasiado traviesa.

—Y tú te merecías tres vasos más como esos por hacerme esto.

Los dos nos miramos durante unos segundos y luego echamos a reír como locos. Qué bien se sentía...

—Salgamos de aquí —susurra él cuando logramos calmarnos un poco de nuestro ataque de risa. Noto que tarda unos segundos en reaccionar y que no deja de mirarme la boca. Comienzo a sentirme tan incómoda que soy la primera que pone un pie fuera del armario. Él me sigue. Y el silencio se apodera de nosotros. Dejo el vaso de cristal encima de la cama y luego cojo algunos pañuelos de encima del escritorio.

—Déjame que te ayude.

Me acerco a él y comienzo a secarle el jersey con ellos. Al cabo de unos segundos, cuando miro para arriba para secarle la cara, me doy cuenta de que me observa con una mirada que desconocía hasta este momento. Sus ojos azules relucen al encontrarse con los míos verdes. Rápidamente desvió la mirada y me aparto de él.

—Puedes secarte en el baño, esto no... —digo agitando el pañuelo nerviosa—. Esto no sirve—. Lo tiro a la papelería y sonrío con nerviosismo. ¿Qué me está pasando?

—Vale —se limita a contestar.

—Es esta puerta —le señalo mi baño privado—. Yo voy a ir a preparar la cena mientras.

—No hace falta. Estás débil y debes descansar.

—Estoy bien. Es lo menos que puedo hacer después de que me has salvado la vida. Si quieres, me puedes dar tu jersey para que lo seque en la secadora. Voy a ir a buscarte algo que te puedas poner mientras.

Ángel, sin reparos, se desnuda delante de mí. Mis ojos se encuentran con su torso desnudo, perfecto, y con el jersey negro en la mano. Me cuesta mucho

apartar la mirada. Pero finalmente lo logro.

—¿¡Qué haces!?! —pregunto más escandalosa de la cuenta a causa del nerviosismo.

Siento calor en las mejillas.

—Te he dicho que el baño está aquí al lado.

—No voy a ir al baño solo para quitarme un jersey —ríe—. Toma.

Como no me muevo del sitio (porque he entrado en una especie de trance extraño que me impide dejar de mirarlo), él se acerca a mí y me pone la prenda en las manos. No me conocía ni yo; parecía que estaba zombi.

Atontada, más bien.

—¿Estás bien? Adriana, ¿te duele algo? —pregunta preocupado.

—Sí, sí, ¡digo, no! —repito como una tonta—. Estoy perfectamente.

Nos quedamos mirándonos en silencio.

—Bueno —desvió la mirada al fin—. Entonces me lo llevo. —Cojo su jersey y me encamino hacia la puerta. Me giro hacia él por última vez—. Espérame aquí. Enseguida te traigo algo.

Asiente, y yo salgo de la habitación apresurada. Cuando alcanzo el cuarto de mi madre y de Roberto, intento calmarme un poco. Con un poco de suerte, ellos no volverán antes de la madrugada y no me pillarán lo de la camisa. Camino hacia el armario y rebusco entre la ropa de Roberto, con cuidado, para que no se note que he estado fisgoneando. No me hace mucha gracia tener que coger una prenda de él, pero ni mi ropa, ni la ropa de mi madre le van a caber a Ángel. Pronto hallo lo que estoy buscando: una sudadera de color azul oscuro. Pero, al sacar la prenda, algo se cae al suelo.

Me agacho con curiosidad para ver de qué se trata. Es un sobre marrón, grueso y descolorido por el paso del tiempo. Dudo en cogerlo o no. Nunca he sido una chismosa ni una cotilla pero, si el sobre tiene algo que ver con Roberto, tengo que leerlo. Pero ahora no es el momento.

Me levanto, guardo el sobre en el armario y me dirijo hacia mi habitación con la misma prisa con la que me fui. Por el camino cojo mi toalla del cuarto

de baño. Quizá Ángel la necesite. Cuando entro, él está sentado en la silla de mi escritorio con la mirada puesta en la puerta; luego, la posa en mí.

—Aquí tienes —le tiendo la toalla para que se seque. Y también la sudadera.

Él camina hasta mi posición y coge todo lo que le tiendo.

—Gracias —dice.

—Te dejo solo para que puedas arreglarte. Mientras, yo voy a bajar a preparar la cena. —Señalo con el dedo la puerta—. Baja cuando estés listo.

—De verdad que no tienes por qué. Solo voy a secarme y a ponerme una sudadera; podemos bajar juntos y preparar algo juntos.

—El tema está zanjado —le corto con una sonrisa—. Te espero abajo.

Metó su jersey inmediatamente en la secadora, y bajo las escaleras a toda prisa. Me siento algo mejor ahora que lo tengo unos metros más lejos. He sido muy lanzada al invitarle a cenar, porque compruebo que no dispongo de demasiadas cosas con las que trabajar y hacerle una cena decente. Suspiro, y me siento en el salón, al lado de la chimenea, que crepita ofreciéndome su calor. Mi mochila está al lado, y entonces se me enciende una bombilla. Voy hasta allí y rebusco en el bolsillo, hasta que saco el papelito donde está escrito el número de Martina. Aunque el papel, así como mi mochila, está algo mojado del baño improvisado de esta mañana, quiero intentar llamarla; quizá pueda tener más suerte que Andrea. Una vez con el teléfono en la mano, marco el número borroso que el papel me indica.

Suena la señal. Espero impaciente a que alguien me responda. Pero nadie lo hace.

Y, cuando estoy a punto de colgar y tirar la toalla, se escucha que toman la llamada al otro lado de la línea.

—¡Martina! —chillo impulsivamente, sin darle tiempo ni a hablar—. ¿Eres tú?

Solo se escucha silencio. Solo una respiración agitada, rara.

—¿Hola?¿Martina? ¿Por qué no me hablas? ¿Hello?

Intento comunicarme en inglés y en español por si mi interlocutor es anglosajón y me tiene que pasar con ella, pero mis intentos de entablar una conversación son inútiles, ya que nadie responde a mis preguntas. Estoy a punto de colgar, hasta que escucho hablar una voz lejana, familiar...

—¿Quién es? —me pareció que decía; es Martina, sin duda.

—¡Martina! ¡Pásame con Martina! —le exijo a quienquiera que esté en el teléfono al otro lado. Se acabó la buena educación.

En vez de eso solo se escucha un suspiro y, tras eso, nada. Me ha colgado. Aunque solo fuese un suspiro, reconocí que se trataba de un hombre. Me retiro el teléfono de la oreja y lo sostengo en la mano unos segundos. Esto es de lo más zúrrela. ¿Tengo que vender mi alma al diablo para hablar con mi amiga diez minutos, o cómo iba esto?

¿Sería un compañero suyo, de allí, de Londres? ¿O quizás...

—¿Hablas sola? —Una voz detrás de mí me sobresalta. Estaba tan metida en mis cavilaciones que ni siquiera me di cuenta de que Ángel ha bajado. Luce impecable, hasta con la sudadera oversize del ricachón.

—Estaba haciendo una llamada —dejo el teléfono en la mesa y me levanto—. Te queda muy bien. Va a juego con tus ojos.

Me agradece el cumplido con una de sus encantadoras sonrisas. Pero enseguida pienso que ese piropo ha estado fuera de lugar; no tenemos una relación tan estrecha como para eso. Me levanto y me encamino a la cocina, aún abrumada por todo lo acontecido el día de hoy y por la extraña llamada.

Él me sigue.

—Puedes esperar en el salón viendo la televisión si quieres —le ofrezco.

—No, quiero ayudarte. —Se acerca a la encimera en la que yo preparaba la cena con los pocos ingredientes que pude encontrar—. Toma, cógelas.

Me tiende las muletas.

—Apártame eso —le digo—. Odio esos cacharros. Además, no las necesito. Puedo andar bien sola. Ya casi no me duele el tobillo —miento.

—Está bien, cabezota. —Se dirige hacia el sofá de la cocina; deja las

muletas apoyadas contra la pared y se sienta para observarme. No sé yo si esto ha sido buena idea; estoy tentada de darle un cuchillo y que sí se ponga a hacer la cena. Así me liberaría de su mirada.

Decido hacer unos espaguetis, que es lo que tengo mano, aunque no peguen mucho para una cena.

—Aunque me lo niegues —dice él después de un rato, rompiendo el silencio—, sé que fue Ricardo el que te empujó a la piscina. Y no con buenas intenciones...

—No empieces otra vez con eso, Ángel —le suplico sin dejar de hacer mi tarea. (Así es más fácil mentirle).

—¿Por qué te empeñas en ocultarlo? Ahora te ha intentado ahogar. El día de mañana puede ser algo más grave.

—No me va a hacer nada —continúo negando—. Porque él no fue quién me tiró a la piscina.

Se levanta del sillón a toda prisa, me coge por el brazo y hace que me dé la vuelta para encararlo.

—Entonces, si él no fue, mírame a los ojos y júramelo.

¡Dios mío!, ¿qué hago!

No puedo jurárselo. Porque el corazón se me sale del pecho. Y es una mentira más grande que una catedral la que me he inventado. Trago saliva; estoy atrapada.

—Yo, esto, yo....

—No puedes, ¿verdad? —Casi se relame victorioso.

—Eso no es asunto tuyo, Ángel. —Me suelto de su agarre—. No sé cuál es tu interés. Si es verdad o mentira, es asunto mío.

—No tengo ningún interés. Solo es que no me gustan las injusticias.

Lo miro durante unos segundos, pensando en si confesar la verdad o no.

—Está bien, fue él —confieso. Si no lo soltaba, creía que iba a explotar—. Pero ni se te ocurra decírselo a nadie. Por favor, que quede entre tú y yo.

Su ojos brillan.

—¿Por qué no se lo quieres decir a nadie? Lo deberías denunciar, Adriana. Es peligroso.

—Pues por eso mismo, porque es peligroso no lo quiero hacer. —Me mira extrañado—. Es un chico impredecible; nunca lo había visto hacer algo así y tengo miedo de que pueda hacer daño a mis amigos. Y también, aunque tengo un poco de miedo, yo misma voy a acabar con él. Ya encontraré la manera.

—No vas a poder tú sola.

—Eso ya lo veremos —replico confiada.

—Estás loca por esconder algo así...

La cena transcurre en silencio, por parte de los dos. Nos miramos de vez en cuando, un poco enfadados por la conversación de antes, y yo empiezo a pensar y darle vueltas otra vez al asunto de la llamada, metiéndome en mi mundo... “Siempre estás en tu mundo”, solía decirme Daniel.

Aquello me entristece.

—¿Quién es esa tal Martina? —dice él, rompiendo el silencio. Como si pudiese leerme la mente.

—Perdona, ¿qué has dicho? —pregunto sobresaltada.

—Que quién es Martina —repite llevándose una generosa cantidad de espaguetis a la boca. Los mastica enérgicamente.

—Ella... —Me lleno de aire los pulmones—. Ella es una de mis mejores amigas, junto con Andrea. —Como otro poco del plato.

—No la conozco —señala.

—Es que ella se fue a Inglaterra cuando acabó el verano. Justo un día antes de la muerte de Daniel —confieso tristemente.

Asiente, comprendiendo mirándome con algo de lástima.

—He visto vuestra foto, la que tienes encima de tu mesilla. Parecíais muy felices.

Me sorprende que él se haya fijado en eso.

—No te puedes hacer una idea —agacho la cabeza—. Una parte de mí se fue con él cuando murió.

La vista se me comenzó a nublar. Estoy a punto de echarme a llorar, y él se da cuenta. Por eso corre enseguida a remediarlo.

—Eh, venga. —Se levanta de la silla y se acerca a mi lado—. No te pongas triste. Lo siento, no era mi intención.

—No pasa nada —le digo para que no se preocupe—. Se me pasará.

—Quería conocer un poco más de ti, lo siento de verdad...

Lo miro fijamente, agachado a mi lado, lleno de preocupación, y siento un gran impulso de abrazarlo. Porque sí, porque me apetece. Y eso es lo que hago. Me lanzo a sus brazos sin pensarlo y aferro mis brazos en torno a sus brazos y espalda. Casi le hago perder el equilibrio porque él estaba en cuclillas, pero logra mantenerse bien y me devuelve el abrazo deslizando sus brazos y envolviéndome con estos.

Y comienzo a llorar. Todos los sentimientos que tenía reprimidos hasta el día de hoy salen a la superficie y no puedo reprimirlos. Al menos por hoy me puedo permitir quitarme la máscara y llorar lo que necesite. Me apretaban el pecho. Me impedían respirar. Todos esos recuerdos.

Estoy bien. Él hace que yo sienta un poco de alivio en medio de todo mi dolor. Me separo cuidadosamente, mirando hacia el suelo, muerta de la vergüenza con la mirada clavada en el suelo, cuando logro calmarme tras unos minutos. Me da miedo descubrir su reacción, pero cuando lo hago una sonrisa se extiende por todo su atractivo rostro.

—Perdóname —digo con la mirada clavada aún en el suelo—. Yo...

—No, perdóname tú a mí. Nunca debí haber sacado el tema. Lo siento.

—El problema soy yo, que últimamente soy una llorona. Es mi culpa —me justifico sonriendo.

—Ninguno la tenemos —dice devolviéndomela.

De pronto caigo en la cuenta de que su jersey tiene que estar ya seco.

—Voy a por tu jersey. —Me seco las lágrimas y me encamino hacia las escaleras—. Ya debe de estar listo.

—Pero puedo subir yo si lo deseas; eso no es bueno para tu esguince.

—Voy yo. —Subo las escaleras a la pata coja.

Me dirijo hacia el cuarto de la lavadora y cojo su jersey. Teniéndolo entre las manos, no puedo evitar llevármelo a la cara para olerlo. Huele genial. A calidez, a hombre...

Me lleno los pulmones de ese increíble aroma, de su aroma. Cuando me doy cuenta de que lo que estoy haciendo es una total locura, alejo el jersey de mi cara y sacudo la cabeza. El tragar tanta agua no ha debido de sentarme muy bien hoy.

Bajo a toda prisa y me encuentro con que él ya ha recogido la mesa y se dispone a fregar los platos.

—¿Qué haces? —me quedo paralizada en la puerta de la cocina.

—Fregar —dice sonriente—. No te voy a dejar todo el trabajo a ti sola.

—Te dije que no tenías por qué...

—... ayudarte a hacer la cena —me corta—. Pero nunca mencionaste nada sobre lavar platos.

—No tienes remedio —digo resignándome: es inútil discutir con él. Siempre se sale con la suya—. Aquí tienes tu jersey. —Lo dejo caer en el brazo del sofá.

—Ah, y tú tienes tu toalla encima de tu cama —dice sin despegar la vista del fregadero.

—Bien.

Estamos en silencio otros cinco minutos hasta que él termina de fregar.

—Esto ya está. —Se seca las manos con el trapo y se rodea hacia mí.

De repente, justo como arriba en el cuarto un rato antes, se quita la sudadera de un tirón, revelando su anatomía de nuevo. Una extraña sensación recorre mi cuerpo. Desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—Cómo te gusta exhibirte —bromeo mientras miro para otro lado, sonrojada.

—Y a ti mirarme, aunque lo intentes disimular. —Jaque mate.

—Por favor... —digo algo indignada mientras siento más calor aún en las

mejillas.

Él ríe y me pone la sudadera en el brazo, bien doblada.

—Será mejor que me vaya.

Eso me pone triste.

—Ya te he tenido secuestrado demasiado tiempo, ¿verdad?

Suelta una carcajada y nos dirigimos hacia el vestíbulo. Le abro la puerta, pero él permanece inmóvil a mi lado; se pone enfrente de mí y me mira preocupado.

—¿Seguro que estarás bien? —me pregunta.

—Vete tranquilo. Además, si me pasara algo... tengo a un médico y a una enfermera en casa. Así que no te preocupes.

Él ríe dándome la razón.

—Entonces nos vemos el lunes en clase —se despide.

—Sí. El lunes.

—Que te mejores. Cuida de ese tobillo. Esa cabeza, ese... todo —ríe.

—Adiós, Ángel —susurro queriendo que esta escenita de despedida incómoda termine de una vez por todas.

Espero que se vaya, pero en cambio se acerca a mí y me da un dulce beso en la mejilla que me deja sin respiración. Siento su aliento en mi cuello, y el roce de su piel me hace sentirme de una manera totalmente desconocida para mí. Se retira lentamente y me dedica una de esas sonrisas tuyas que me hielan la sangre.

Observo desde el umbral de la puerta cómo camina hacia su coche, se sube en el y se aleja calle abajo. Cierro la puerta detrás de mí y me apoyo en ella, sintiendo las piernas algo flojas. Todavía tengo la sudadera de Roberto en el brazo. Me la llevo a la cara con el mismo propósito que con la otra, y no me equivoco en mis sospechas. La sudadera está repleta del aroma de Ángel. Me cuesta unos minutos volver a la realidad. Me estoy volviendo loca.

¿Desde cuando voy yo por la vida oliendo las camisas de chicos? Sacudo la cabeza, cierro la puerta con llave, apago las luces del piso de abajo y me

encamino hacia el cuarto de la lavadora. Aunque me duela en el alma, tengo que lavar esa sudadera, porque Roberto se dará cuenta de todo si no lo hago. La meto en la lavadora inmediatamente, en un programa corto. Con un poco de suerte, Roberto no se dará cuenta y, si lo hace, ya me inventaré algo. Cierro la puerta de la habitación para navegar por Internet hasta que la lavadora termine, pero de repente me acuerdo.

El sobre. Ahora estoy sola. Este es el momento de ir a ver qué demonios guarda Roberto. Lo pienso durante unos minutos... ¿En realidad quiero saber qué oculta Roberto? O más bien, ¿ese sobre tendría algo interesante dentro? Porque a lo mejor me estaba yo viniendo arriba por nada.

Sabía que no era de fiar desde la primera vez que lo había visto entrar o, mejor dicho, desde que lo había visto con mi madre en el sillón de mi casa. Así que no pierdo más el tiempo; salgo de mi habitación y me encamino a toda prisa a la de mi madre. El reloj marca la una de la madrugada y no tengo mucho tiempo. Están a punto de regresar.

Capítulo 15

Abro el armario a la velocidad de la luz y tomo el sobre con mucho cuidado mientras me siento en el suelo. Lo abro y echo un vistazo. Me sorprende ver que, a priori, parecen recortes de periódicos. Y, por el color que tienen los papeles, deben de ser de hace muchos años.

“¿Qué es todo esto? —pregunto en voz alta para mí misma—. ¿Quién guardaría un montón de recortes de periódico viejos en un sobre?”.

Vuelco el contenido encima de la madera; los papeles se esparcen por una gran superficie del suelo y me quedo helada con lo que veo. Todos los recortes, tienen la foto del mismo hombre. Es muy parecido a Roberto. Cojo uno de ellos para leer el titular.

DETENIDO UN MÉDICO DE 25 AÑOS POR SECUESTRAR A UNA BEBÉ RECIÉN NACIDA DEL HOSPITAL EN EL QUE TRABAJABA.

El detenido, Francisco Santos, al que detuvieron hace unos meses, se dio a la fuga en el día de ayer. La policía sospecha de una segunda persona implicada en los hechos, una mujer hermana de la madre de la niña, que continúa con paradero desconocido. Los padres de la pequeña, propietarios de la empresa P&L, buscan desesperadamente ayuda para encontrar a la pequeña Daniela.

El acusado deberá cumplir con ocho años de cárcel.

El motor del coche de Roberto rugió en la acera, y me sobresaltó. A toda

prisa vuelvo a meter los papeles en el sobre. Corro hacia el armario y los vuelvo a esconder, en el sitio justo donde se encontraban. Justo cuando cierro la puerta de la habitación a mis espaldas, se escucha la llave de la puerta principal abrirse y me lanzo como una loca a apagar las luces del pasillo. Si las dejo encendidas, me ven de lleno ya que, desde la puerta de la entrada, si uno alza la vista, se ve el pasillo del piso de arriba.

Cuento hasta tres y echo a correr hacia mi habitación y, justo cuando encienden las luces, yo ya estoy oculta en el otro pasillo. Respiro profundo. Ha estado cerca.

Paso toda la noche dándole vueltas al titular que he leído. ¿Por qué Roberto guarda recortes de una noticia de hace mil años por lo menos? Además, de alguien totalmente desconocido. ¿Quizá él es un cómplice de ese médico? Si así fuese, ¿mi madre no lo sabría?; qué horror tener a un compinche de un loco secuestrador en casa...

Quizá estoy pensando demasiado. Sí estoy sacando las cosas fuera de quicio. Si Roberto fuese un cómplice o un delincuente, no estaría en la calle; además, hace tantos años de esa noticia que sería algo imposible. Es imposible.

* * *

A la mañana siguiente, decido ir al cementerio a llevarle a Daniel flores otra vez. No voy a pisar el cementerio por la tarde nunca más en mi vida. Cuando bajo las escaleras, me encuentro una nota en la mesita de la entrada. Es de mi madre. Dice que se marchan el fin de semana a una excursión organizada por el hospital. Algo así como un incentivo.

“¡Qué raro!”, pienso irónicamente. Aunque agradezco todos los días de soledad que me puedan ofrecer. Los espero como agua de mayo. Prácticamente, me he criado sola. El sonido del teléfono me sobresalta cuando voy de camino a la cocina para desayunar.

— ¿Diga? —Mi voz suena ronca al contestar.

—Hola, Adriana, soy yo —dice una voz masculina a través del auricular.

Pongo los ojos en blanco.

—Hola, Martín, ¿qué tal? —intento parecer amable.

Le agradezco su preocupación de todo corazón, pero está cruzando ya la línea en demasiadas ocasiones. Casi se está convirtiendo en un Ricardo 2.0.

—Mejor, gracias, ¿y tú?

—Bien también. —Su voz vacila—. Me pregunto si querías venir conmigo a dar un paseo. Hace un día fabuloso, y es ¡sábado!

Me muerdo el labio ante el paso que da. Nunca me ha invitado a salir de este modo tan directo y me resulta un tanto incómodo. Aunque tampoco quiero herir sus sentimientos.

—Gracias por la invitación, Martín. Pero es que ya tengo otros planes.

—Seguro que son con Ángel, ¿verdad? —Su enfado repentino me sorprende—. Anoche se fue bastante tarde de tu casa. Se nota que os lo pasáis muy bien juntos.

—¿Me has estado espiando? —pregunto furiosa.

—Estaba preocupado por ti —se excusa—. Ese Ángel no me gusta.

—Pues a mí me da igual si te gusta o no.

—Perdóname —suena de verdad arrepentido—. Te prometo que no lo vuelvo a hacer más.

—¡No me vuelvas a espiar, Martín! Te considero un buen amigo. Espero que no me defraudes y me hagas cambiar de opinión.

La línea se queda en silencio unos instantes. Y yo sigo sin creerme que Martín haya llegado a tal extremo. Confirmando mi teoría de que le está haciendo la competencia a Ricardo.

—Tranquila, no lo haré más. Pero entonces... ¿cuáles son tus planes?

—Voy a ir al cementerio —contesto con sinceridad.

—Puedo acompañarte si quieres —se ofrece.

—Hoy no me apetece salir a ningún lado.

—Está bien —acepta resignado—. Entonces, ¿otro día?

—Sí, quizás otro día. Adiós, Martín.

* * *

Tras subirme a mi pequeño coche negro, un regalo de Daniel cuando cumplí dieciocho años, puse rumbo al cementerio. Hay tres coches en el aparcamiento, entre estos, uno que reconozco inmediatamente y que casi me hace cambiar de idea e irme a casa.

A pesar de ello, entro llevando un pequeño ramo de nomeolvides, como siempre, para ponérselos a Daniel. Aunque la próxima vez me encontrara con la sorpresa de siempre: alguien le quitaba los ramos que yo le ponía, y no tengo que ser muy lista para saber quién era la ladrona de flores. Cuando alcanzo a ver la tumba, puedo distinguir una figura frente a esta.

Lo que temía. Es una chica; su pelo rubio y ondulado cae hasta la mitad de su espalda y sus ojos marrones se vuelven hostiles en cuanto me acerco a ella y se percata de mi presencia.

Es la hermana de Daniel: Camila. Con un poco de miedo, me acerco un poco más, ignorándola lo máximo posible. Está agachada. Ella me odia, y eso se nota a la legua. En la facultad, los pocos días que ella acudía, me lanzaba miradas en el comedor, llenas de odio, para hacerme sentir culpable de lo que le pasó a su hermano. Para ella siempre seré yo su asesina.

—No des ni un paso más —escupe llena de odio cuando estoy a unos pasos de la tumba—. No sé cómo tienes la vergüenza de aparecerte por aquí, después de lo que le hiciste a mi hermano.

—¿Me vas a dejar de culpar algún día? —me intento defender, apenas sin voz, mientras los ojos se me llenan de lágrimas—. Fue un accidente. Esas cosas pasan y, desgraciadamente, le pasó a él. Tenemos que aceptarlo y superarlo.

—¡Cállate! —Se levanta del suelo y me enfrenta—. Tú eres la única

culpable de lo que pasó. ¡Tú lo enfadaste aquella noche! Oí todo lo que te dijo y luego cogió el coche y... —Se echa a llorar desconsolada. Está claro que le va a costar superar la muerte de su hermano.

Mira mis flores con desprecio.

—¿No te cansas de traer eso? Ya sé. Se las traes para pedirle perdón por lo que tú le hiciste y tener la conciencia tranquila. ¡No le traigas ni una más!

—Tú eres la que me las quita, ¿verdad? —pregunto mirándola fijamente—. ¿Por qué, Camila? Yo quería a tu hermano con toda mi alma. A mí también me duele, y mucho.

—Tú no quieres a nadie —me señala con el dedo—. Solo querías a un chico que estuviese encima de ti todo el tiempo, que te cuidara, que te protegiera, que besara el suelo que pisabas. —Las lágrimas brotan de mis ojos, una tras otra—. Y, como mi hermano era un ingenuo, cayó en tu trampa. Y mira adónde lo ha llevado conocerte.

—Te has forjado una idea equivocada de mí. No sabes de lo que estás hablando —me defiendo dolida.

—Solo sé que tú lo separaste de nosotros, su familia. Prefería estar contigo antes que con nosotros.

—Yo no lo obligaba a hacerlo. Si él quería pasar tiempo conmigo, era cosa suya. No me metas en eso.

Su mirada me atraviesa con odio.

—Y a pesar de eso, sigues haciendo tu papel de pobre “viuda” y sigues trayéndole flores para mantener tu farsa, cuando luego estás todo el día con tu nuevo ligue paseándote por el campus.

Las flores se me escapan de las manos y caen sobre el césped. Aunque sé que me acusa de algo que no es cierto, no puedo evitar sentirme culpable. Como si por relacionarme con Ángel y por sentir cosas extrañas estuviese traicionando a Daniel de algún modo.

¿Cómo podía pensar Camila eso cuando para mí su hermano era mi vida? Sus palabras me cortan el pecho como un cuchillo, y no puedo ni hablar; solo

puedo seguir llorando.

—No tienes una idea de cómo quise yo a tu hermano... ¡LO QUE PASÓ FUE UN ACCIDENTE! —grito enfada ante su acusación perdiendo los papeles—. ¡Yo no tengo la culpa de eso, le puede pasar a cualquiera! Y nadie es mi ligue, así que cállate la boca...

—Veo que no te has enterado de las últimas noticias.

—¿Qué noticias? —pregunto sorprendida.

—Lo de mi hermano —dice pronunciando cada palabra— no fue un accidente.

Mis ojos se abren de par en par. No puedo creer lo que estoy escuchando salir de su boca.

—¿Qué dices? —El corazón me va a mil.

—Alguien cortó los frenos de su coche —confiesa rota de dolor.

El mundo se paraliza cuando pronuncia esas palabras. Esto tenía que ser una broma.

—Eso es imposible, no puede ser verdad.

—Pues así es. Ya puedes estar contenta. Mi hermano se suicidó por ti. ¡Qué bonita prueba de amor!, ¿verdad?

Comienzo a retroceder. Negando con la cabeza.

—¡No puede ser cierto! Es imposible, imposible. Tiene que haber una explicación.

—Vete, Adriana —suenan amenazadora—. Vete y no vuelvas; mi hermano necesita descansar de su asesina.

Echo a correr hacia el coche no pudiendo contener las lágrimas y odiando que Camila me haya provocado esto. Seguro que solo lo dijo por hacerme daño, pero a la vez tampoco la creo capaz de bromear con la muerte de su hermano de ese modo. ¿Cortarse los frenos del coche? No creo que Daniel fuera capaz de eso y, además, por una simple discusión.

Tuvimos otras mucho más fuertes que esa, y no pasó nada. Aquí está pasando algo raro.

Conduzco hasta la casa de Andrea, intentando controlarme, y no matar a nadie en la carretera. Cuando consigo llegar sana y salva, salgo corriendo hacia la puerta y empiezo a dar golpes impacientes para que me abran la puerta lo antes posible. Enseguida abre su hermano.

—Adriana... ¿¿Qué te pasa?! —Yo entro corriendo en la casa, ignorándolo.

—¿Dónde está Andrea? —pregunto intentando calmarme. La charla con la hermana de Daniel me ha dolido muchísimo y no puedo parar de llorar.

— En su cuarto, pero...

Antes de que termine la frase, yo ya estoy subiendo las escaleras. Andrea me espera en la puerta de su cuarto, alarmada por los golpes tan fuertes que di en la puerta.

Su cara, que tenía una expresión jovial, cambia por completo al verme.

—¿Qué pasa, Adriana? —dice acercándose y dándome un abrazo.

—No te puedes imaginar de lo que me enterado —le explico entre sollozos contra su hombro.

—Ven, vamos a mi cuarto. —Pone su mano en mi espalda y me guía hasta la habitación.

Una vez dentro, me sienta en la cama y ella se coloca a mi lado. Supongo que su hermano tiene la oreja pegada a la puerta, pero eso no me importa.

—Tranquilízate y cuéntame todo.

—He ido a llevarle flores a Daniel. —Apenas se me entiende lo que digo, pero ella parece comprenderme. Pero no puedo seguir: me cuesta emitir sonidos.

—Tranquila, venga —dice mientras apoya su mano en mi hombro y me tiende un pañuelo.

—Y cuando llegué... —susurro cuando al fin logro calmarme algo más— ... Camila estaba allí.

—¿Camila? ¿Qué te dijo, o qué hizo para que te pusieses así? Me tienes asustada.

—Me culpó por la muerte de su hermano y me dijo que solo estaba con él

por interés. —Las lágrimas se desbordan de mis ojos—. ¿Te lo puedes creer? Tú y Martina sabéis mejor que nadie que lo quería de verdad.

—Por supuesto que sí, de eso no cabe duda. Pero todas esas cosas que me dices que te ha dicho, te las dice siempre en la facultad y no te pones tan mal. ¿Qué ha sido hoy el detonante de que pierdas los papeles de este modo?

—Me dijo algo más, algo horrible. —Me tapo la cara con las manos intentando borrar esas palabras de mi mente.

—¿Qué te dijo? —Andrea no puede aguantar más.

— Daniel no murió por accidente.

—¿Qué? —murmulla muy sorprendida.

—Se suicidó, o lo asesinaron, ¡o yo que sé...! Pero ella me dijo que los frenos de su coche estaban cortados.

Me abraza muy fuerte, sin saber qué decir. Comienza una charla motivadora, sobre que seguro que hay una explicación para ello, pero yo la interrumpo.

—A lo mejor es verdad que yo tuve la culpa. —Un nudo se instala en mi garganta.

—¡Claro que no, Adriana! —Me suelta, indignada para mirarme a la cara—. ¡Escúchame! Tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes? De nada. Además yo, personalmente no creo que se suicidara. Él era fuerte, y tú lo sabes. Seguro que son tonterías de esa chica, que ya no sabe con quién desquitarse para sentirse mejor...

—Ya no sé qué pensar.

—Piensa en lo que te he dicho, porque es la verdad. Te acompañaré a casa; allí te vas a sentir mejor —dice levantándose.

En cambio yo me quedo llorando sobre su cama durante quince largos minutos, en los que ella me consuela como puede. Hasta que decido que ya he llorado lo suficiente, que ha sido un gran bajón emocional por la situación y por el daño que mi antigua cuñada quería hacerme. Esto no se va a quedar así: tengo que investigar más sobre ese tema.

—Andrea... —le susurro cuando logro calmarme y los sollozos dejan paso

al agradable sonido de la calma.

—¿Sí?

—Ayer llamé a Martina.

—Espero que tuvieses más suerte que yo; ella no contestó nunca ninguna de mis llamadas. —Vuelve a sentarse en la cama.

—Sí, bueno, no exactamente —corrijo—. Me contestó alguien. Pero, por más que le preguntaba, no me hablaba y solo se oía su respiración, muy nerviosa por cierto. Luego oí de fondo que llegaba Martina y le preguntaba con quién hablaba y, acto seguido, me colgó.

Ella frunce el ceño pero, como siempre, intenta buscar una explicación lógica a todo.

—Seguramente, sería algún compañero suyo de allí, de Londres. Y no te contestó porque no te entendía.

—Puede ser, pero... no sé, Andrea. Fue tan raro... No puedo dejar de darle vueltas.

—Pues no lo hagas; de verdad, creo que simplemente le está resultando difícil comunicarse con nosotras. Seguro que pronto tendremos noticias de ella.

Sus argumentos no me convencen demasiado, pero por ahora decido dejar el tema aparcado y marcharme a casa, como debería haber hecho, en vez de venir aquí a preocupar a Andrea y su familia.

—Gracias por dejar que me desahogase contigo; me voy a casa —le agradezco mientras me pongo en pie—. Te prometo que otro día no habrá más llantos; te invitaré a algo.

—Te tomo la palabra; luego no te echas atrás. —Me señala con el dedo y ambas reímos en complicidad.

Justo cuando estoy subiendo las escaleras que me llevan a la puerta principal de casa, mi teléfono comienza a sonar. Fastidiada de tener que pararme a buscarlo en mi bolso con este frío casi invernal que se cuele por mi ropa, descuelgo algo malhumorada.

—¿Cómo está la chica más guapa y la más cabezota de toda la ciudad?

Un escalofrío de placer recorre mi espalda: es él. Mantengo la compostura, y no dejo que las imágenes de su torso desnudo en mi cuarto en la noche de ayer me despisten.

—¿Cómo has conseguido mi número? —pregunto con curiosidad.

—Uno no revela sus secretos —bromea, y me hace sonreír su descaro—. ¿Has pasado buena noche? ¿Tu tobillo está mejor?

— Sí, ya puedo andar sin muletas. Apenas me duele.

—¿Y conseguiste dormir algo? ¿Te tomaste las pastillas? —continúa preguntando cosas como si fuese un padre preocupado por su hija.

—¿Me estás interrogando? —bromeo mientras abro la puerta de casa con mi mano libre. El calorcito del interior me alivia enseguida—. Ya tengo bastante con las preguntas del detective Martín.

Eso lo hace reír. Enseguida entiende por dónde van los tiros.

—Sí, veo que se ha convertido en una especie de guardaespaldas. Te vigila a todas horas —dice burlándose. Parece que eso le divierte—. Sería el sueño de cualquier chica...

— ¿A qué te refieres? —pregunto con curiosidad por lo del guardaespaldas.

—Su bonito deportivo rojo no pasa desapercibido precisamente. Anoche te tuvo bien vigilada.

—¿Tú lo sabías? —Me siento en el sofá, tras dejar mi bolso en el suelo y me apoyo en el reposabrazos.

—Desde el momento en el que abriste la puerta.

El beso en la mejilla que me dio y que me dejó medio tonta se cruza por mi mente. Siento calor en las mejillas ante ese recuerdo.

—Me diste el beso en la mejilla para ponerlo furioso... ¿verdad? —No podía ser de otra manera.

—No —contesta para mi sorpresa, tajante—. Lo hice porque me apetecía. Mucho.

Agradezco tenerlo al otro lado del hilo telefónico, y no delante de mí en

estos instantes, aunque temo que pueda escuchar los latidos acelerados de mi corazón a través de la línea. Él rompe el silencio de nuevo.

—Esta tarde voy a ir al cine —anuncia como quien no quiere la cosa.

—Ah, buena idea. —No sé para qué me informa de sus planes sinceramente—. Que te diviertas.

—La verdad es que me gustaría divertirme contigo. —Luego guarda silencio y añade—: Si quieres.

Me quedo en blanco. ¿Ángel me estaba pidiendo una cita? No puede ser cierto: él sabe de mi situación. Sabe que no tiene la más mínima oportunidad conmigo y, ¡cielos! Ni siquiera él está interesado en mí seguramente, y estoy sacando todo fuera de contexto.

—Eh, esto yo... Ángel... no sé si...

—Oye, Adriana. —Corta mi charla nerviosa—. Es como si te leyese la mente. No te estoy pidiendo una cita, solo te propongo que salgamos a divertirnos en plan amigos. Sé que estás pasando por algo muy duro y no pretendo ni quiero ocupar su lugar.

Esa charla me toca el corazón. Eso es lo que quería que entendiese, que yo no estaba lista ni para pasar página aún, y mucho menos para fijarme en otro chico. Aunque mi cuerpo muchas veces no escuche a mi corazón o a mi mente.

—Vale —susurro después de unos segundos de silencio—. ¿A qué hora pasas a recogerme?

—Estupendo —exclama contento—. Sobre las nueve... ¿te viene bien?

—Sí. A las nueve, perfecto. —Parezco un robot—. Nos vemos entonces, adiós.

—Hasta luego, Adriana.

Luego él cuelga el teléfono. Siento como si él me hubiese lanzado una granada, hubiese huido y me hubiese dejado a mí con el marrón, lista para que explotase. ¿Por qué, si él me lo pedía, no podía decir que no?

Supongo que porque es una salida de amigos solamente. Sí, me vendría bien distraerme. Y más después del susto de esta mañana.

Entonces lo noté. Así de repente. La ilusión. Por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo 16

Me pasé el resto del día dando vueltas tontas por la casa, ya que ninguna actividad me tenía entretenida lo suficiente para olvidar los nervios que comenzaban a florecer en mi interior y me comían por dentro. Ni siquiera comí al mediodía y a las cuatro estaba frente al armario para ver qué ropa era la apropiada para una salida de amigos.

Tras veinte cambios, al fin encuentro el conjunto ideal. Me pongo mis vaqueros oscuros y ajustados para las ocasiones especiales, mi camiseta de media manga roja con un lazo atrás, que me encanta, y unos botines negros con un taconcito bajo y gordo. Tampoco me tenía que arreglar tanto. Con esto bastaba.

Solo es una salida de amigos... De amigos.

Me apresuro a maquillarme un poquito y a peinarme, por supuesto. Y me doy cuenta de que es la primera vez que salgo desde hace más de dos meses. Desde que murió Daniel. Desde que lo mataron.

Pensar en ello de nuevo me pone de peor humor, pero se me pasa un poco cuando escucho el timbre de la puerta. El cepillo se me cae de las manos, y el corazón me da un vuelco. Corro como alma que lleva el diablo escaleras abajo y, antes de abrir la puerta, hago una parada para mirarme en el espejo y acicalarme. Suspiro y la abro.

Y ahí está Ángel. De pie al otro lado de la puerta, sonriente y guapísimo hasta lo imposible. Lleva unos vaqueros, una camisa blanca y una chaqueta

negra, con los dos primeros botones desabrochados y que deja entrever ligeramente su torso perfecto. El mismo que anoche yo... Corto enseguida mis pensamientos.

—Buenas noches —saluda de un modo excesivamente cortés.

—Vaya, qué fino. —Una sonrisa emerge de mis labios casi sin darme cuenta. Me siento bien—. Pareces todo un caballero.

Levanta la mano sonriente y me tiende una rosa roja. Me quedo petrificada mirándola.

—Cógela. Es para ti. No muerde, ni pincha, ni está envenenada, te lo juro.

La cojo muy lentamente por cortesía, pero no me acaba de parecer un gesto acertado. Se supone que es una salida de amigos. Los amigos no se regalan flores.

—Sé que te gustan más los ramos de nomeolvides. Pero no quería hacerte sentir mal —se explica.

—Gracias —es lo único que logro contestar.

Había acertado; si me hubiese regalado un ramo de nomeolvides, me hubiera puesto a llorar. Solo Daniel me regalaba esas flores porque sabía que eran mis flores preferidas.

—Vale, espera un momento. —Voy hasta la cocina y pongo la rosa en un vaso de agua; luego, tras coger la chaqueta del perchero y apagar las luces, salgo de casa y me uno a él en el exterior. Juntos nos encaminamos hasta su coche, dando por hecho que hoy, al igual que siempre, conduce él.

—¿Estás lista para divertirte? —Me mira con picardía desde el asiento del piloto. Yo me termino de poner el cinturón.

Me quedo mirándolo como una tonta.

—Sí, claro. Sorpréndeme —logro responder.

Luego me arrepiento de la última palabra que he pronunciado. Ángel es experto en eso: en sorprenderme.

Conduce calle abajo en dirección al centro de Barcelona. Hasta que llegamos a los cines Cinesa; el frío de la calle nos saluda al bajarnos del

vehículo.

Hay bastante gente cuando llegamos al cine, así que tenemos que guardar una larga cola de veinte minutos. No me deja pagar, así que, tras varios intentos de convencerle de que yo pagaba mi entrada, desistí de la idea.

—¿Desde cuándo en una salida de amigos el chico invita a la chica? —pregunto astuta.

—Solo intento ser caballeroso, como has dicho antes —se limita a responder.

Continuamos caminando hacia el interior, pero de pronto mis ojos se encuentran con otros dos de color castaño. Y me siento la peor persona del mundo. ¿Por qué tenía que estar aquí él hoy? Me pongo tensa cuando él se acerca a nosotros. Ángel le sonríe, triunfal.

—Hola, Adriana —saluda cuando alcanza nuestra posición al lado del mostrador de las palomitas.

—Hola, Martín. —Se me va a salir el corazón del pecho por los nervios. Yo, que le había dicho que no quería salir, y ahora me veo en esta situación comprometedor con Ángel, al parecer su mayor enemigo. Seguro que me retira la palabra después de esto. Aunque, mirándolo por el lado bueno, podría dejar de andar detrás de mí y centrarse en otra chica que le corresponda. La gente diría que tengo a demasiados chicos detrás, pero ¿qué le hago?

—Creía que no tenías ganas de salir. —Su mirada es acusadora.

—Y no las tenía; la verdad, esto ha sido algo repentino... —Miro a Ángel, que me infunde valor para continuar—. Ángel me convenció esta tarde.

—Ya veo —dice Martín, seco, volviendo a mirar a Ángel con asco.

—Pero, si estás solo, te puedes venir con nosotros ¿verdad, Ángel? —Intento arreglar mi metedura de pata, aunque en verdad me debería de dar igual. Pero me siento demasiado mal. Miro a Ángel suplicándole con la mirada que diga que sí, aunque, en realidad, no me apetece nada estar con Martín. Quería estar a solas con Ángel. Y eso me sorprende de nuevo.

—No me gustaría estropearos la cita, además, yo...

—Esto no es una cita —aclaró negando con las manos y la cabeza—. Es solo una salida de amigos. Nada más.

—Ya, pero es que yo sí que...

—No es una cita —vuelvo a decirle, más para convencerme a mí misma que para convencerlo a él.

Una chica rubia con los ojos azules (y, la verdad, muy despampanante) se acerca hasta nosotros y se pone al lado de Martín, pasándole el brazo por la cintura. Me quedo de piedra al observar la escena.

—Aquí tienes —le dice a Martín ofreciéndole un cartón de palomitas.

—Gracias —le contesta él.

Enseguida lo comprendo todo. Él sí que tiene una cita. Me lo había intentado decir todo el tiempo.... ¡Menudo corte!

—Os presento a Cintia. —La mira con ojos deseosos—. Cintia, estos son Adriana y... ¿cómo te llamabas? —Ahora mira a Ángel.

—Soy Ángel —le contesta a Cintia directamente y le da dos besos a modo de saludo en las mejillas.

—Encantada, Ángel. —Nada más abrir la boca, noto que es una persona arrogante y la forma en que mira a mi acompañante... ¡se lo está comiendo con la mirada!

Luego se dirige hacia mí y me da otros dos besos, pero ni siquiera me mira.

—Encantada. Ana —me saluda sin dejar de mirar a Ángel.

Es normal que no hubiese prestado atención cuando Martín pronunció mi nombre, ya que estaba muy ocupada observando cada centímetro del apuesto Ángel.

¡Para ya de hacer eso!

—Es Adriana —le corrijo un tanto cortante.

—La película está a punto de empezar. —Ángel rompe el silencio incómodo y me pasa una mano por la cintura. Me quedo helada. Esto es como una mala escena de una peli cutre de adolescentes. Compitiendo por ver quién pone más celoso a quién.

—Divertíos, chicos —les dice a modo de despedida mientras me lleva para el interior.

Giro la cabeza y puedo ver la cara claramente irritada de Martín, que observa cómo nos adentramos en el cine. Cintia, por el contrario, sigue teniendo la mirada clavada en Ángel, y su cara no es precisamente de irritación.

—¿Este tío no estaba colado por ti? —me pregunta él claramente confundido.

—Ahora entiendo ese refrán —contesto entre dientes.

—¿Cuál?

—”No me quieras tanto, quíereme mejor”; a la primera de cambio, me encuentra sustituta.

—¿Te molesta? Verlos juntos digo —me pregunta divertido, pero puedo notar algo de preocupación en su voz.

Pongo los ojos en blanco.

—Les compraría una alianza de bodas si pudiese ahora mismo. Es todo un alivio.

Él echa a reír y caminamos hasta nuestros asientos, una vez dentro de la sala. Cuando apagan las luces, noto de reojo que Ángel se centra en la pantalla. Yo le imito, aunque ni siquiera me he parado a mirar qué película es la que vamos a ver. Al final resulta ser una de amor, muy empalagosa para mi gusto, que no me iba el romance cursi que vendían esta clase de filmes. De vez en cuando Ángel me mira y me sonríe, y yo le correspondo con otra mirada y otra sonrisa. Me siento bien en su compañía, me gusta estar con él. Me infunde protección. Aunque también estoy incómoda. Como si de algún modo estuviese traicionando a alguien. O a mí misma.

* * *

— ¿Que te ha parecido? —me pregunta mientras caminamos hacia su coche.

—¿Te soy sincera? Un poco empalagosa —contesto con sinceridad— Pero bonita, al fin y al cabo. Como todas, supongo.

— ¿Te estás divirtiendo?

Mantiene la mirada al frente; el vaho sale de su boca y en su cara se reflejan las luces de los teatros que anuncian los musicales de los que ya se puede disfrutar.

—Sí —esbozo una sonrisa—. Mejor de lo que esperaba. Quitando lo del encontronazo con Martín.

—¿Te gusta tanto que te pone nerviosa? —pregunta con una sonrisilla en los labios, bromeando como siempre.

—Esa pregunta sobra —enfrento sus ojos celestiales.

—No me lo quieres contar.

Lo miro dubitativa. ¿Cómo se lo iba a decir? “Martín y tú me habéis invitado a salir, pero he preferido venir contigo” sonaría rarísimo. Sonaría a que lo prefiero a él. Cosa que es cierta. Pero por eso mismo.

—No voy a obligarte a que me lo digas. Pero sí a que lo sigas pasando bien — Me mira sin dejar de caminar—. Te conozco desde hace muy poco, pero en todo este tiempo siempre te he visto decaída, y es normal: yo también estuve a punto de echarme a morir en un rincón de mi cuarto, hasta que...

Se detiene y me mira de frente. Yo detengo mis pasos también. Agarrando nerviosa la correa de mi bolso.

—Hasta que te conocí a ti.

Enseguida siento cómo me acaloro.

—¿A, a mí por qué? —tartamudeo nerviosa, reanudando la caminata. Ya casi estamos alcanzando la calle en la que está su coche.

—Te vi allí, tirada en el suelo del cementerio, y me entraron muchas ganas de ayudarte. Pensé que, si me encerraba de por vida en mi habitación, tú harías lo mismo, y no quería que eso pasase. No sé por qué, diremos que tuve un *feeling* contigo.

Nos quedamos mirándonos un largo rato, incómodos los dos. Casi me choco

con varias personas intentando asimilar lo que me decía e incapaz de mediar palabra. Porque sentía que estaba haciendo algo malo, que esto no era lo correcto. Daniel...

—Pero dejemos las cosas tristes a un lado, porque te prometí que esta noche te ibas a divertir. Y pienso cumplir mi promesa. —Me interrumpe el pensamiento mientras me abre la puerta del coche.

—De acuerdo —logro contestar mientras me siento de nuevo como copiloto.

Las calles céntricas de Barcelona se ven preciosas mientras avanzamos; luego bordeamos las zonas de playas. En el coche reina un silencio sepulcral, así que decido que, como Ángel me ha abierto tanto su corazón, quizá yo debería devolverle un poco de eso también.

—Martín me pidió que saliéramos, antes de que me lo pidieses tú —confieso.

Él alza las cejas, medio sorprendido. Y pega un silbido como diciéndome: “Qué malota eres”.

—¿Dónde se coge número para ponerse a la cola de los pretendientes que tienes? —bromea riendo. Aunque esa pregunta me mueve algo en las entrañas.

—No seas tonto —río ante su ocurrencia—. Me daba cosa contártelo; me sentía un poco mal: iba a parecer una chica despiadada.

—Dijiste que no querías salir, y luego me dijiste a mí que sí a la primera de cambio, ¿verdad?

—¿Tienes una clase de aparato instalado en tu cuerpo para leerme la mente a todas horas? —Intento sonar guasona, pero realmente hay una parte de mí que lo pregunta en serio.

—Te lees como un libro abierto —confiesa.

—Pues sí, has acertado —le doy la razón—. Pero no te creas que me siento del todo mal. Me buscó sustituta al segundo, al parecer.

—Él se lo pierde.

Me sonrío sin dejar de prestar atención a la conducción. Me doy cuenta de

que se pasa el cruce que hay que tomar para ir a mi barrio. De hecho, vamos en dirección contraria ahora mismo.

—Espera. Mi casa era por la otra calle.

—No vamos a tu casa —contesta misterioso.

—¿Entonces? No me irás a secuestrar. —Finjo horror mientras me río.

—Suenas tentador, pero no. Aunque, si tú me lo pides, yo lo hago sin dudarlo.

Se hace un silencio incómodo.

—Aunque tenga que soportar tus rabietas de niña pequeña y tus paranoias —ríe rompiendo el ambiente tenso. Yo también me río a pesar de que se está metiendo conmigo.

—¡Es normal que, si estoy encerrada de noche y sola en un cementerio, tenga miedo! —contesto a la defensiva—. Vale ya de meterte conmigo con lo mismo de siempre.

Mis risas inundan el vehículo y lo hacen sonreír. Me ha sacado de mis casillas y eso, al parecer, le encanta.

—Eres una miedica —contraataca — y déjame decirte, siendo una cabezota, algo borde y seca entre varias cosas más, eso no te pega nada.

Le lanzo rayos con la mirada.

—Anda, deja las rabietas y vamos juntos a cenar.

—No sé, debería irme a casa... —Se suponía que solo íbamos a ir al cine. ¿Por qué ahora también tenemos que ir a una cenita para dos?

* * *

A los diez minutos estamos sentados en el bonito restaurante Mirandoalmar, en plena línea de playa y con unas vistas maravillosas a los edificios de la ciudad, iluminados, llenos de vida bajo el oscuro cielo nocturno. Y, cenar con tan bonito ambiente nos anima a conocernos aún más. Le cuento todo. Que me crié con mi madre y que mi padre nos abandonó a las dos cuando ella le dijo

que estaba embarazada. No tengo hermanos ni parientes cercanos. Ahora que me paro a pensarlo, no conozco a ningún familiar. Ni abuelos, ni tíos. Ni primos...

Nada. Es como estar sola totalmente. Esclava de una madre que, más que eso, es un verdugo dispuesto a amargarme la vida. Mi madre siempre me contó que todos le dieron la espalda al quedarse embarazada y que no se merecían ni el saludo; por eso se vino conmigo de su pequeño pueblo natal a la ciudad. Así fue cómo nos quedamos solas contra el mundo.

Su familia es todo lo contrario a la mía. Según me contó, está llena de primos, tíos y abuelos. Su padre trabaja en Valencia, pero Ángel se mudó a Barcelona para estudiar y vivir aventuras como un buen joven adulto, deseoso de vivir la vida. Trajeron el cuerpo de su madre aquí, su ciudad natal, después de perder la batalla a una larga enfermedad, como ya me había contado en el cementerio aquella noche. Tiene un hermano cuatro años mayor que él, Edgar, pero está en el extranjero porque se enamoró de una inglesa y se fue allí a vivir con ella. (Últimamente, a todo el mundo le da por irse a la prometedor Inglaterra). Así, de repente nos damos cuenta de que las horas pasaron sin darnos apenas cuenta y de que nuestros platos están ya limpios como una patena.

Capítulo 17

—Siempre he querido tener una familia así, una de verdad —le digo mientras caminamos por la playa y las olas rompen cerca de nuestros pies desnudos—. A mí, el día que me falte Lidia... —Me mira sin saber de quién hablo—. Mi madre —le aclaro—. Me voy a quedar sola.

—Tú no estás sola —me consuela—. Tienes a tus amigas, que te quieren mucho. Tienes a Martín...

Lo miro regañándolo en silencio, y él ríe. Luego vuelve a ponerse serio.

—Y me tienes a mí que, aunque no soy mucha cosa, te puedo ayudar cuando lo necesites.

Le sonrío. Es reconfortante tenerlo cerca.

—Gracias otra vez por todo —le miro a los ojos—. Desde que murió Daniel, todo es muy extraño. No estoy acostumbrada a que la gente ande encima de mí todo el tiempo. Pero tengo que reconocer que se siente bien, sentir el calor de tanta gente.

Él se queda pensativo y luego se detiene. Mira al oscuro mar mediterráneo y luego me mira a mí.

—Oye, ¿estará fresquita el agua?

Su pregunta me despista. ¿Cómo podía cambiar de tema de manera tan radical? Aún así, lo miro y le contesto, educada:

—¿Que si está fría el agua? Claro que está fría: es noviembre. Mete un pie y reza por que no se te congele.

—Pues entonces, vamos a tener que nadar mucho para no pasar frío.

De pronto veo sus intenciones en sus ojos y, antes de que pueda reaccionar, me coge en volandas y nos tira a ambos al mar. Nuestros cuerpos a merced del frío y de las olas. El agua se me clava como cuchillos afilados. Y empiezo a entrar en pánico. Y pierdo toda la cordura que tenía.

—¡Suéltame! —grito mientras me libero de su agarre y me pongo de pie.

Una horrorosa sensación recorre todo mi cuerpo. Y no es el miedo al agua. Ni miedo a ahogarme ya que el agua apenas me llega a la altura de mi cintura.

Es eso. El recuerdo de la última tarde que pasé con Daniel en la playa. Es como repetir la escena pero, en vez de con él, con Ángel. Traicionándole. Y eso me hace daño, porque una parte de mí, muy grande, quiere que sea otro el que me lleve en brazos hacia el mar. Y no Ángel en estos momentos. Lo detesto por hacerme recordar. Él se empeña en mantenerme dentro del agua impidiéndome salir; forcejeamos un rato.

—Quiero que le pierdas el miedo al agua —se excusa mientras agarra con firmeza mi muñeca y me empuja a volver hacia dentro—. No tengas miedo: hacemos pie y yo estoy aquí...

—¡Que me sueltes! —grito histérica.

Deja de insistir ante mi chillido, un sonido que lo deja de piedra. Se da cuenta de que se ha pasado. Me suelta enseguida, y yo comienzo a caminar furiosa hacia la orilla. Mi abrigo se pega a mi cuerpo dificultándome el movimiento. Los dientes me castañetean muchísimo.

—¡Adriana! —me grita él, siguiéndome el paso—. ¡Adriana, por favor! Espérame.

Lo ignoro y, casi cuando estoy a punto de salir, él me alcanza y me hace girarme para mirarlo. Su pelo negro se pega con fuerza en su frente y respira agitado.

—Lo siento. De verdad, he sido un capullo —se disculpa con sinceridad—. Solo quería ayudarte y pasar un buen rato. No era mi intención que...

—No tienes por qué disculparte —digo intentando calmarme. Desvío la

vista al mar—. Sé que tus intenciones eran buenas. —Vuelvo a mirarlo—. Pero, sinceramente, creo que no estoy preparada para divertirme aún.

—¿Es por él? —Su pregunta me deja de piedra—. ¿Es por tu novio?

Mis defensas flaquean, y no puedo hacer otra cosa que ser sincera con él.

—Todavía no me acostumbro a que él ya no me abrace. Ni me lleve a dar paseos por la playa ni me diga tonterías para levantarme el ánimo. —Suspiro triste—. Él era toda mi vida. Nunca me había sentido querida, y entonces él apareció y cambió mi mundo, mi vida, me cambió a mí. Me dio protección, cariño, amor. Y ahora es complicado vivir que sin él me acompañe a cada paso.

Me escucha con mucha atención, sin interrumpirme ni una sola vez. Luego se acerca a mí aún más y me abraza. Un abrazo cálido. De amistad, de esos que te curan un poquito el alma. Y, si él tiene otras intenciones conmigo, ahora mismo no se notan para nada.

—La vida no es justa, pero es hermosa y, aunque te quite todo lo que ames, siempre te brindará algo que te ayude a seguir adelante. Tienes que aprovechar tu vida. Él siempre estará a tu lado.

Las lágrimas se deslizan rápidamente por mis mejillas, mientras escucho a Ángel. El nombre le viene a la perfección porque, para mí, es como un regalo del cielo. Siento que esas flores que le dejo a Daniel cada semana no solo son un acto de amor hacia él, sino que él o el cielo han decidido recompensar mis ofrendas enviándome a uno de sus ángeles.

—No quiero verte triste. —Su dedo se desliza por el contorno de mis ojos y mis mejillas dulcemente, secándome las lágrimas que quedan. Haciéndolas desaparecer.

—Perdóname —me disculpo—. Perdóname por hacerte cargar con mis penas. Bastante tienes ya tú con lo tuyo.

—No pasa nada, para eso estamos los amigos, ¿no?

—Sí, los amigos.

Y le sonrío.

* * *

Apaga el motor frente a mi casa. Hemos puesto el coche perdido de agua, a causa de nuestras ropas y del bañito nocturno muy poco acertado de antes. La calefacción nos mantiene algo calentitos pero, cuando abro la puerta del coche, el frío de la noche me saluda con más fuerza que nunca.

—¿Por qué no pasas y te seco los pantalones? —le ofrezco. Mi casa se está convirtiendo en su lavandería—. Vas a coger una pulmonía si sigues mojado.

Espero su respuesta, tiritando. Él vacila unos instantes. La charla sobre Daniel, creo, le ha matado cualquier esperanza. Si es que las tiene, claro.

—Yo... No sé si debería —duda.

—No te preocupes. Ya estoy mejor, de verdad. Además estoy sola: mi madre se fue todo el fin de semana, así que no más armarios.

Él ríe y asiente con la cabeza.

—Está bien.

Dejo la puerta de la casa abierta, invitándole a pasar. Camino hacia el salón, pero me percató de que él no me sigue. Me detengo y lo miro.

—¿Qué haces ahí parado? Vamos, venga... O espera, mejor ve a mi habitación, te quitas los pantalones y me esperas allí.

Él alza una ceja, algo divertido.

—Está sonando muy mal lo que me estás diciendo —suelta una carcajada—. Imagínate que nos escucha alguien.

Me saca una sonrisa y los colores. Tengo que moderar mi lenguaje, o él su imaginación.

—Eres un mal pensado —le regaño—. Además, el único vecino que nos puede escuchar está en la casa de al lado y siempre cerrado en su habitación jugando a videojuegos. Óscar es así de sociable...

Ya me estaba yendo por las ramas, de los nervios.

— En fin, sube a mi habitación y ahora te llevo otros pantalones —le ordeno.

Hace lo que le pido y yo voy de nuevo al cuarto de mi madre en busca de, esta vez, unos pantalones para él. Encuentro unos de chándal azul marino, muy feos por cierto, pero la verdad es que son los mejorcitos de entre todo los que tiene Roberto. Tras avanzar por el pasillo, llamo a la puerta de mi habitación primero antes de abrirla (no fuese a pillar a Ángel en un mal momento, o desnudo de nuevo).

—Pasa —contesta su voz amortiguada desde el otro lado.

La escena que veo nubla mi mente. Ángel. En calzoncillos, de pie en medio de la habitación.

—¿Tienes complejo de exhibicionista o qué? —le pregunto mientras me doy la vuelta y me tapo los ojos un poco—. Me has dejado entrar cuando he llamado.

—Es que no me has dado nada con lo que taparme mientras venías. Y tus órdenes fueron claras. “Ve a mi habitación, te quitas los pantalones y me esperas allí” —dice imitando mi voz.

Lo miro resignada: es imposible quedar por encima de él.

—Toma, pónelos. —Le lanzo los pantalones sin acercarme, y él los atrapa al vuelo. Luego miro hacia la cama, para disimular la vergüenza que me da la situación. Recuerdo las primeras veces que veía desnudo a Daniel, y era una sensación similar.

—¿Te da vergüenza ver a un hombre medio desnudo? —pregunta de pronto.

—No es una situación muy cómoda que digamos. Es como si tu me pillaras en ropa interior —contesto un poco furiosa de que le agrade enseñarme su perfecta anatomía y restregármela por los ojos.

— Ya me gustaría a mí.

Me quedo de piedra. Él me mira expectante.

—Adriana, es una...

—Broma, sí, ya lo sé. De todas formas, tú eres un hombre. Todos sois iguales. Os gusta más la carne que a un perro hambriento.

Suelta una gran carcajada.

—¡Qué mal concepto tienes del género masculino!

—La fama que os buscáis solitos con vuestras actitudes —me explico.

Me mira fijamente sonriendo. Ya estaba bien de sonrisas encantadoras por hoy.

—¡Ponte los pantalones de una vez! —le meto prisa—. Y dame los tuyos.

—Están allí —señala la silla del ordenador, que está al lado de él.

—Dámelos —extiendo la mano.

—Ven y cógelos tú.

No sé qué se propone, pero me empiezo a poner histérica. Quiere jugar, está claro. Ver hasta dónde llegan mis límites, pero no, no voy a ceder.

—Ángel, dame los pantalones.

—Cógelos tú misma —ofrece de nuevo.

Tomo aire y me dirijo hacia la silla rápidamente, cojo los pantalones y vuelvo a toda prisa sin ni siquiera mirar a Ángel semidesnudo a escasos centímetros de mí, al pasar por su lado.

—Te veo abajo —digo mientras salgo de la habitación y me dirijo hacia el cuarto de la lavadora.

Una vez allí, caigo en la cuenta de que me he dejado olvidada la sudadera allí el otro día. ¿Se habría dado cuenta el ricachón? Bueno, eso no importa: tengo el resto del fin de semana para eliminar las pruebas del delito antes de que vuelvan de la excursión que el hospital ha organizado. Salgo del cuarto de la lavadora al mismo tiempo que Ángel de mi habitación. Me echo a reír en cuanto lo veo con los pantalones puestos.

—A mí no me hace gracia —contesta algo fastidiado—. Esto hiere mi masculinidad.

—Te quedan... Te quedan francamente bien —digo sarcásticamente. No puedo parar de reír.

Los pantalones le vienen anchos del trasero y cortos de talle; el bajo le llega por encima de los tobillos. Junto con el hecho de que lleva una camisa y unas deportivas con los calcetines subidos, le dan un aspecto del todo cómico.

—Lo siento, de verdad —digo secándome las lágrimas de la risa mientras camino hacia él—. Roberto está más rellenito que tú y es más bajo. No tiene otros más pequeños. Lo siento, solo aguanta un ratito. Tus pantalones estarán pronto secos.

—No habrás hecho esto para vengarte, ¿verdad?

—Ojalá se me hubiese ocurrido...

* * *

Él espera a que yo también me duche y me ponga ropa cómoda. Una vez que bajamos juntos al comedor, enciendo la chimenea para que entremos en calor, mientras acaba la secadora.

—¿Siempre estás así de sola? —pregunta con curiosidad mientras apoya el tobillo en la pierna contraria.

—Casi siempre. Mi madre se pasa la vida en el hospital y, cuando llega a casa, yo ya me he acostado. Y los únicos días que tiene libres en el año se dedica a pasarlos con su Roberto y se olvida de que tiene una hija. Así que tenemos la casa para nosotros.

—¿Qué propones que hagamos? —pregunta él.

—Tengo un montón de juegos de mesa. Sé que suena un poco infantil, pero ¿te apetece jugar a alguno?

Comenzamos por el Monopoly y pasamos las horas muertas, jugando a todos los juegos que tengo en el armario. Realmente, me lo estoy pasando en grande. Aunque siempre me gana Ángel en todo. Solo queda uno por probar: el Twister.

— ¿Te animas con este? —me pregunta mientras alza la caja en el aire para mostrármelo. No tengo muy buenos recuerdos de ese juego.

—No sé si jugar a eso o no... ¿Sabes que me escayolaron la pierna por jugar a ese juego? Es un peligro para la integridad de las personas.

—Venga, vamos, además solo estamos los dos, y yo no peso cien kilos.

Nos echamos a reír y finalmente nos disponemos a jugar. Montamos el juego entre el sofá y la televisión, y la ruleta encima de la mesita y comenzamos a jugar. Comienza él para darme “ánimos”, y yo giro la ruleta para ver qué le toca.

—La mano derecha al rojo.

Al final nos vamos animando y nos metemos de lleno en el juego. La ruleta hace que me ponga en una posición imposible. Parezco la niña del exorcista. Y Ángel tiene la pierna y un brazo debajo de mi espalda. A estas alturas me duele todo el cuerpo y voy pensando en que será mejor dejar de jugar antes de acabar lesionados. Él levanta cuidadosamente un brazo para hacer girar la ruleta. Me toca mover un brazo pero, cuando estoy en ello, pierdo el equilibrio y me caigo encima de Ángel, y hago que este se desmorone también. Echamos a reír los dos a la vez.

—Te dije que esto era peligroso —digo entre carcajadas.

Me mira fijamente mientras disminuyen las risas de manera gradual y me hace girar sobre mi cuerpo, para ponerse encima de mí. El corazón me da un vuelco cuando siento su cuerpo presionado sobre el mío y sus ojos penetrantes clavados en los míos.

Noto cómo baja sutilmente su cabeza para acercarla a la mía...

¡Dios!, ¿No estará pensando hacer lo que yo estoy pensando que hará? No puedo, no estoy preparada.

Pero su boca se acerca cada vez más a la mía. Mi respiración se hace irregular a causa de los nervios y entonces, cuando sus labios están a punto de descansar sobre los míos...

Se detiene. Extiende su mano y me la pone delante de los ojos.

—Tenías un pelusón en el pelo —dice mientras se levanta. Y yo me quedo ahí tirada pensando que soy la mayor de las idiotas por pensar que me iba a besar.

Él me mira por unos instantes y luego susurra:

—Será mejor que me vaya a casa.

La tensión acumulada en el ambiente es enorme. Quizás sí sería mejor que se vaya. Durante el instante en el que lo sentí tan cerca, me sentí mal, pero también hay que admitir que el corazón me latió desbocado ante la expectativa de ese beso.

—Voy a por tus pantalones.

Me apresuro a ponerme de pie, correr al cuarto de lavado, sacar sus pantalones y bajar otra vez. Le doy privacidad para que se vista y, al cabo de un rato, viene a la cocina, con los pantalones de Roberto doblados sobre su antebrazo. Yo dejo de beber agua como una loca delante del grifo y le miro.

—Me voy —anuncia y me tiende los pantalones. Los cojo enseguida, con cuidado para no rozarle la mano—. Gracias por todo, de verdad. Lo he pasado muy bien.

—Gracias a ti —digo, o más bien, susurro al fin, con todos los sentidos turbados por la forma en que me mira.

Me dirijo hacia la puerta de la calle, y él me sigue. Cuando cruza el umbral, se da la vuelta y me mira. El juego desde luego nos ha dejado a ambos perturbados.

—Nos vemos el lunes en clase —se despide con una sonrisa.

Asiento y lo observo hasta que se sube a su coche. Luego cierro la puerta y me voy a recoger el maldito Twister. Me aseguraré de que no vea la luz de nuevo. Siempre que lo ha hecho, ha traído una desgracia. Coloco los pantalones en su sitio cuando llego al piso superior. Ángel no los ha ensuciado, ni huelen a él, así que decido dejarlos tal y como estaban. De repente recuerdo esos recortes de papel.

¿Seguirán estando ahí? Sin pensármelo dos veces, me agacho y rebusco en la parte más profunda del armario; solo hay ropa. Sigo buscándolos algo desconcertada, pero allí no hay ni rastro del sobre amarillo. No puede ser. Juraría que lo había dejado aquí. Meto la cabeza para buscarlo mejor, pero para lo único que sirve fue para verificar lo que ya me temía. ¿Habría notado él que había fisgoneado en sus cosas? De repente un escalofrío recorre mi

espalda. Me levanto y me pongo a salvo en mi habitación. Cierro la puerta del cerrojo incluso y voy a cerrar también la ventana y, al hacerlo, me percató de algo. El coche negro de Ángel sigue aparcado en mi acera.

Me quedo observándolo oculta en las cortinas. No para de moverse de un lado a otro, como si buscara algo. Dejo de mirar y me dirijo a ponerme el pijama rápidamente para volver a la ventana enseguida. El coche ya no está cuando yo vuelvo.

Una oleada de desencanto me recorre el cuerpo. Resignada, me siento frente al ordenador a comprobar mi correo porque, a pesar de ser muy tarde, no tengo nada de sueño.

Al abrirlo, me quedo helada. Tengo un nuevo mensaje en la bandeja de entrada. Es de Martina.

Capítulo 18

Adriana:

Siento no haber podido contestarte antes: es que he estado muy liada este mes y ¡en que me he visto de tener conexión a Internet! Siento muchísimo lo de Daniel. Ni quiera pude estar a tu lado en un momento tan duro. Pero te lo compensaré.

Por aquí todo va bien; los chicos y chicas de mi clase son muy agradables y poco a poco con ayuda y esfuerzo estoy aprendiendo mejor el idioma. Siempre está lloviendo, lo cual hace que me ponga triste. Os echo mucho de menos a ti y a Andrea; ya sabéis que os quiero un montón y que sois como mis hermanas. Nunca me olvido de vosotras. También hay un pesado que me ronda, pero siempre le doy calabazas... No sé si me entiende o no, creo que no, porque sigue insistiendo. ¿Cómo te van las cosas por ahí? ¿Estáis todos bien? ¿Sigue estando el hermano de Andrea tan cachas y guapo como antes?

Siento que mi torpe compañero de piso te haya colgado el teléfono el otro día. Por pocas lo mato cuanto me enteré, pero es que no habla nada de español y pensó que estaban de broma.

PD: por favor no te lo tomes a mal, pero no me llames más al teléfono. Nos hablaremos a través de e-mails, ¿vale?

Espero tu respuesta. Muchos besos.

Martina

Me siento muy bien cuando leo su correo. Un gran alivio me inunda. ¡Mi amiga está de vuelta al fin! Ya pensaba que se había olvidado de nosotras. Suelto una risita al releer lo del hermano de Andrea y comienzo a escribirle una respuesta de manera instantánea contándole cómo me va la vida, todas mis últimas aventuras. Y también le hablo sobre Ángel. Vacilo un poco cuando veo que le he abierto mi corazón de una manera tan íntima; no sé si estoy preparada para hablar de Ángel de ese modo. Pero recuerdo que ella es mi amiga y que puedo confiar, como siempre he hecho.

Le doy enviar y apago el ordenador. Me arrastro hasta la cama y, tras arroparme con las mantas, apago la luz, deseosa de conciliar el sueño con la mayor celeridad posible.

La luces rojas del reloj de la mesita de noche alumbran, con una luz rojiza, mi foto y la de Daniel.

¿Llegaría algún día a olvidar a la única persona que me había hecho realmente feliz en mi vida? La única que había estado ahí cuando yo lo había necesitado, la que me había levantado cada vez que yo había caído, la que más había querido. Su sonrisa me recuerda a la de él, aunque parezca una locura. Se parece mucho a la de Ángel. Quizá por eso me pongo nerviosa cuando me sonrío, porque parece Daniel el que lo hace.

Pero no lo es. Nunca lo será.

Mirar esa foto no hace más que aumentar mi dolor. Así que decido darme media vuelta y dejar de mirarla de una vez por todas. Hasta que el timbre de la puerta principal suena en la quietud de la noche y retumba en la casa asustándome. Son las dos de la mañana. ¿Quién viene de visita a estas horas?

Me levanto deprisa, calzándome las zapatillas de estar por casa y poniéndome la bata mientras camino hacia las escaleras, dudosa de si abrir la puerta o no. Esta casa y su entorno cada vez comienzan a darme más miedo. Aun así, llego hasta la puerta.

—¿Quién es? —susurro.

Nadie me contesta al otro lado y comienzo a asustarme... ¿Y si es un ladrón?

¿O algo peor? Debería de haberme quedado bien callada. Quizá hasta fuesen sicarios contratados por Roberto al descubrir que le he estado revolviendo sus cosas...

Me armo de valor y pregunto un poco más alto.

—¿Quién es?

—Soy yo, Adriana: Ángel —me contesta su dulce voz. Sí, es él. Me apresuro a abrir la puerta sorprendida de verlo aquí otra vez. Está de pie, mirándome con cierto aire de preocupación y con una sonrisilla tímida en las comisuras de los labios. Entorno los ojos cuando se mueve y la luz de las farolas de la calle me dan en toda la cara.

—Lo siento, te he despertado —no es una pregunta.

—No, apenas me acababa de meter en la cama. —Me pongo la mano a modo de visera para frenar esos molestos halos de luz—. ¿Qué ocurre?

—Te juro que, si no hubiese tenido importancia, no te habría molestado, pero es que estoy en un gran apuro.

—Puedes contármelo con confianza, ¿qué sucede?

—Es que... —Se muerde el labio inferior y mete las manos en los bolsillos—. He perdido las llaves de mi casa. He pensado que deben de estar aquí, porque no me he quitado los pantalones en ningún otro lugar. —Se le escapa una risilla nerviosa.

Tardo en reaccionar pero, en cuanto me doy cuenta de que no puede entrar en su casa, le ofrezco entrar a la mía.

—Oh, pasa. —Me aparto del umbral para dejarlo entrar—. Siéntate, iré a ver si se han caído en la secadora.

—Vale, gracias. —Se queda parado en medio del gran y lujoso hall mirándome subir las escaleras.

Una vez en el cuarto de la lavadora, meto la mano para buscarlas. Pero no las encuentro. Las continúo buscando por todo el pasillo y mi habitación. Incluso debajo de la cama entre mis zapatillas y zapatos. También en los bolsillos del chándal de Roberto.

Pero no hay ni rastro de estas.

—Me temo que aquí no están —le comunico cuando acabo de mirar por toda la planta inferior también—. Lo siento.

—¿Has mirado bien? ¿Estás segura de que no están? —Suena desesperado.

—He mirado cada rincón de la casa.

Él pone una mueca de disgusto.

—Supongo que el bañito no fue buena idea; algún cangrejo las tendrá ahora — dice con humor—. En fin, gracias Adriana, y perdón por molestarte. Nos vemos el lunes.

—¡Espera! —Corro hasta su posición y él se detiene—. ¿Dónde vas a pasar la noche?

—En mi coche. Voy a dormir allí y mañana ya veré lo que hago. —Abre la puerta, decidido a irse a dormir a tal sitio inhumano, teniendo yo aquí toda la casa vacía.

— ¡Espera! —Camino hacia él de nuevo—. Quédate aquí.

Él me mira con una expresión que no sé descifrar. Quizá preguntándose por qué esta tonta chica rubia primero llora desconsoladamente por su novio desaparecido y en la misma noche invita a un chico a quedarse con ella en casa.

—No creo que sea adecuado en estos momentos —niega con la cabeza. Jugar al Twister lo ha dejado marcado.

—No me molestas —intento convencerle—. Esta casa es enorme: tiene camas de sobra. No voy a dejar que duermas en un coche, teniendo espacio aquí.

—Te lo agradezco pero...

—No hay peros que valgan. —A cabezona no me gana nadie—. Te quedas, y punto.

Lo obligo a entrar agarrándole del brazo y cierro la puerta de la llave para asegurarme de que no se escapa. Él me mira atónito por mi atrevimiento.

—Puedes dormir en mi cama, y yo iré a la de mi madre.

—Puedo dormir en el sofá; no me importa —replica.

Está de lo más raro. La mirada que le lanzo lo hace cambiar de idea. Y finalmente me obedece, sin rechistar.

—Cuando miras así, das miedo —me dice burlón mientras subimos juntos las escaleras.

—Entonces voy a tener que utilizarlas más a menudo —sonríó—. Puedes dormir tranquilo: mi madre no regresará hasta mañana por la noche.

—Está bien. —Me mira—. Pero que sepas que no estoy de acuerdo con esto. No tienes por qué irte a dormir a otro lado por mi culpa cuando tú tienes tu cama y yo tengo el sofá. Además soy sonámbulo.

Ese dato me sorprende.

—Ángel, me voy a ir a dormir a otra cama, no a la calle —ríó ante su exageración—. Y lo de lo sonámbulo no importa, mientras no le prendas fuego a la casa. —Le abro la puerta de mi habitación—. De hecho, me alegra que te quedes.

La confesión me sale de manera tan natural que me asusta.

—¿Por qué? —Él sujeta el pomo de la puerta de mi cuarto con fuerza mientras me mira fijamente.

—Porque así me siento menos sola.

Me sonrío de la forma que más me gusta. Sin mediar más palabra.

—Buenas noches. —Me encamino hacia el dormitorio de mi madre, dos puertas más allá del mío.

—Que descanses —me desea en tono paternal—. Te ves muy cansada.

No me gusta dormir en esta cama, ni en esta habitación. La almohada apesta al perfume empalagoso de Roberto, tanto a un lado de la cama como al otro. No quiero ni imaginarme qué habrán hecho para que la cama apeste a cada centímetro a él. Solo cuando la nariz se me insensibiliza ante el olor, puedo conciliar el sueño, cosa que me resulta difícil cada vez que pienso que Ángel está en *mi* casa, en *mi* cuarto y en *mi* cama.

Finalmente me dejo llevar por las redes de Morfeo y caigo rendida en un

sueño profundo.

* * *

Escucho abrirse la puerta de la habitación. Sobresaltada, me siento en la cama y puedo ver a Ángel observándome con el torso al descubierto desde el umbral.

—¿Qué haces aquí? ¿Necesitas algo? —tartamudeo mientras me incorporo en la cama.

—No podía dormir y he venido a ver si te pasa lo mismo. —Su voz suena seductora.

—Yo sí que estaba durmiendo...

Se acerca a la cama y se sienta a mi lado. Sus ojos brillan como los de un gato. Es la definición de sexy hecha hombre.

—Estás muy guapa con ese pijama —me piropea en susurros.

¿Qué diablos se ha tomado? ¿Está sonámbulo? Inconscientemente, me tapo aún más con las sábanas, hasta el cuello.

Acerca su cara la mía, y mi cuerpo comienza a temblar.

—Ángel, será mejor que vuelvas a la cama...

Levanta la mano y me acaricia la mejilla. Y entonces lo noto, cómo el se inclina para besarme, y yo no hago nada para impedirlo. Estoy hipnotizada por esos ojos.

—Ángel, yo no... —Intento detenerlo antes de que haga algo de lo que nos vamos a arrepentir ambos.

—Te quiero, Adriana, desde el momento en el que te vi. —Sus ojos son puro fuego y dulzura a la vez—. Déjate llevar, anda.

—Pero yo... —Me pone uno de sus masculinos dedos en la boca para hacer que me calle, y yo solo puedo dejar escapar un suspiro. ¿Miedo? ¿deseo? No sé lo que siento.

Mi voluntad queda reducida a cenizas cuando se acerca más y más y...

Abro los ojos, sobresaltada. Respiro agitadamente. Estoy en el cuarto de mi madre. Automáticamente miro hacia la puerta. Está perfectamente cerrada, tal y como la dejé. Luego miro el reloj. Son las cinco de la mañana.

Solo ha sido un sueño... solo un sueño.

Me levanto aún temblando y voy al servicio para echarme un poco de agua en la cara. ¿Qué clase de sueños son esos? ¡Por Dios, qué locura! Me miro en el espejo lentamente.

Estoy sudando. Empapada de sudor frío. Me lavo la cara de nuevo y, tras tranquilizarme un poco, vuelvo a la cama, pero de camino, me pica la curiosidad, y cambio de dirección. Mis pasos son sigilosos sobre el suelo de madera.

Cuando alcanzo el pomo de la puerta de mi habitación, lo hago bajar despacio, para no despertarlo. Solo quiero cerciorarme de que está bien. Estoy algo preocupada por su sonambulismo. ¿Y si se tira por la ventana?, ¿y si está de pie en una esquina del cuarto?

Abro una rajita solamente para poder observarlo. Y allí está él en mi cama, durmiendo como un angelito. Se ve gracioso, un chico acostado en una habitación superfemenina, pero a la vez se ve increíblemente apuesto entre las sábanas.

No me puedo resistir y me acerco hasta la cama. Me transmite tanta paz verlo allí, tumbado boca arriba, durmiendo plácidamente... Mi mano desciende lentamente hasta su mejilla. Es muy suave y cálida. La dejo descansar allí unos segundos, hasta que mi mente, como si le hubiesen dado un chispazo, vuelve a la realidad y me hace apartarla y retroceder.

¿Quién era ahora la loca?

Vuelvo a cerrar la puerta y regreso a la cama. La falta de sueño me está afectando y la preocupación por todo también. Estoy perdiendo los papeles.

* * *

La próxima vez que me vuelvo a despertar, entran algunos halos de luz por la persiana, por lo que imagino que ya tendrá que ser bien entrada la mañana. Me siento descansada, lo que corrobora mi teoría; aun así, echo un vistazo al reloj para que me confirme mis sospechas.

Pero algo llama mi atención. Cuando miro el reloj, veo la puerta de la habitación entreabierta. Me siento en la cama, sobresaltada, sin dejar de mirar la puerta y el pasillo.

Juraría que la cerré al entrar anoche. Aun así, estaba tan en las nubes cuando me volví a meter en la cama que lo más seguro es que me olvidé de cerrarla cuando volví del cuarto de baño. Claro, con lo atontada que iba, podría haber estado ardiendo la casa, y yo no me habría dado cuenta.

Vuelvo a echarme hacia atrás, cerrando los ojos y me pongo de lado, estirándome; es hora de levantarme. O eso creo.

Mis manos se topan con algo extraño cuando alargo el brazo. Me asusto de inmediato. ¿Acaso hay un bicho en la cama? Muero tan solo de pensar en esa opción: me asquean los insectos. Me pongo corriendo de rodillas e intento ver en la penumbra qué es esa cosa peluda que acabo de tocar. Incluso me bajo de la cama, pensando que es mejor ponerse a cubierto que quedarse en territorio hostil. Enciendo la luz en cuanto alcanzo el interruptor.

Él se levanta, asustado, como si le hubiesen puesto un resorte. Respiro aliviada de que no sea ningún amigo arácnido, pero a la vez me quedo petrificada de ver lo que veo en la cama.

—¿Dónde estoy, qué hora es? —Ángel no deja de hacer preguntas confuso mientras se toca la cara, intentando despertar.

—Es hora de levantarse, y estás en mi cama —comento desde mi posición, aturdida.

—Tú me dejaste... dormir en tu cama... —Me cuesta entenderlo, porque está todavía medio dormido.

—Sí, te dejé en mi cama —aclaro—. Pero es que no estás allí, estás conmigo, en la de mi madre.

Capítulo 19

De repente, parece recuperar la compostura y se despierta. Pega un salto de la cama y me mira lleno de arrepentimiento.

—Lo siento. Ya te he mencionado lo de mi sonambulismo. Perdóname por favor: yo no soy de esos.

En sus ojos hay algo que me obliga decirle que no se preocupe, que no pasa nada. Porque realmente es así. No era él el que fue teniendo sueños eróticos por ahí...

—Está bien, no pasa nada, aunque me has pegado un susto de muerte. —Lo miro mientras camino hasta la ventana y subo la persiana para que entre la luz natural; luego apago la lámpara. —¡Y tápate!

—Perdona —repite sonriendo.

—Deja ya de disculparte y vamos a comer algo, que estoy muerta de hambre.

* * *

Preparo dos tazas de leche y las lleno hasta arriba. Luego tomo la caja de cereales y entro al comedor con una bandeja repleta de víveres.

Ángel está allí sentado como una estatua. Aunque ha insistido en ayudarme, yo no lo he dejado.

—Vaya, me has hecho caso por una vez. —Dejo las cosas sobre la mesa y

regreso a por las cucharas a la cocina. Escucho su voz a lo lejos.

—Como una estatua.

Me siento en la mesa y comienzo a comer con un apetito que no tenía desde hacía mucho tiempo. Él no se mueve. Quiero preguntarle qué diantres le pasa y qué ha sucedido con el Ángel, chulito, impertinente y bromista. Pero no me atrevo. No sé qué se le pasa por la cabeza. Pero juraría que esta situación le cohibe.

—Come —le ordeno al ver que no tiene intención de probar bocado.

Él me mira y comienza a comer cereales.

—Después de comer, te puedo acompañar a ver al cerrajero si quieres — sugiero.

—No.

Su rotunda negación me deja inmóvil.

— ¿Por qué no?

—No hace falta, Adriana. Tú tienes cosas que hacer.

—La verdad es que no tengo nada que hacer en todo el día. —Me meto otra cucharada en la boca, esperando su respuesta.

—De verdad que no, que no hace falta.

—Que sí, que voy contigo —insisto.

—¡Eres una pesada! —exclama riéndose.

—No al nivel tuyo —sonrío.

Mi indirecta sobre lo encima de mí que ha estado siempre estas últimas semanas lo hace reír. El probar un poco de su medicina.

—Me lo pensaré —contesta misterioso mientras se inclina su taza.

Me lo tomo como un sí. Así que, en cuanto acabo de comer, recojo y subo a la planta de arriba.

—Voy a hacer las camas.

—Te acompaño.

Accedo a que me ayude a hacerlas sin refunfuñar. Primero una, luego otra. Cuando coloco los cojines decorativos, le doy sin querer a la foto de Daniel,

la cual va a parar debajo de la cama, después de que le propiné una patada sin querer al agacharme para recogerla. Por suerte no se ha roto el cristal. O eso parecía.

—Vaya —digo riéndome y mirando a Ángel—. Parece que estoy borracha.

—Hasta el cerrajero conduzco yo. —Ríe con su propia broma—. Voy al baño, ahora que hemos terminado.

Asiento y vuelvo a la tarea de recuperar la foto. Me agacho para cogerla y cuál es mi sorpresa al encontrar un objeto plateado al lado de mis zapatos.

Son las llaves de Ángel. Las recojo del suelo y me levanto con estas en la mano. No sé cómo tomarme esto, pero hay varias piezas que en seguida encajan en mi mente.

Me siento en la cama y espero a que vuelva. Cuando lo hace, yo le muestro las llaves.

—Tus llaves estaban debajo de mi cama.

—¡Mis llaves! —exclama sorprendido.

Se las devuelvo, algo inquieta.

—Con las vueltas que diste anoche buscándolas y estaban justamente ahí, en el sitio más sencillo. —Él ríe, y yo lo miro entrecerrando los ojos un poco.

—Ángel... —Me pongo de pie y camino hacia él—. ¿Escondiste las llaves a propósito solo para pasar la noche en mi casa?

No le sienta bien mi comentario, así que se pone a la defensiva. Cosa que me enfurece.

—¿Estas cosas las lees en los libros o te las inventas sola?

—No te hagas el gracioso conmigo —respiro intentando mantener la compostura—. Anoche, cuando vine a buscarlas, no estaban. Te lo aseguro. Y hoy vuelvo a mirar y aparecen como por arte de magia bajo mi cama. ¿Qué explicación tendría?

—Eso significa... —Se acerca a mí, desafiante; su aliento roza mi cara—... que necesitas ponerte gafas.

—No tiene gracia —contesto con frialdad.

—Claro que la tiene. ¿Te estás oyendo? —Alza los brazos en gesto de resignación—. Te montas una película, antes de pensar en cosas vagamente realistas. Puede que no vieses las llaves anoche.

—Puede. Pero sé que no es así. Si hay una cosa que no soporto es que me mientan, Ángel.

—Yo no te estoy mintiendo. ¿Cómo crees que me iba a inventar eso solo para quedarme una noche contigo en tu casa? No eres el ombligo del mundo, Adriana.

Su frialdad me duele, y entonces solo quiero que se vaya. Sí, quizá he sacado las cosas de quicio. Quizá solo esté pagando con él todo el estrés acumulado. Pero estoy segura de que esas llaves no estaban ahí ayer... o no las vi... no sé, él me hacía dudar...

Se dirige hacia la puerta. Pero, antes de marcharse, me mira una última vez.

—Sin confianza, no puede existir una amistad —sentencia.

—En realidad, nunca acordamos ser amigos —contesto con la misma frialdad, aunque me duele cada palabra que sale de mi boca.

—Es cierto. Me lo he pasado bien mientras ha durado. Que te vaya bien.

Y, acto seguido, se lanza escaleras abajo. Escucho el portazo y, acto seguido, el motor del coche, que se aleja.

¿Qué demonios acababa de hacer? ¿Y si él tiene razón? ¿Y si no la hubiera visto al mirar debajo de la cama? Yo y mi testardez. Nunca aprendo.

Siento cómo una lágrima se desliza por mi mejilla, y esta vez por una causa distinta por la que solía derramarlas habitualmente. Aunque no quiero reconocerlo, Ángel se ha ganado un hueco, no sé cómo de grande en mi dolorido corazón. Miro a mi alrededor, sola. Estoy sola.

Me seco las débiles lágrimas con la manga de la bata y me visto con desgana. Bien, que se vaya, no lo necesito para nada. Tan solo lo conozco desde hace poco más de un mes; puedo arreglármelas sin él. Él es el que se piensa el ombligo del mundo con su actitud, no yo.

Me entretengo el resto de la mañana en limpiar, en colocar la sudadera del

ricachón de vuelta en su sitio y en no dejar ni rastro de lo acontecido el fin de semana. La casa está lista y las pruebas del delito, borradas. Así que me lanzo como una loca a abrir el correo cuando regreso a mi habitación y enciendo el ordenador. Efectivamente, hay un mensaje de ella. Aunque es más corto que el otro.

Adriana:

Me alegra que estés bien y no te hayas venido abajo; no tienes una idea de lo feliz que me hace eso. Aquí no hay ninguna novedad, así que tengo poco que contarte. Pero lo quiero saber todo sobre ese chico que me has mencionado... ¿cómo era?... Ángel. ¿Te gusta? ¿Te atrae? En fin... ¿qué sientes por él? Lo quiero con todo lujo de detalles. Sabes lo que me gustan estos cotilleos.

Espero ansiosa tu respuesta. Besos.

Martina.

Me sorprende el repentino interés por Ángel pero, conociéndola como la conozco, no es de extrañar que se ponga así, ante el simple hecho de nombrar una nueva presencia masculina. Así que me pongo a escribirle una carta en la que le cuento que, por supuesto, es un chico encantador, pero que todo es complicado. Y que se olvide del tema, porque ya no nos vamos a ver más.

Suena el timbre justo cuando estoy enviándolo. Bajo desganada a ver de quién se trata. Lo único que me apetece realmente es pasarme el día tirada en la cama sin hacer absolutamente nada. Solo viendo películas y series en mi ordenador.

—¡Adriana! —dice Andrea con su peculiar voz, en cuanto abro la puerta—. ¿Cómo estás?

Está radiante, como siempre. Su cara morena brilla con el sol del mediodía, y trae muy bien perfilados sus grandísimos ojos oscuros. Realmente, es la mejor persona que me puede visitar en este instante.

—Ya te echaba de menos. Pasa. —La abrazo y la invito a entrar.

Hago ademán de cerrar la puerta, pero ella me lo impide.

—¡Espera! No vengo sola.

Vuelvo a abrir la puerta con curiosidad y veo allí a Martín con la misma seriedad en la cara que cuando me lo encontré en el cine anoche. Sus ojos castaños muestran descontento.

—Hola, Martín —le saludo educadamente mientras lo invito a pasar también.

—Hola —saluda escueto y se coloca al lado de su hermana en el hall.

Yo los observo durante unos instantes preguntándome a qué se debe la visita. Sobre todo la de Martín. Seguro que me odia desde lo que pasó ayer.

—Bueno. ¿Qué os trae por aquí? —Cierro la puerta y los guío hasta el salón. Ellos se sientan en el sofá y me miran.

—Nada en especial —contesta Andrea mientras se atusa el pelo—. Como la última vez que te vi estabas tan mal, quería saber cómo te encontrabas. Andábamos fuera paseando un poco, y se nos ocurrió pasarnos.

Ahora podía entenderlo todo. Martín fue “arrastrado” a mi casa por su hermana. Él mantiene la mirada en la chimenea, sin hacernos mucho caso.

—Por más que lo pienso, no logro entender que Daniel supuestamente se haya suicidado. Me niego a creerlo; él no es así. Alguien tuvo que hacerlo, y ese alguien va a pagar por lo que le ha hecho.

Es algo de lo que estoy completamente segura. Y me voy a enterar de quién lo hizo.

— ¿Le has vuelto a preguntar a Camila? ¿O a alguien de su familia? —pregunta mi amiga.

—¿Bromeas? Tanto ella como sus padres están deseando que aparezca por allí para matarme a punta de pistola, estoy segura. Me culpan de su muerte.

—¿Por qué no se lo cuentas a la policía? —sugiere Martín, hablando por primera vez.

Lo miro.

—No puedo hacer eso. No me corresponde. Podría hacerlo, pero seguro

que su familia me echaría encima otra vez. —Me dejo caer en el respaldo del sillón.

—Eras su novia —añade—. Tienes todo el derecho de enterarte de los secretos de la investigación.

No contesto a su sugerencia porque no tengo ganas de discutir con él, aunque lo que diga es verdad. Pero él nunca entendería mis motivos y, al parecer, él sí que tiene ganas de guerra.

—¿Qué tal te fue anoche? —pregunta con segundas intenciones y en un tonito que no me gusta nada. Le respondo de la misma manera. No actué bien, es cierto, pero tampoco tiene derecho a hablarme así.

—La verdad es que me lo pasé en grande. ¿Y tú? —Me inclino hacia delante, poniéndome recta.

—Estuvo bien. Pero podría haber estado mucho mejor. —Me mira intensamente—. ¿Por qué me dijiste que no te apetecía salir y a la primera de cambio te vas con ese tío?

Andrea nos mira con los ojos como platos, pero sé que sabe de lo que estamos hablando. Seguramente, su querido hermano la habrá puesto al día. Y, seguramente, ese supuesto paseo no ha sido tan casual como en un principio parecía.

—Se llama Ángel, no tío. Y sí, decidí salir con él.

Se lo suelto de golpe, pero no me importa: ya estoy cansada de que esté encima de mí todo el tiempo, intentando controlar mi vida y mis compañías.

—Además —señalizo—, tú buscaste una sustituta pronto. Tampoco te tuvo que molestar tanto.

—No me iba a quedar en casa un sábado por la noche, como comprenderás.

—Sí. Te gusta más jugar a los espías, ¿verdad?

Eso ha sido un golpe bajo. Lo reconozco.

—Lo hice por tu bien, porque no confiaba, ni confío en ese tío.

Intento mantener la compostura, pero cada vez se me hace más difícil. Adoro a Martín desde pequeña, pero se está ganando que le coja ojeriza con

su actitud.

—Pero es que a mí me da igual si te gusta o no —contesto con rabia—. Es mi vida, y tú no tienes por qué meterte en mis asuntos. Eres mi amigo, así que límitate a hacer la función que desempeñan estos, y no te transformes en mi sombra día y noche como un novio celoso, porque no lo eres.

Martín me mira dolido y furioso.

—Ya vale, por favor. No hemos venido a pelear —intenta calmarnos Andrea.

Mira a su hermano

—Y tú, ya vale, ¿no? —suspira—. Adriana tiene razón. No eres su novio, para estar reclamándole nada. Así que déjala en paz.

Martín resopla y se deja caer en el respaldo del sillón, asumiendo que la charla ha terminado.

—Volvamos al tema que nos concierne: Martina me escribió un mensaje ayer —anuncia Andrea, para quitarle tensión al ambiente.

—A mí también —confieso—. Empiezo a creer que se ha buscado otras amigas mejores allí en Londres.

—Estoy deseando que llegue la Navidad. ¡Así vamos a poder estar otra vez juntas las tres, como antes! —Da palmaditas entusiasmada.

—Yo también tengo ganas de verla —sonrío débilmente.

—¿Y tú, Martín? ¿Tienes ganas de verla? —le pregunta su hermana con una sonrisilla en la boca, en un intento de ponerlo de mejor humor.

Él sigue en sus trece.

—Sabes de sobra que no —contesta de mala gana.

Para nadie es un secreto que Martina estaba obsesionada con el hermano de Andrea desde que éramos unas crías y, a pesar de sus calabazas, ella siguió insistiendo e insistiendo, hasta que Martín la aborreció al cumplir los dieciséis y la evitaba a toda costa por todos los lados a los que íbamos. Incluso se escondía en el instituto para que no lo viera. Sí, Martina era un poco pesada y quizás un poco loca y atolondrada, pero era una buena amiga.

Alguien en quien se podía confiar, aunque la mayor parte del tiempo lo pasara en las nubes o hablando de chicos. Me acuerdo bien del brillo que se posaba en sus ojos azules cada vez que hablaba con un chico y, para ser más exacta, cuando hablaba con Martín.

Su Martín, como ella lo llamaba. Martín y Martina. Según ella, sus nombres los hacían amantes predestinados.

Andrea echó a reír al ver la expresión en la cara de su hermano. Realmente, no quería que regresara. Ni loco quería cruzársela.

—¿Os queréis quedar a comer? —les ofrezco, a pesar del espectáculo que ha montado mi amigo minutos antes.

—¿Por qué no? —contesta Andrea, alegre—. No está tu madre, ¿verdad? No quisiera meterte en problemas.

Me pongo de pie.

—No creo que vuelva hasta esta noche, así que podemos comer juntos con tranquilidad.

Martín se pone de pie también, con sus malos humos por bandera.

—Te veo esta tarde, Andrea.

Sin mediar más palabra, pasa por mi lado, medio empujándome y yo voy detrás de él.

Capítulo 20

—**M**artín, espera.

Lo alcanzo en el hall. Se gira de nuevo, de mala gana, para hacerme sentir culpable.

—¿Por qué no te quedas? —le pregunto con amabilidad.

—No quiero molestar.

—No eres tú el que me molesta: es tu actitud —le aclaro.

Desvía la mirada al suelo y luego vuelve a mirarme.

—¿Mi actitud? —pregunta fríamente.

—Mira, perdóname si he actuado mal. Las cosas se dieron así; lo siento mucho. —Su mirada se vuelve más calmada—. Pero, por favor, déjame vivir mi vida. No te comportes conmigo como un novio celoso.

Mira a la pared durante unos segundos, y desaparece la frialdad de su rostro por completo. Ha visto que yo he dado mi brazo a torcer, así que él también lo hará. Lo conozco bien.

—Discúlpame tú a mí —pide al final—. Te prometo que no lo vuelvo a hacer más. Es solo que quiero protegerte: siento esa necesidad.

—Lo que te pasa a ti es que no soportas a Ángel. Así como tampoco soportabas a Daniel.

—Adriana, yo...

Andrea aparece por el marco de la puerta, interrumpiéndonos.

—¿Va todo bien? —Seguramente estaba preparada para encontrarse con una

pelea.

—Sí, tu hermano me acaba de decir que se queda a comer.

Como no tengo muchas ganas de cocinar, pedimos unas pizzas y unos refrescos. Nos lo pasamos en grande, bromeando, contando chistes... pero en todo ese tiempo no me pude quitar a Ángel de la cabeza.

Me gustaría haberme despertado y ver que todo lo que había pasado esta mañana era un mal sueño. Que Ángel iba a aparecer por la puerta a decirme cuatro tonterías, como siempre. Mi amigo. Pero, por más que me pellizco, no me despierto. Esta es la cruda realidad. Las cosas ya no van a ser como antes con Ángel. Todo ha acabado.

La tarde se nos pasa volando entre juegos y charlas; para cuando nos damos cuenta, ya son las siete. Mi madre está a punto de volver.

—Nos vemos mañana en clase —me despido de ellos desde la puerta.

Acto seguido, se marchan en el deportivo rojo de Martín. Entro, y a toda prisa vuelvo a arreglar la casa, para que no se note que he tenido visitas durante todo el fin de semana. Luego me pongo a ver la tele y, al cabo de unas horas, escucho abrirse la puerta principal. Hay más ruido que el de costumbre: risas, pasos apresurados, incluso eructos. Apago la televisión y me asomo al recibidor, cuidadosa. Las risas cesan de repente en cuanto me ven.

La mirada que me dedica Roberto confirma mis peores temores: ha descubierto que yo sabía de la existencia de ese sobre. Estoy en el punto de mira. Y eso no me pone en buen lugar, teniendo en cuenta que este tío podría ser un delincuente despiadado.

—Hola, hijastra —saluda con fingida amabilidad.

Estoy tentada de vomitar al escuchar esa palabra, pero mi madre me saluda en ese momento, de la manera en que me tiene acostumbrada. Señala las grandes maletas.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Ven y ayúdanos! —me grita, fría como siempre.

—Son tus maletas. Guárdalas tú misma.

Subo a mi cuarto, ignorándolos, y me meto en el cuarto de baño para

ducharme y ponerme el pijama mientras mi madre y el ricachón preparan la cena, con unas risas que se oyen desde donde yo me encontraba. Tengo algo de hambre, pero desisto de la idea de bajar a cenar, estando ellos dos presentes. Prefiero morirme de hambre.

A veces creo que mi madre siempre me ve como si fuese un mueble más de la casa, uno viejo, del que está deseando deshacerse. Y, mientras antes, mejor. Si hubiese sido por mí, habría salido por patas en cuanto cumplí los dieciocho, pero mi madre se empeñó extrañamente en impedírmelo y no entiendo por qué. Sus pensamientos sobre mi futuro son de lo más contradictorios. Me odia, pero parece que me impide irme de la casa.

Me siento en el ordenador para charlar con Andrea, que está conectada al chat. Le explico todo lo sucedido y me pide que sea fuerte y resista, porque hay mucha gente que me quiere, como ella. Eso me pone de mejor humor.

En cuanto me cuelo entre las sábanas, puedo notar como toda la cama está llena del olor de Ángel. Cierro los ojos y entierro la nariz entre las sábanas para aspirar mejor el aroma. Luego el cansancio se apodera de mí.

La puerta de la habitación se abre. Sobresaltada, me yergo en la cama. No puedo ver muy bien quién está en el umbral a causa de la oscuridad, ni tampoco sé si se trata de otro sueño como el del otro día. Pero salgo de dudas en cuanto la figura corpulenta avanza hasta mí y crea una presa alrededor de mi cuello con sus manos. El miedo me paraliza. Y entonces recuerdo que se me olvidó por completo echar el cerrojo en la puerta antes de irme a dormir.

—¡Suéltame! —exclamo apenas sin voz mientras intento zafarme. Me está ahogando.

— “La curiosidad mató al gato”, ¿lo sabías? —pregunta Roberto con ironía.

—No sé a qué te refieres.

Cierra más las manos. La vista se me comienza a nublar. Su agarre es desmesurado, sin piedad alguna.

—A ver si así haces memoria. —Su voz sombría resuena en mis oídos de una manera aterradora.

—¿Quién eres, en realidad? —pregunto a duras penas mientras intento quitar sus manos de mi cuello.

Ignora mi pregunta y me suelta bruscamente, lanzándome de nuevo contra la almohada. Me quedo paralizada en la cama, aspirando grandes bocanadas de aire y tosiendo sin control. Por un momento pienso que aquí ha llegado mi final. Que me va a matar y mi madre va a correr la misma suerte que yo en cuanto acabe su trabajo conmigo.

—Como me entere de que has vuelto a fisgar en mis cosas... —me advierte señalándome con el dedo—. O le digas algo a alguien... volveré a hacerte otra visita nocturna.

Vuelve hacia mí a grandes zancadas y me coge de nuevo por el cuello. Chillo y me tapa la boca con brusquedad.

—Y no será solo para amenazarte.

Me libera y abandona mi habitación dando un portazo. Yo me quedo un rato sin poder moverme, paralizada. Esto es peor de lo que pensaba. Me llevo las manos al cuello en un intento de calmar el daño que me ha hecho. Aliviada de poder respirar de nuevo.

Me levanto a toda prisa y echo el cerrojo de mi habitación. Con el miedo que corre aún por mis venas, vuelvo a la cama y me arropo hasta la cabeza.

Debía mantener la calma. No puedo contarle esto a nadie... porque, si lo hago... estaremos todos en peligro.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Pero, a pesar del miedo que reside en mi interior, no estoy dispuesta a dejarlo pasar. No. Roberto esconde algo chungo y estoy dispuesta a averiguarlo. No puedo estar viviendo bajo el mismo techo con un... ¿asesino?, ¿ladrón?, ¿estafador?, ¿violador? Pronto lo averiguaré.

* * *

A la semana siguiente, antes de marcharme hacia la facultad, miro horrorizada cómo mi cuello tenía aún un sinfín de leves moratones. Llevo toda la semana

usando una gran bufanda azul marino, para que nadie vea mis heridas. Pero me preocupa lo que está tardando en sanar. Y comienzo a levantar sospechas, cuando no me quito la bufanda en todo el día. Esta ya no es una casa segura.

Aparco el coche al lado del deportivo rojo de Martín, el cual en estos momentos sale de su coche.

—¿Qué tal, Adriana? —pregunta de nuevo con su humor normal. Por fin me ha perdonado. O eso es lo que parece.

—Bien, igual que siempre, supongo —intento mostrarle una sonrisa lo más convincente posible. Porque mi estado de ánimo no es exactamente para echarme a reír.

—Me lo pasé en grande el otro día en tu casa. No conocía esa divertida faceta tuya. Eres una caja de sorpresas.

—Pues ya ves...

—¿Entramos? —Mueve la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Y tu hermana? Siempre viene contigo —digo mientras la busco con la mirada.

Él cierra su coche, y se cuelga la mochila. Luego se acerca a mi posición.

—Oh, ella se ha quedado hoy en casa. No se encontraba del todo bien. Creo que es la gripe.

—Vaya, me pasaré a verla cuando salgamos. Por si necesita algo.

—No te lo aconsejo —arruga la frente—. Podrías coger el virus enseguida. El médico nos dijo esta mañana que no recibiera visitas.

—Vaya —repito—. Entonces la llamaré. Por el teléfono no se cogen los virus, ¿no? —Intento parecer graciosa.

Él suelta una risita y luego fija la mirada en mi bufanda. Casi me echo a temblar.

—¡Qué friolera eres!

Respiro aliviada de que no me haga preguntas. Comienzo a andar y él me sigue. Mientras antes entremos a clase, mucho mejor.

—Me espera un día durísimo —cambia de tema de repente y lo agradezco

para mis adentros—. Tengo dos exámenes y tengo que aprobarlos porque, si no, lo próximo que hará mi padre será...

Sigue parlotando, pero ya no lo escucho. Estoy totalmente atrapada en unos ojos azules, que hoy muestran un brillo de nostalgia y malhumor a la vez cuando miran a mi acompañante.

Ángel. Está de pie justo en la puerta de entrada, a seis metros de donde me encuentro yo. Me pierdo en su mirada y, por más que lo intento, no puedo retirar mis ojos de los suyos.

Cómo lo echo de menos... Y tan solo ha pasado una semana. No quiero ni imaginarme cómo sería si no volviera a hablar con él jamás.

Sigo caminando y, cuando paso por su lado, siento una punzada de dolor. Ni siquiera me saluda. Bueno, yo tampoco le saludo a él, pero juro que tenía intención de hacerlo. Retiro la mirada primero, para fijarla en el suelo. Martín le dedica una mirada áspera. Y seguimos nuestro camino a clase.

—... y entonces me enfadé con él; por eso fui con mi hermana a tu casa. ¿Adriana? , ¿Me estás escuchando?

No, no le estoy escuchando. Vuelvo a quedar atrapada en los ojos de Ángel, que se ha dado la vuelta para mirarnos. ¿Por qué siento que lo necesito tanto? ¿Por qué me he dado la vuelta para volverlo a mirar?

—¿Me estás escuchando, Adriana? ¿Qué te pasa?

Cuando salgo del “trance” (por llamarlo de alguna manera) en el que me he metido, me doy cuenta de que Martín se ha detenido y se ha puesto delante de mí para frenar mi marcha.

—Perdona, ¿qué has dicho? —parpadeo y hago una mueca de disculpa.

Mira hacia donde yo estaba mirando anteriormente. Y pone cara de disgusto.

—Déjalo: parece que todavía no acabas de despertarte esta mañana.

Se encamina hacia su clase, resignado, dos puertas más adelante que la mía.

—Te veo en la cafetería —dice a modo de despedida, mientras alza un brazo en señal de adiós.

* * *

En clase, estoy pendiente de cada movimiento que proviene del cuerpo de Ángel. Siento cómo se mueve en la silla e intento no mirar hacia ese lugar con todas mis fuerzas. Es un poco infantil no dar el paso para reconciliarnos, pero él también tiene algo de culpa. No debería haberme hablado así la otra noche. Y yo quizá no debería haber sido tan acusadora tampoco de algo que era incierto.

Empleo toda mi fuerza de voluntad en seguir las explicaciones del profesor. Pero siento sus ojos clavados en mí cada segundo que pasa. Esto no va a ser fácil. Nada fácil.

Cuando llega la hora del almuerzo, salgo pitando de nuevo hacia el comedor y me siento con Martín, que ya me espera. Juntos, también hacemos lo mismo con su hermana, hasta que se une a nosotros y comenzamos a tomar un tentempié.

Él sigue contando batallitas suyas a las que no les presto atención, para variar. Ángel está sentado a unas mesas de distancia con algunos chicos y chicas de nuestra clase, y parece que se lo pasan en grande porque no dejan de reír de las cosas que él dice. Está contento, sereno, alegre, y eso en cierto modo me irrita. Ahora él tan solo es un extraño más que está rellenando esta habitación abarrotada con olor a café y dulces.

De pronto mis ojos se encuentran también con los de Camila. Ella me mira con frialdad y aparta la mirada al segundo. Así que yo decido quedarme mirando a mi humeante té, que no me azota con el látigo de su indiferencia.

* * *

Pasan otras dos semanas y todo sigue igual, incluso mis moratones. Empiezo incluso a pensar que son algo más grave que simples hematomas. Es imposible que haya pasado casi un mes y siga teniendo marcas de color morado en el

cuello. Resignada, continúo con mi moda de las bufandas y doy gracias de que la Navidad casi esté aquí y que haga un frío que pela, para poder esconder mi cuello con prendas grandes e invernales.

Cuando llega el viernes y acabamos las clases, me sorprende ver a Ángel esperándome apoyado en mi coche. Ni siquiera hemos cruzado palabra en casi un mes, y ahora de repente está ahí. Esperándome. El cuerpo se me tensa de manera inconsciente, pero camino hasta su posición. Quito el seguro del coche con las llaves, y eso le sobresalta y hace que se aparte del vehículo. Luego él me mira, pero no soy yo quien rompe el silencio. Si me ha buscado, que hable él.

—Hola —saluda intentando parecer amable.

Espero un rato más antes de hablar, pero no me dice nada; se dedica a mirar al suelo y de un lado a otro del campus, pensativo. Hago ademán de entrar en el coche, pero me detiene. Hay arrepentimiento en sus ojos: puedo notarlo.

—Espera, por favor —pide mientras me toca el brazo—. Te preguntarás por qué te estoy esperando.

Asiento, y él deja caer su mano para meterla en su bolsillo. Toma aire antes de hablar. Tiene la nariz roja a causa del frío.

—Mira, Adriana, esto es una tontería. —Posa sus ojos en mí con firmeza—. ¿De verdad vale la pena no dirigirnos la palabra por lo que pasó?

Permanezco callada porque no sé qué contestar. Él espera sin apartar su influyente mirada. Siento que se me aflojan las piernas.

—No sé, la verdad —reconozco al fin. ¿Estaba tonta? ¿Por qué decía eso, si estaba deseando volver a estar con él, como antes?—. Fuiste tú quién decidió retirarme la palabra. Y quien montó un espectáculo.

Él pone los ojos en blanco y se mueve inquieto.

—¡Tú me acusaste primero de una tontería! Tenía que defenderme...

—Pero las llaves no estaban debajo de la cama cuando miré por la noche...

Cierro los ojos, intentando controlarme y ser una persona razonable.

—Quizá deberías haber mirado mejor.

Odio tener que darle la razón. La verdad, a estas alturas ya tengo borroso lo que realmente vi o no aquella noche, así que decido no darle más vueltas al tema. Él tiene razón: esta discusión es una soberana estupidez. Y yo también me porté como una asquerosa con él.

—Es cierto. Será mejor olvidarlo; esto es una estupidez.

Eso parece complacerlo, así que me regala una sonrisa de reconciliación.

—¿Entonces? —pregunto confusa.

—Reconozco que tengo parte de culpa en todo esto, pero tú también tienes la tuya.

—Tienes razón. —Me trago mi orgullo—. Te debo una gran disculpa. Siempre te has portado muy bien conmigo y me has ayudado en todo lo que he necesitado y te lo he pagado así, desconfiando de ti a la primera de cambio. Así que... perdón.

—Perdóname también tú. Para serte sincero, he echado de menos tus borderías estas semanas. Así que... perdón. —Yo le lanzo una mirada asesina, y él echa a reír. Le encanta meterse conmigo.

De pronto mi angustia se va esfumando mientras él habla. Me encanta volver a tenerlo a mi lado.

—Te he echado de menos —confieso muerta de vergüenza, devolviéndole la sonrisa.

—¿Entonces ya somos oficialmente amigos? —Me tiende la mano.

—Amigos. Esta vez de verdad. —Se la estrecho.

Nos sonreímos mutuamente.

En ese instante una ráfaga de viento hace que una parte de mi bufanda deje al descubierto parte de mi cuello lastimado. Corriendo, le suelto la mano y vuelvo a colocar la tela en su lugar. Pero noto que es demasiado tarde y que él se ha dado cuenta.

La sonrisa desaparece de su rostro para convertirse en un gesto de preocupación.

Lo ha visto.

Capítulo 21

—¿Por qué llevas todo este mes con esa bufanda pegada a tu cuello? — me pregunta primero para tantear el terreno. Aunque sé que es porque me da la oportunidad de explicarlo yo, antes de que él tome medidas.

—¿No es obvio? —contesto intentando parecer casual y despreocupada—. Hace un frío que pela, y últimamente estoy más friolera de la cuenta.

Él me mira como aquel día en mi cuarto cuando no se creyó lo de la piscina. Y yo comienzo a ponerme tensa. Él lo nota.

—Quítatela —me pide amablemente, pero de manera firme y autoritaria.

—No —niego rotundamente—. Tengo frío, y temo coger un resfriado.

Acabo con su paciencia. Ávido y con rapidez, logra forcejear conmigo unos instantes y me quita la bufanda de un tirón, dejando todo al descubierto. Me quedo mirando al suelo, humillada. ¿Qué va a pensar cuando vea esto?

—¿Ha sido Ricardo? —Su mirada da miedo. Se acerca a mí y acaricia los moratones que quedan por desaparecer.

—No, no ha sido él —logro mirarlo a los ojos.

—¿Entonces quién? —pregunta alarmado.

Yo le arrebató la bufanda de las manos y me la vuelvo a colocar, tapando bien todo mi cuello.

—No es nada, Ángel, yo me ocuparé de ello.

Como una exhalación, Martín se interpone entre los dos, mirando con furia a Ángel.

—Déjala en paz —le advierte Martín—. ¿Te parece bonito arrancarle una prenda de vestir a una mujer?

Ángel pone los ojos en blanco y se aleja unos pasos.

—Ya veo que te tomas muy en serio tu papel de guardaespaldas —le dice Ángel con sorna.

—No te hagas el gracioso, chaval.

—Martín, vete —le ordeno, severa.

De lo que menos tengo ganas en estos instantes es de otro espectáculo de lucha de gallitos estúpida.

—No, no me voy —me desafía—. Este tío te está molestando, y no lo voy a permitir.

—Él no me está molestando —le contesto seca a Martín—. Vete, por favor. Recuerda lo que hablamos.

Él me mira unos instantes como si estuviese loca, y luego alza las manos, rindiéndose.

—Tú sabrás dónde te metes —contesta furioso mientras desaparece de nuestra vista.

Ángel respira hondo y me vuelve a mirar; no va a dejar pasar lo del cuello.

—Dime la verdad, Adriana. Esto es algo grave. —Irradia preocupación, y eso me conmueve—. Deja de pensar que puedes solucionar todo sola en esta vida. Déjame ayudarte.

—Está bien. Entra en el coche.

Una vez dentro me quito la bufanda y le miro.

—Ese desgraciado.... —dice furioso observando los hematomas.

—No te mentí cuando te dije que no fue Ricardo quien me hizo esto.

Él me mira atónito sin saber de quién puedo estar hablando, ¿quién me iba a hacer ese daño?

—Fue el novio de mi madre —le comunico.

Sus ojos se abren de par en par. Veo cómo la furia invade su mirada, aunque también la infinita sorpresa. Creo que en su mente va a atando cabos, va

comprendiendo por qué lo quise esconder en el armario y no querer presentarle a mi madre.

— ¿Qué? —pregunta incrédulo—. ¿Por qué? ¿Por qué te iba a hacer eso?

— Es una larga historia.

—Tengo tiempo de escucharla.

Así que le cuento absolutamente todo lo que sé, desde el principio, lo del sobre y las sospechas que tengo sobre quién es realmente. Le cuento también la mala relación con mi madre. Escucha mi historia, con los ojos como platos; no se pierde ni una palabra de lo que yo le estoy contando. Tampoco me interrumpe en ningún momento. Lo miro y continúo contándole lo demás, voy al grano y le cuento el episodio de la otra noche, la causa de mis moratones en el cuello.

Ángel está furioso cuando termino.

—Pero no pasa nada, lo tengo todo bajo control —intento tranquilizarle.

—Sí que pasa. Por eso te suceden estas cosas, porque crees tenerlo todo bajo control. Me pone la mano en el hombro—. Debí de haberme quedado contigo aquel día ...

—Hubiese sido peor si te hubiesen encontrado allí —suspiro.

—Te voy a ayudar con todo; me da igual que no quieras. —Me mira.

—Me da miedo ponerte en peligro. Es poner en riesgo tu vida; ese tío no está de broma, como ves. —Señalo mis moratones.

—¿Y tu vida qué? —pregunta—. Te voy a ayudar con tu aprobación sin esta, así que no hay nada que discutir.

Suspiro, a la vez agradeciendo su ayuda, pero también temiendo que se meta en un lío por mi culpa. Él tiene un padre, un hermano, una familia enorme que, si le pasa algo, lo pasará muy mal. Yo, en cambio, no tengo a nadie. Si alguien me arrebatara de este mundo, tan solo llorarán mis dos amigas y Martín.

—Tengo que irme a clase —anuncia—. Pero no dudes en llamarme si necesitas algo o descubres algo. Voy a tener que ir a tu casa más a menudo.

—Ángel, no...

—Luego hablamos, ten cuidado.

Y, tras eso, sale del coche dejándome allí con la palabra en la boca.

* * *

No hay nadie en casa cuando entro, y siento un alivio enorme. Esta semana ambos están estado más ausentes de la cuenta y, en verdad, lo agradezco. Pero es extraño que tan solo vengan una noche, como mucho, a la semana a dormir en casa. Subo a mi habitación para comprobar el correo electrónico. Abro el mensaje. Otra vez es Martina.

Adriana:

Me describes a ese chico como si fuese perfecto y, la verdad, no creo que sea para tanto. Es demasiado pronto para enamorarte de otro. ¿No crees? Supongo que todavía no has olvidado a Daniel y que lo pasas mal por eso. Y, si habéis dejado de hablaros mejor, ¿no?, seguro que no merece la pena.

Bueno, no olvides que te echo mucho de menos, que te quiero y no te olvido.

No te olvides nunca de mí.

Besos

Martina

¿Qué mosca le ha picado? La Martina que recuerdo seguro que me habría dicho algo como “Lánzate a por él”, “No lo dejes escapar, él es tu hombre” , “La vida solo se vive una vez”, o algo por el estilo. Cuando le contesto a su mensaje, le cuento lo que me ha pasado hoy, que Ángel y yo nos hemos reconciliado, que es un gran apoyo y que no estoy enamorada de él, así que le pido que no saque las cosas de quicio.

Los días comienzan a pasar vertiginosamente. Sin darme apenas cuenta. Por

más que busco, no puedo averiguar novedades sobre el ricachón. Ya me tiene vigilada y se nota. A cada paso que doy, sus ojos me siguen y, aunque temí una nueva agresión de su parte cuando menos lo esperase, nunca volvió a suceder un episodio como el de aquella noche. Ángel me ayuda en todo lo que le pido, buscando en Internet, en periódicos, en la biblioteca, removiendo cada archivo antiguo. Pero nunca encontramos nada, ningún sospechoso que responda al nombre de Roberto de la Rosa.

Ricardo ahora se limita a reírse de mí cuando paso por delante de él en los pasillos, o a lanzarme piropos delante de la gente. Me da asco. Tiene las neuronas justas para pasar el día ese chico.

Mi madre y yo seguíamos con la misma relación fría de siempre, y también seguí en contacto con Martina. Me extraña bastante lo que me dice en sus *e-mails*, teniendo siempre a Ángel como tema de conversación. Inglaterra, sin duda, la está cambiando, pero para peor. No entiendo por qué tanta inquina con el tema del chico.

Ángel y yo cada vez estamos más unidos. En clase; jugando a los detectives; yendo al cementerio juntos, a montar en bici, al cine. Pero nunca pasó nada. Solo somos amigos. Yo todavía no me siento preparada para tener una relación. Y por su parte tampoco muestra intenciones de ser algo más que eso. Aunque cada vez que me mira o me toca de manera casual, algo extraño comienza a nacer en mi interior.

Y Martín casi no me habla desde que empecé a juntarme con Ángel. Está tan raro... parece otro.

El caso es que conseguí lo que me proponía. Continué con mi vida y todo gracias a Andrea y a Ángel. Estoy segura de que me habría derrumbado si no me hubiese encontrado esa lluviosa tarde de septiembre a Ángel en el cementerio.

Fueron unas semanas estupendas, casi perfectas.

De vez en cuando, vuelvo a acordarme de Daniel, pero ya no me duele como antes. Su gran herida comienza a sanar en cierto modo. Y, si alguna vez

me siento mal, de nuevo están ahí mis dos ángeles. Para sacarme de la oscuridad y mostrarme de nuevo la luz.

Capítulo 22

Se ve tan bonita la ciudad esta noche... Todas las calles iluminadas, adornadas. Desde la ventana de mi cuarto puedo ver a la gente que pasea por las calles de mi urbanización, llevando bolsas de víveres a sus casa, preparándose para la cena de Nochebuena y de Año Nuevo. Y, al fondo, Barcelona, iluminada por un espíritu navideño. Los días de amor, amistad, fe y paz ya están aquí. Ayer por la noche nevó, lo que le ha regalado a la Navidad una bonita manta blanca que cubre levemente suelos y los tejados de los hogares.

Adoro la Navidad, a pesar de no haber tenido nunca una familia con la que disfrutarla. Desde mi habitación, puedo escuchar cómo Andrea y Ángel bromean en el piso de abajo mientras me ayudan a poner el árbol.

—¡Adriana! —escucho que mi amiga me llama.

—Ya voy —le grito de vuelta.

Me retiro de la ventana y continúo buscando, en la cajita de adornos, las cintas doradas que he venido a buscar. Cuando las encuentro, bajo a toda prisa, para continuar con la tarea.

—¡Aquí están! —Les muestro el adorno—. ¿Verdad que son bonitas?

—Sí —afirma Ángel cogiendo una—. Pongámoslas...¡Vamos a darle vida a este árbol!

Reímos al unísono. Me siento realmente feliz. Ellos son mi verdadera familia. Aunque este año la Navidad tenga una mancha oscura en ella: mi

primera Navidad sin Daniel.

Tanto Lidia como Roberto se han marchado, para variar, a toda prisa hace una semana a visitar a los padres de Roberto a su pueblo natal. Pero Lidia me prometió volver para cenar juntas en Nochebuena y en Nochevieja. Y, aunque no me hace mucha ilusión, en el fondo tengo que reconocer que me gusta esa idea, no sé por qué. Por mucho daño que Lidia me haya hecho y por mucho que la deteste, es mi madre y siempre he querido que se comportase como una de verdad.

Cuando el árbol está terminado, nos sentamos en el suelo, exhaustos.

—Ha quedado perfecto —digo contemplándolo.

—Va a estar mejor cuando haya regalos a su alrededor —dice Andrea sonriente.

—¿Regalos? —Suelto una risilla triste—. ¿Qué es eso?— pregunto con sarcasmo.

Ángel me mira sin acabar de pillar mi chiste.

—¿Por qué dices eso? —pregunta con el entrecejo fruncido, mirándome.

Andrea deja de sonreír; ella sí conoce toda mi historia.

—Yo nunca he tenido regalos. Ni de Navidad, ni de cumpleaños, ni de nada. Bueno, excepto los de Andrea y los de Martina. Y los de Daniel.

—¿Nunca has tenido un regalo de Navidad por parte de tu madre? —pregunta incrédulo.

—Es como si no tuviese madre...

Los tres nos quedamos en silencio por unos instantes. El ambiente se siente raro, espeso.

—Pues no te preocupes, porque yo te voy a dar un regalo muy grande, tan grande que no quepa por esa puerta. —Andrea se tira hacia mí y me abraza; las dos caemos al suelo como dos niñas de cinco años jugando.

Yo me quejo porque me está aplastando, y tanto ella como Ángel no pueden dejar de reír. Yo me uno a sus risas, hasta que mi estómago ruge como el de un león.

—Creo que ya es hora de llenar el estómago con alguna cosa, ¿no? — sugiero mientras Andrea me libera y se pone de pie.

—Sí, estoy muerta de hambre —contesta Andrea mientras coloca un muñequito correctamente en el árbol.

Me levanto y me dirijo hacia la cocina, pero unos golpes en la puerta hacen que me detenga y cambie el rumbo de mis pasos. Me encamino hacia ella preguntándome quién será, porque no espero visitas para hoy. Lo más seguro es que sea Martín.

Cuando abro la puerta, me quedo petrificada, contemplando, con la boca abierta, llena de alegría e incredulidad, a la figura que permanece frente a mí.

En el umbral de mi puerta.

— ¿Eres tú? —pregunto incrédula mientras sonrío—. Qué pregunta más tonta, claro que eres tú.

— ¿Me vas a dejar pasar o vas a dejar que me congele de frío aquí fuera? —Su sonrisa se ensancha.

Lanzo un chillido de felicidad y me lanzo a sus brazos.

Es Martina. Ha regresado. Su pelo está más cobrizo que nunca, y su rostro se ve pálido, pero es ella, sin lugar a dudas. La invito a pasar.

—Me alegra tanto que estés aquí... Te he echado mucho de menos.

—Y yo también, Adriana. Estoy muy contenta de estar aquí de nuevo.

El alboroto hace que tanto Andrea como Ángel acudan corriendo al vestíbulo. El chillido de Andrea se nos mete en los oídos a todos y también, como yo hice antes, corre hacia ella. Secándome las lágrimas, con las mangas de la sudadera de andar por casa. Miro cómo mis amigas se reencuentran también.

—¡Martina! —exclama Andrea mientras la abraza—. ¡Estás aquí!

—He venido a pasar las vacaciones de Navidad —explica Martina—. Si es que puedo y no muero en el intento con tanto abrazo.

Andrea me pasa el brazo por los hombros y hace que me una al abrazo.

—¡Otra vez juntas! —expresa Andrea llena de felicidad. Sin duda, es la

más emocionada de las tres.

Ángel nos observa desde el vestíbulo con una sonrisa fascinante. Aunque estoy segura de que no entiende la mitad de lo que decimos, ni de quién es esta chica pelirroja parada en mi puerta, cuyas amigas abrazan como si de teletubbies se tratase.

—Bueno —digo deshaciendo el abrazo—. Pasemos dentro: aquí hace mucho frío.

Le pongo la mano en la espalda a Martina y la guío hacia el interior. Cuando llegamos a la altura de Ángel, nos detenemos.

—Vaya —dice Martina fascinada. Seguramente ahora comprende lo que le escribía en los *e-mails* sobre él—. ¿Y este chico tan guapo quién es?

La miro incrédula. ¿Se ha vuelto amnésica? Es de lo único que hemos hablado durante dos meses. Incluso le he mandado fotos.

—Martina... —Intento decírselo con la mirada, pero solo puedo notar que me mira como si se me hubiese ido la pinza. Dejo de intentarlo al ver que fracaso—. Él es Ángel.

Posa de nuevo su mirada en él y esboza una sonrisa descomunal. Sí, a ella también le ha entrado por el ojo: estoy segura de ello.

—Ah, ya. Encantada. Soy Martina. La que aguanta a estas dos —bromea señalándonos y echamos a reír. Andrea le da un pequeño golpe en el cogote de manera cariñosa.

—Encantado —contesta Ángel muy cortés.

Martina mira a Ángel como una tonta, como deslumbrada. Con sus ojos azules brillantes.

—Íbamos a comer. —Me pongo delante de ella para que cesen las miradas—. ¿Te apuntas?

Ella reacciona y me mira, volviendo a la realidad.

—Claro, vengo muerta de hambre. Lo que me dan de comer allí es pura porquería.

Hago unos bocadillos y regreso al salón con ellos. Todos comenzamos a

engullirlos sin piedad alguna, a la luz de la chimenea y de los adornos navideños.

—¿Entonces te gusta Londres? —le pregunto para que conversemos sobre su nueva vida.

—Sí, claro que me gusta —pega un bocado a su bocadillo y traga rápido—. Solo que hace muy mal tiempo y, como te he dicho, la comida da asco. El primer mes me la comí a duras penas, pero estos dos últimos meses he estado a base de porquerías. Por lo demás, todo bien, aprendiendo mucho inglés. ¿Y tú, Adriana? —Deja de comer y pone ojos de preocupación—. ¿Cómo estás?

Sé claramente que me pregunta por mi duelo con Daniel.

—Mejor que antes. —Le muestro una sonrisa para que no se preocupe.

—Qué alivio. Me preocupé mucho al ver que no respondías mis *e-mails*. —vuelve a morder su bocadillo de tortilla.

—Pero si yo te los he respondido todos —afirmo extrañada.

Todos dejan de comer, siguiendo la misteriosa historia de los correos electrónicos.

—¿Estás segura? —me pregunta con los ojos de par en par.

—Claro que estoy segura; es lo que más he estado haciendo durante estos meses. Hemos hablado un montón.

—No sé, nunca me llegó ninguno. Solo uno, el primero y luego... quizá se fuesen al correo basura sin darme cuenta. —Se encoge de hombros.

—Tuve que haberlos enviado mal. —Me quedo pensativa, pero descarto esa idea—. Pero esto es muy extraño porque tú me los contestabas.

Ella se queda pensativa y duda unos instantes antes de hablar.

—No me hagas mucho caso; quizá la presión del avión me ha borrado un poco la memoria —ríe—. Además, estamos aburriendo a tu amigo. —Le dedica una sonrisa a Ángel.

Él nos mira.

—Entiendo que tengáis muchas cosas de las que hablar —dice Ángel—. Además, yo ya me marchó.

—No tienes que irte —le pido más ansiosa de la cuenta—. Yo no tengo secretos para ti.

—Tú no. Pero tus amigas sí. —Se pone de pie, dejando la servilleta en su plato—. Tenéis derecho a un poco de intimidad, después de tanto tiempo sin veros. Además, tengo cosas que hacer.

Resignada y entendiendo que él tiene una familia que lo espera para cenar, lo acompaño hasta la puerta.

—Luego nos vemos. Me lo he pasado muy bien. —Me sonrío mientras abre la puerta y cruza el umbral hasta la calle.

—Adiós, Ángel —lo saludo algo triste—. Que te diviertas.

Se acerca con cuidado y me besa en el moflete, muy cerca de la boca, como ya viene siendo costumbre en cada despedida nuestra. Se detiene unos instantes y luego se retira lentamente para encaminarse a su coche. Me quedo petrificada en la puerta, como en estado de trance. Luego vuelvo a entrar con una sonrisita dibujada en mi rostro. Mis amigas siguen sentadas en el sofá, apilando los platos vacíos en la mesita.

—¡Adriana! —exclama Martina con los ojos desorbitados en cuanto vuelvo a aparecer—. ¡Es un bombón!

—Pero tú no tienes permiso para comértelo, Martina —bromea Andrea—. Ese bombón pertenece a Adriana.

Las dos me miran para comprobar mi reacción. Yo echo a reír y me llevo los platos a la cocina para huir de sus miradas y para pensar una buena contestación. Porque sí, quiero comerme a ese bombón, pero no quiero admitirlo.

—Solo es mi amigo y lo quiero mucho —contesto cuando vuelvo con ellas y me dejo caer en el sillón.

Empiezan a esbozar unas sonrisillas pícaras.

—Como amigo —aclaro.

—Deberías darle una oportunidad —me aconseja Martina—. Daniel ya pasó. Ya no va a volver. Perdóname que sea tan dura, pero es la verdad.

Tienes que rehacer tu vida.

La miro sin saber muy bien qué decir.

—Yo no estoy preparada para comenzar una relación, Martina. Comprendo que Daniel fue mi único novio. Me resulta muy difícil imaginarme a otro en su lugar.

—Entiendo —contesta ella, seca—. Y, hablando de hombres guapos... —Se gira para mirar a Andrea—. ¿Dónde está mi querido Martín?

—No creo que quiera darte la bienvenida —ríe Andrea.

—A mí eso me da igual. Yo sé que, en el fondo, él me quiere.

Echamos a reír todas juntas. Es una maravilla volver a estar así, como si nada hubiese cambiado.

—¿Y tú, Andrea? ¿Has roto algún corazón durante este tiempo? —pregunta Martina.

—Sabes que a mí no me van esas cosas —contesta ella con humildad.

—¡Eres demasiado tímida! Deberías aprender algo de mí. —Se acerca a ella, como si fuese una gran maestra de la seducción—. A los hombres les van las chicas malas, créeme.

—¡Una cosa es ser mala y otra ser una loca como tú! —le contesta Andrea de broma, alejándose de ella—. ¿No te das cuenta de que los espantas?

Reímos. La noche transcurre mientras Martina nos cuenta anécdotas que le han ocurrido durante su estancia en Londres. El tema de Daniel no se vuelve a tocar. Y lo agradezco.

Contemplo a mis dos amigas con felicidad.

Me marcho corriendo a mi habitación en cuanto se marchan, horas después. Estoy muerta de sueño, así que estoy deseando deslizarme entre mis calentitas sábanas. No tardo nada en quedarme dormida de una manera plácida.

* * *

A la mañana siguiente, cuando me despierto, ya son más de las once. Me

apresuro a vestirme y a desayunar algo porque Andrea y Martina están a punto de llegar para ir de compras al centro comercial, que en Navidad está precioso. Ahora estamos juntas y tengo que disfrutar todo el tiempo que pueda.

Cojo una manzana y me siento frente a la tele, para comérmela. Miro la televisión sin interés, hasta que el sonido de cabecera de las noticias llama mi atención; subo el volumen.

—Ha sido visto hace unos días, en una urbanización de las afueras, Francisco Santos, el sospechoso que lleva siendo buscado desde 1996 por el secuestro de la pequeña Daniela, del hospital en el que trabajaba. La policía lleva días tras él con orden de busca y captura. Actualmente se encuentra en paradero desconocido.

De repente el contenido del sobre que escondía Roberto llena mi mente. Y todo encaja. En él también se habla del secuestro de una niña nada más nacer y, además, el nombre era Francisco Santos. A lo mejor Roberto es el médico que secuestró a esa pobre bebé.

La manzana se me cae al suelo. Todo tiene sentido... esos recortes, el huir de manera tan drástica de la casa...

No, eso es imposible. Tenía que ser una coincidencia. Si fuese él, no estaría trabajando en un Hospital donde podrían descubrirlo, ni estaría viajando con mi madre de aquí para allá. Pero el hombre de la foto se parece bastante a él.

Vuelvo a concentrar mi atención en la pantalla cuando escucho que van a televisar su foto, por si cualquier ciudadano lo ve, para que avise a las autoridades.

De pronto, me veo reflejada en la televisión.

—¡No, no! —Me levanto y le doy unos golpecitos a la pantalla de plasma —. ¡Enciéndete! ¡Enciéndete!

Pero no me hace ni caso; desesperada, salgo a la calle.

Capítulo 23

Mi vecina Claudia, una mujer de cincuenta años, bajita y de facciones finas, está en la acera observando cómo trabaja un técnico que está subido en una escalera, toqueteando el cableado. Sus tres hijos me observan desde el porche de su casa. Conozco a los dos mayores porque vienen a mi facultad, pero nunca hablé con ellos. La chica, que es de mi edad, se llama *Julia* y se parece mucho a su madre. Tiene el pelo castaño rojizo y los ojos, grises. Siempre que la veo, me recuerda a Martina (solo que el pelo de Julia es natural y el de Martina, teñido). Parecen gemelas. El chico es lo contrario a su hermana: no se le parece en nada, salvo en los ojos grises. Su pelo es castaño y reconozco que de pequeña me gustaba. Ahora me da vergüenza acordarme de ello. Además Óscar, como se llama, se ha vuelto un tanto friki en estos últimos años. Su cuarto es una huronera de la que sale más bien poco. Lo conozco de vista, ya que va a la misma clase de Martín. Los dos estudian para ser profesores de Educación Física. Lamentablemente, su padre murió en un accidente de coche, hace tres años. Desde entonces, Claudia, su madre, no ha intentado rehacer su vida.

La comprendo perfectamente. A mí me pasa algo similar.

—¿Qué ha pasado, Claudia? — le pregunto acercándome a ellos.

—Se ha ido la luz, cariño —dice amablemente. Esa mujer es pura dulzura. Ojalá mi madre me hubiese tratado de ese modo alguna vez; toda la vida lo he deseado.

—Vaya... — exclamo con fastidio.

Como si me leyese la mente, ella sigue hablando.

—Justo ahora que estábamos a punto de ver la foto de ese delincuente. ¿Sabes que ha estado rondando por aquí? ¡Qué miedo!

¡Y tanto que lo sabía! He estado seguramente viviendo en la misma casa con él. Pero aún no puedo contarle mis sospechas a nadie.

—Sí, yo también estaba viendo las noticias. Bueno, entonces habrá que esperar —digo dándome la vuelta para regresar a mi casa.

—¡Adriana! —me llama Claudia—, ¿está tu madre en casa?

Me giro para contestarle.

—No. Se ha marchado con Roberto de vacaciones. ¿Querías algo? Yo te puedo ayudar si quieres.

—No, solo era para que me tomase la tensión. —Le quita hierro al asunto. Ella suele venir con bastante frecuencia a casa, para que mi madre le ayude con asuntos médicos.

—Me temo que en eso no te puedo ayudar —me disculpo sonriendo.

—Que tengas un buen día.

—Gracias, igualmente.

* * *

Cojo el abrigo de paño rosa que cuelga de la percha de la entrada, me pongo el bolso a bandolera y me echo un rosa sutil en los labios. No me da tiempo a mucho más, ya que suena el claxon del coche de Martina. Las saludo con la mano mientras cierro la puerta de la calle de la llave y me introduzco en el asiento trasero del vehículo poco después.

—¿Esta lista para una salida loca y divertida solo para chicas, señorita Villela? Martina me mira, poniendo vocecilla de presentadora de concurso.

—Por supuesto que sí, señorita Ruiz —le respondo en el mismo tono de voz—. Es lo que más deseo.

Andrea ríe de vernos mientras Martina conduce rumbo al centro comercial. Una vez allí, con una música alegre y decenas de personas que corretean de un lado a otro buscando regalos, nosotras hacemos lo mismo.

Le compro una chaqueta y una camisa a Ángel. Todos los regalos del mundo no son suficientes para agradecerle lo que ha hecho por mí. También me escapo un segundo de la compañía de mis amigas, para buscar un regalo para ellas. Comemos en un McDonald's y luego aprovechamos las salas de cine, para ver una película de miedo.

Mientras Martina saca las entradas en la taquilla, Andrea y yo charlamos alegremente.

Hasta que noto que una figura nos observa. Podría tratarse de una persona más de las cientos que recorren los pasillos de este centro comercial, pero algo en él llama mi atención. Es atípico. Lleva unas gafas de sol oscuras (una cosa rara, ya que estamos en pleno diciembre y dentro del centro comercial). Una gorra del mismo color cubre su corto pelo y una bufanda verde oscuro que le oculta prácticamente todo el rostro.

Me quedo mirándolo fijamente, esperando a que él retire la mirada, pero no lo hace. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. ¿Y si es el secuestrador? La policía lo vio rondando por aquí. Pero no parece Roberto; más bien parece un chico joven. Camina unos pasos, sin retirar su mirada de mí, para sentarse en un banco.

Pero yo lo he visto antes, sí. Cuando entramos a comer, estaba en una mesa del local, no muy lejos de nosotras. ¿Por qué tenía esta sensación en el cuerpo?

—¿Qué te pasa, Adriana? —pregunta Andrea siguiendo la trayectoria de mi mirada.

—Es ese chico —le digo casi en susurros. Aunque está claro que no nos va a oír ni por asomo—. Creo que nos está siguiendo.

Andrea lo mira durante unos segundos y luego me mira a mí de nuevo.

—Que mal rollo. Pero no te rayes: hay muchísima gente hoy comprando;

simplemente, estamos coincidiendo.

—¿Quién será? —pregunto como si no la hubiese escuchado, hipnotizada por su misterio.

—¿Por qué crees que nos persigue?— me sigue el juego.

—Lo vi mientras comíamos y ahora está sentado ahí.

—Él también podría pensar lo mismo de nosotras entonces...

En ese momento Martina llega hasta nuestra posición. Y yo me doy cuenta de que sí, de que quizá estoy creando una película sin sentido alguno. El tema del secuestrador y mis sospechas con Roberto me están haciendo perder el juicio.

—¿Qué son esas caras largas? Yo me lo estoy pasando en grande... ¡Ey!, chicas... —Sigue la trayectoria de nuestras miradas al ver que la ignoramos, y de pronto se paraliza.

La miramos, porque es raro su silencio. Está pálida, con una expresión difícil de interpretar.

—¿Martina? —le muevo el brazo, pero no reacciona.

Al tercer intento gira la cabeza hacia nosotras, con una sonrisa de oreja a oreja. Como si nada hubiese pasado.

—¿Qué? —pregunta desorientada.

—¿Y esa cara? —le pregunta Andrea.

—No pasa nada; es que me acabo de acordar de que me he olvidado de comprarle un regalo a mi madre —aclara nerviosa, forzando una sonrisa—. Pero vamos, porque la gente ya está entrando a la sala.

Con una prisa innecesaria, echa a andar hacia el interior de la sala. La sigo con la mirada y luego me uno a sus pasos.

Durante toda la película, se nota la tensión que tenemos acumulada porque, a cada pequeño susto, nosotras soltamos un chillido descomunal. A punto están de echarnos del cine y, para colmo, la película trata sobre un secuestrador que acecha a la hija de la familia más rica de la ciudad de Nueva York. Me sorprende ver que Martina apenas presta atención a la pantalla,

cuando ella es quien se subía por las paredes por venir a ver esa película.

Parece nerviosa. Y sospecho que algo no va bien.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto bajito, para no molestar al resto de personas en la sala.

—Estoy algo mareada —se excusa con una sonrisita.

—Si quieres, nos vamos.

—No, no importa, quiero ver cómo termina todo —dice volviendo a prestar falsa atención a la pantalla.

* * *

Conduce en silencio hasta casa de Andrea, mientras ella y yo conversamos sobre los regalos que hemos comprado y el buen ambiente del centro comercial. También recordamos la tensión que hemos pasado con la película y que ojalá atrapen pronto a ese loco secuestrador.

—Tampoco es para tanto —defiende Martina cortante, abriendo la boca por primera vez desde que salimos del cine.

—¿No te ha gustado? —le pregunto—. Estabas deseando verla.

—No ha estado tan bien como creía.

Y no vuelve a hablar en todo el trayecto. Cuando llegamos a casa de Andrea, pillamos a su hermano saliendo de su deportivo rojo. Andrea suelta una risita, y yo la imito. Martina ya lo ha visto. No tendrá escapatoria. Ambas esperamos una escena hilarante de reencuentro entre ambos, pero Martina hace caso omiso a Martín.

Tanto Andrea como yo alucinamos. Y por no hablar de Martín, al cual se le queda cara de póker. ¿A qué se debe ese cambio de humor repentino? Está como arisca, ausente.

Andrea se despide de nosotras incrédula y Martina conduce ahora hasta mi casa para dar por finalizado el día de chicas. Cuando detiene el coche frente a la verja de mi casa, con el motor aún rugiendo, no tardo mucho en bajarme y

hacer que la despedida se extienda más de la cuenta. Es ya noche cerrada, y creo que está deseando irse a su casa.

—No sé qué te pasa pero, si quieres hablarlo, llámame —le ofrezco amable, tocándole el brazo.

—Estoy bien, nos vemos.

Bueno, por lo menos no está enfadada. Y es tan típico en Martina el cambio de humor repentino que no sé qué me sorprende. Pero esta vez... esta vez es diferente. Algo más extraño que las veces anteriores.

Me bajo del coche, y ella inmediatamente sale pitando calle abajo. La observo atónita, pero decido que es mejor dejarla en paz y que hable cuando se le haya pasado. Camino hacia la puerta de mi casa muerta de frío. El aire me corta el rostro como si fuera un cuchillo. Las llaves se me caen al suelo al causa de mis manos entumecidas. Cuando me agacho para recogerlas, un latigazo de miedo recorre mi cuerpo de arriba abajo. Lo veo por el rabillo del ojo.

Ese chico, el del centro comercial, vestido de colores oscuros, vuelve a estar mirándome, unas casas más allá. De hecho, ni hace el más mínimo intento de ser disimulado, ya que está plantado en la acera, bajo una farola mirándome fijamente. Esta vez no lleva las gafas, pero soy incapaz de distinguir algún rasgo en él. Que me persiga hasta casa ya no es casualidad.

Empuño las llaves con fuerza y abro la puerta de casa a la velocidad del rayo, sin dejar de mirar al extraño que ahora camina hacia mi casa. Cierro la puerta de un portazo y echo todos los cerrojos. Me apresuro también a cerrar y echar todas las cortinas de la casa. Me da pánico imaginármelo mirando a través de mis ventanas. Respiro agitada sentada en las escaleras del hall, sin saber qué hacer, si seguir mirando la puerta como una loca por si él intentase entrar en la casa a la fuerza, llamar a la policía, o acostarme e intentar relajarme.

El sonido del teléfono casi hace que me suba al techo del susto. Descuelgo al instante.

—¿Hola? —contesto jadeante e histérica.

—¿Estás bien, Adriana? —reconozco la voz enseguida y me aferro a él como un salvavidas.

—No, Ángel.

—Pareces asustada, ¿va todo bien?

—Me están siguiendo, Ángel. Un tío. Esta tarde, mientras estaba con mis amigas en el centro comercial, lo vi donde fuimos a comer, luego en el cine y ahora aquí fuera de mi casa, vigilándome. Ángel, tengo mucho miedo.

Siento volver a molestarlo como siempre con mi turbulenta vida y con las cosas que pasan en ella.

—No te preocupes. Voy para allá enseguida.

—No tienes por qué venir. A lo mejor no es para tanto y se aburre y se va.

—No es por asustarte, pero ¿no has pensado que podría ser el secuestrador que busca la policía? —pregunta inquieto. Escucho cómo se pone su abrigo y coge las llaves de su coche.

—Eso pensé yo también. —Me acerco a la ventana del salón, que da a la calle principal—. Pero es demasiado joven para ser él.

Descorro un poquito las cortinas y lo veo ahí, parado delante de mi verja. Expulso aire bruscamente, y eso alerta a mi interlocutor.

—Sigue ahí, ¿verdad? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta. Escucho una puerta cerrarse.

—Sí —contesto nerviosa—. No sé a qué demonios está jugando.

—Ni se te ocurra abrir la puerta y enfrentarte a él, que te conozco. —El motor de su coche ruge—. Voy para allá.

Acto seguido, cuelga. Yo me acurruco en el sofá tras encender la calefacción. Intento no pensar en nada mientras Ángel llega, y menos en la película que hemos visto esta tarde. Lo único que falta es que mi mente se ponga a trabajar, haciéndome visualizar lo que me podría pasar si logra entrar en la casa ese extraño y qué intenciones tiene.

Para silenciar mi mente, cojo el mando con la esperanza de que la televisión

funcione y me tenga entretenida. Y así es. Veo unos dibujos animados el cuarto de hora que Ángel tarda en llegar a mi casa. Me lanzo como una loca a abrir la puerta en cuanto escucho el motor del coche.

Corro por los escalones y me abrazo a él, jadeando de alivio. Mi salvavidas.

—¿Estás bien? — me pregunta mirando hacia todas partes.

—Sí —contesto algo más aliviada.

—Vamos para adentro. —Antes de cerrar la puerta puedo ver que él sigue ahí, pero esta vez escondido tras la esquina de una casa.

—Sigue estando ahí... ¿Lo has visto?—le pregunto mientras me vuelvo a sentar en el sofá. De la televisión salen risotadas infantiles.

—¿Qué querrá de ti? —Camina hacia la ventana y escruta el exterior.

—Eso mismo me pregunto yo. Esto no me gusta ni un pelo. —Entierro la cabeza entre mis manos—. Y más después de ver esa noticia. ¿Te has enterado? Hay un loco suelto por aquí, y la policía es incapaz de encontrarlo.

—Sí, está por todas partes. ¿Crees que tiene alguna conexión con el novio de tu madre?

—Estoy segura de ello. No acabo de ver qué pasa; no entiendo muchas cosas, pero obviamente algo raro hay.

—Vamos a descubrirlo, Adriana. Y salvaremos a tu madre también de ese delincuente que la tiene engañada.

Yo asiento con la cabeza y suspiro, algo desesperada por no avanzar con todo este tema.

—¿Cómo ha ido tu salida de chicas? —me pregunta para distraerme mientras deja su posición en la ventana y se sienta a mi lado.

—Muy bien, hasta que apareció ese y a Martina se le cruzaron los cables — señalo con la cabeza al exterior.

Él asiente, comprendiendo.

—¿Vas a ir a la fiesta de Navidad que da la facultad este sábado?

Lo miro, sin saber qué responder.

—No sé si iré.

—Me preguntaba si querías que me pasase por aquí, para recogerte e ir juntos.

Su propuesta me provoca calor en las mejillas. Tardo un rato en encontrar mi boca antes de darle una respuesta.

—Sí, ¿por qué no? —le sonrío.

— ¡Genial! Es lo que te hace falta: salir y entretenerte.

Luego centra su atención en la televisión. Hablamos de cosas sin importancia, como las notas que hemos sacado en la facultad. Y él me cuenta que su hermano Edgar y su padre van a venir a Barcelona a pasar las vacaciones con él. Si yo estoy de acuerdo, me los va a presentar. Estaría encantada de conocerles.

Cuando llega la hora de la cena, me ofrezco a traerle algo de la cocina, pero mira el reloj. Seguro se tiene que ir y no sabe cómo decírmelo.

—Oye si te tienes que ir, hazlo —le digo, aunque me da cosa volver a estar sola.

Él me mira con ojos de arrepentimiento.

—Lo siento mucho. Me gustaría quedarme, pero es que tengo que irme —se disculpa—. El avión de mi hermano está a punto de aterrizar y quedé en ir a recogerlo al aeropuerto. No puedo dejarlo tirado.

—Vete tranquilo, yo voy a estar bien. Tengo muchos cerrojos —bromeo.

Ambos nos levantamos y le acompaño a la puerta. Miramos un rato alrededor de la casa para ver si ese chico se ha marchado. Y ver que no hay ni rastro de él nos tranquiliza.

—Si te sientes mal, o crees que el tío ese sigue ahí, no dudes en llamarme ¿vale?

—Gracias, Ángel.

—Luego hablamos —dice mientras me daba un beso en la mejilla y se marcha hacia su coche.

Capítulo 24

En cuanto su coche desaparece, cierro la puerta —cerrojos, llave— y subo como una bala a mi habitación. Cierro también la puerta del cerrojo, como siempre desde que Roberto se mudó a esta casa. Como creo que la tarea de intentar dormirme será casi imposible con el nerviosismo que reina en mi interior, me siento frente al ordenador con el fin de distraerme el máximo tiempo posible. Estar despierta casi toda la noche es mi meta; sabe Dios qué peligros podría correr si yo me quedo dormida y ese loco entra a casa. Después de navegar por algunas páginas curiosas, pronto me siento aburrida y sin nada que hacer. Apago la luz de la mesilla, que tenía encendida, y me dirijo lentamente hacia la ventana de mi cuarto.

Si ese tipo sigue ahí, desde aquí seguro que podría verlo. Me acerco y aparto lo justo las cortinas, para comprobar.

No está. Respiro aliviada.

Por lo visto se ha ido de verdad. Justo cuando estoy a punto de cerrar las cortinas, veo una figura que sale a todo correr de debajo del porche, para desaparecer a la misma velocidad por la esquina de la acera de enfrente.

Pego un salto y me retiro de la ventana echándome las manos a la boca. ¡Está en la puerta de mi casa!

Me llevo las manos al corazón. Parecía que fuese a salirse del sitio de un momento a otro. Intento tranquilizarme.

Ya se ha ido. Intento convencerme una y otra vez. *Se ha marchado.*

Quizás no ha sido una buena idea dejar que Ángel se marchase. Respiro hondo varias veces, pensando en bajar a comprobar si ha estado haciendo algo en mi puerta.

No puedo quedarme aquí sin bajar a comprobar que no ha forzado la puerta, y ahora está abierta de par en par dejándome expuesta. Esto no son imaginaciones mías. Realmente, alguien me está siguiendo. Agarro mi paraguas a modo de arma y descorro el cerrojo de mi cuarto. Bajo con cuidado a la planta de abajo encendiendo todas las luces que me eran posibles en mi camino. Cuando llego a la puerta, veo que sigue tal y como la dejé. Las ventanas parecen estar bien también, así como la puerta trasera. Aun así, no puedo dejar de pensar qué diantres hacía pegado a mi puerta. En un arrebato de valor, quito los cerrojos, la llave también y abro la puerta. El frío y la penumbra me saludan. Hay algo de niebla y respiro agitada mientras doy unos pasos vacilantes hacia el exterior.

Sabía que pasaba algo. Y lo confirmo cuando veo un bonito ramo de nomeolvides sobre el suelo del porche. Tomo las flores llenas de rabia, porque inmediatamente sé de qué va todo esto. Sé quién es el imbécil que está haciendo esto. Entro furiosa con el ramo, dando un portazo.

Se va a enterar.

* * *

En cuanto me levanto al día siguiente, con el ramo de flores me encamino al cementerio. Hace ya varias semanas que no voy, y pienso aprovechar el ramo envenenado que ese sinvergüenza me ha dejado en la puerta anoche. Se va a enterar cuando lo pille. Camino a través de las tumbas, hasta llegar a mi destino. El día está feo, lleno de nubes, y con una llovizna muy molesta. Intentaré acabar con esto cuanto antes.

Ver su foto hace que todos los sentimientos que estaba evitando durante estos meses vuelvan para abatirme con su fuerza. La añoranza, el deseo de que

podría estar vivo y junto a mí son como un puñal ardiente que me atraviesa el pecho y, de algún modo, me impide respirar. Él no puede haberse suicidado: yo le conocía bien. Él no era capaz de hacer eso. Seguro que Camila me mintió.

No me podía haber hecho eso. Aunque sí era cierto que los frenos estaban cortados. Lo confirmó la policía y lo escuché de sus propias bocas cuando fui a preguntar.

Cierro los ojos y suspiro. Dejo el ramo sobre la lápida de mármol.

Y fui adonde debería haber acudido hacía mucho tiempo, a casa de la última persona que lo vio con vida, al igual que yo. A casa de Martina. Ella podría responderme algunas preguntas, de todas las que pueblan mi mente. Como la de qué hacía con Daniel aquella tarde de agosto en el centro comercial.

De pronto la sensación de que alguien está observándome me embarga. Sí, esa misma sensación que tuve ayer vuelve a aparecer, y sé al instante que él está aquí, en algún lugar, mirándome. Me detengo, en medio de las tumbas, y lentamente miro hacia atrás. Nadie. Solo tumbas y silencio.

Sacudo la cabeza y continúo hacia delante, pero el bolso se me cae de mis manos temblorosas, y todas mis cosas se desparraman por el suelo.

—Estupendo —escupo molesta.

Me agacho y comienzo a coger de entre la hierba mis cosas. Me giro rápidamente para coger el lápiz de labios que, rodando, se ha ido más lejos de la cuenta, y así es como lo veo.

Otra vez él. El chico me observa desde una de las calles del cementerio. Le sostengo la mirada un buen rato, desafiándolo. Si piensa que esta vez voy a sentir miedo alguno, está muy equivocado. No voy a salir corriendo esta vez.

Me levanto lentamente dejando el bolso en el suelo y me encamino hacia su posición. Se ha disfrazado tan bien que pensaba que no lo reconocería. ¡Qué ingenuo!

Me detengo dejando una distancia de tres metros entre los dos. Él ni se inmuta. Parece una estatua. Me veo reflejada en sus gafas oscuras. ¿Es que

estoy loca? ¿Y si realmente se trataba de alguien que quería hacerme daño?

—Creo que ya has llevado demasiado lejos tu juego, ¿no crees?

Él sigue congelado.

—No te bastó con casi ahogarme en la piscina. —suelto una risita furiosa—. Ahora también tienes que hacerte pasar por un loco que me deja las flores que yo le dejo a Daniel.

Nada: solo silencio por parte de este chico. Voy perdiendo los papeles por segundos.

—¡Ricardo, vale ya! Déjame en paz. Si crees que así me vas a asustar, estás muy equivocado. Estás pirado. Busca ayuda médica.

Sigue mirándome, y es la gota que colma el vaso. Me acerco aún más, decidida. Si él no se va a descubrir, entonces yo le arrancaré cada una de las prendas que cubren su rostro. Al hacerlo, noto que Ricardo ha cambiado. Y no solo noto eso; noto que no es él. Este chico es algo más alto que Ricardo.

La poca valentía que tenía se me esfuma en un instante. ¿Quién es entonces este tío?

—¿Quién eres? —pregunto más calmada. Pero, al igual que antes, tampoco obtengo respuesta.

Me acerco aún más y extendiendo la mano hacia él. Si no quiere decirme quién es, yo misma lo voy a averiguar. Mi mano derecha se alza decidida para quitarle las gafas. Cuando llego a mi objetivo, comienzo a tirar de estas para quitárselas. Estoy a punto de ver sus ojos cuando su mano crea una presa alrededor de mi muñeca y me lo impide. Expiro aire ruidosamente a causa del susto y lo miro aterrada.

Se vuelve a colocar bien las gafas y afloja la presión de su mano contra mi muñeca. Tiro para liberarme de su mano, pero él no me suelta.

—¡Suéltame! Te voy a denunciar a la policía, así que para ya con esto.

Cuando desisto de soltarme, él baja nuestros brazos y recorre con su otra mano, mi antebrazo hasta llegar a mi mano.

¿Me está acariciando? ¿Está siendo delicado?

Una extraña sensación me recorre el cuerpo al sentir su roce y me quedo sin habla.

Lo miro extrañada, pero ahora él no me mira. Mira nuestras manos.

Tras acariciar con delicadeza mi mano, la suelta. Y, antes de que pueda decirle algo más, echa a correr.

—¡Espera! —grito mientras lo sigo a toda velocidad—. ¡Dime quién eres!

Sigue corriendo, y yo también, aunque sé de sobra que no lo voy a alcanzar: es muy rápido.

Cojo el bolso al pasar corriendo por donde lo dejé tirado y me levanto para continuar con la persecución pero, cuando levanto la cabeza, ya no hay ni rastro de él.

Ha desaparecido.

Tras quedarme clavada tres minutos allí, asimilando el vuelco que ha pegado la historia, me encamino hacia mi coche. Esto se lo tengo que contar a alguien.

Pongo rumbo a casa de Martina en cuanto estoy en mi coche, no sin antes buscar con la mirada a ese extraño por todo el aparcamiento. Ni rastro de él.

Si no se trata de Ricardo, entonces, ¿quién es? ¿Qué persona dedicaría su vida a perseguirme y perturbar la mía? ¿Sería algún sicario que Roberto ha enviado para deshacerse de mí y hacerme callar para siempre?

Y si es así, ¿por qué ese extraño huele como solía oler Daniel?

Hay tantas respuestas rondando mi mente que me van a hacer perder la cordura, pero sé perfectamente por dónde empezar a resolver esos misterios. Arranco el coche y pongo rumbo a casa de Martina.

Este libro continúa en....

“La flor que nunca se marchitó”
(Los días robados 2)

Agradecimientos

Esta novela nunca hubiese visto la luz si una personita a la que quiero mucho no la hubiese leído y me hubiese animado a hacerla pública. Así que mil gracias por tus ánimos y tus buenas palabras, te quiero. Como siempre, doy las gracias a Penguin Random House, a Selecta, un equipo de gente maravillosa, que de nuevo me da la oportunidad de publicar mis historias. Además esta vez con la aventura que supone escribir una bilogía.

A mi familia, mis amigos, y todos los que leyeron esta historia allá cuando una chica algo loca de quince años decía que quería ser escritora y que había escrito una novela, por si les apetecía leerla. Esta fue la historia que dio el pistoletazo de salida a mi vida como creadora de historias, así que gracias por, en aquel entonces, haber mostrado tanta confianza y fe en mí, a pesar de que la novela dejaba mucho que desear en aquel entonces. ¡Mirad, ya llevo cuatro libros en el mercado!

Y como siempre, darte las gracias a ti, que tienes este libro en tus manos. Gracias por una vez más, confiar en mí y en mis historias; espero que esta también te haya dejado con ganas de más y es que la segunda parte de esta bilogía va a ser totalmente desenfrenada.

¡Agarraos, que vienen curvas!

Redes sociales:

Facebook : Luna Dueñas

Twitter: @luna_dj89

Instagram: Luna Dueñas Jaut

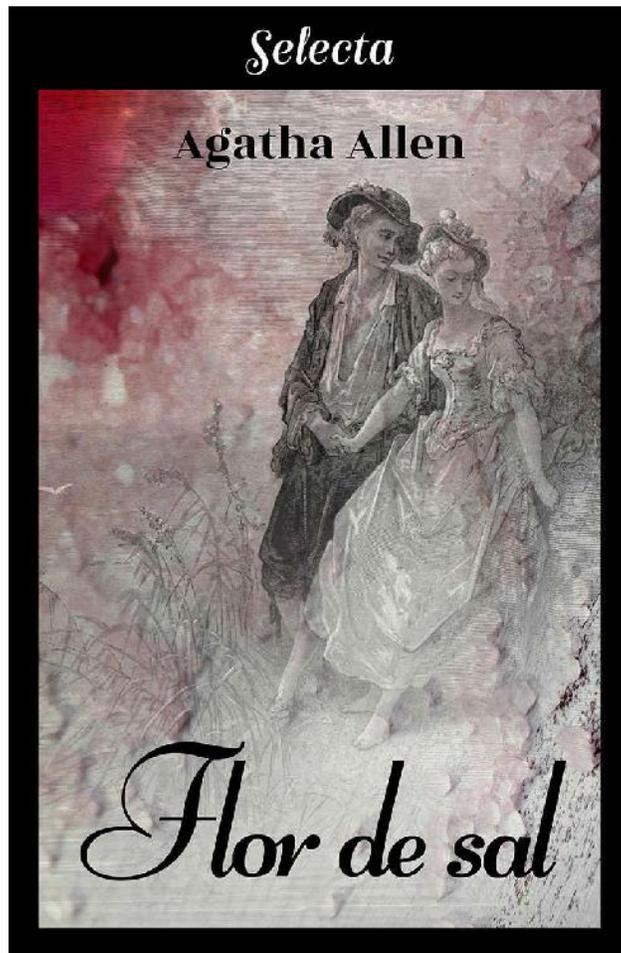
Si te ha gustado

Flores al cielo

te recomendamos comenzar a leer

Flor de sal

de *Agatha Allen*



Capítulo 1

Que trata del sitio de San Felipe por los carlistas y de los amores de un soldado

En diciembre de 1706, los botifleros permanecían sitiados en el castillo de San Felipe, de Maó, por los carlistas de mosén Saura. El capitán Martí Dasi, caballero de Ciutadella, se hallaba repeliendo con su compañía de payeses una salida de mercenarios del Arrabal, perros del gobernador Leonardo Dávila. Tropezó con un muchacho melenudo y se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo. Al final le abatió con la culata. Cuando iba a hincarle la espada, para ahorrar munición, el mozo puso ojos de rabia, como gata en celo. Se rasgó la camisa andrajosa y mostró unas tetas fenomenales, distintivo de su verdadera condición. El caballero se quedó helado, espada en alto. Clavó el acero, desviándolo al suelo. Pronto, soldado y mercenaria rodaban sobre la rala vegetación, a cubierto de una cerca de piedras amontonadas, donde se amaron sin forcejear ni decir palabra. Luego, la mujer escapó renqueando. Solo se volvió una vez para mirar atrás entre curiosa y felina, con cierta ternura.

Se llamaba Emilia y vivía con una comadre vieja, verdadero tonel de grasa, en una barraca del Arrabal. Formaba parte de una compañía de mujerucas zarrapastrosas, morralla al servicio de la fortaleza, que robaba provisiones y montaba la guardia. Aquella noche los payeses del capitán Dasi las habían vapuleado de lo lindo. Quedaron plantadas en el campo de batalla, derribadas a pedradas, degolladas con hoces o abatidas a estacazos.

Emilia regresó a su cabaña. La comadre había salido. Echó agua en la jofaina y se lavó. Buscó luego un mendrugo y unas cuantas uvas pasas que devoró con avidez, y a continuación prendió fuego en el hogar. Se rebujó en

una manta negra y maloliente, tras ojear la explanada por el ventanuco, y se acurrucó junto al fuego. Soplaba viento del norte y se oían batir maderos y chatarras. Sonaban voces inconexas. Las ráfagas eran tan intensas que parecía que habían de desencajar el techo.

Fue quedándose dormida. Volvió a ver al oficial entre el bailoteo amarillento de las llamas. Reconoció su acero rutilante, su bigote enhiesto, sus ojos desenfrenados. Era bravo y estaba dispuesto a traspasarla. Era el caballero que tantas veces había soñado en su catre. Volvió a sentir el frenesí de desnudar el pecho para mostrarle el alma, y fue como si otra vez rodara por el suelo, sintiéndose atenazada. Todavía le ardían las entrañas.

La despertó un alud de piedras. Parecía que derribaran la torre del homenaje. Pero no era más que la comadre que había abierto la puerta, toda desgredada y aventada.

Emilia se levantó. Avivó las brasas del fogón.

—Creí que te habían pasado por las armas.

—En cierto modo —dijo Emilia.

La comadre se preparaba unas rajadas de bacalao y Emilia aprovechó para contar lo sucedido. Cuando concluyó, la vieja dijo con regocijo:

—A ese ya no lo vuelves a ver.

Pero volvieron a encontrarse. Se abrazaron entre acometidas feroces, escondidos en matorrales, como amantes salvajes. Entretanto, el ejército heterogéneo de Saura proseguía el asedio, y payeses y mujerzuelas se mataban a porrazos. Emilia y el caballero se citaban en los asaltos, para refocilarse al pie de cercas desmoronadas o a orillas del mar.

La moza se arreglaba como nunca hiciera antes. Se lavaba a diario. La comadre refunfuñaba porque gastaba mucha agua y tenían que acudir una y otra vez a la cisterna, con peligro de que las pillara una bala perdida. Se ponía camisas de lino y calzones anchos, con una faja de lana enrollada en la cintura, y chaleco, como si fuera un aldeano honrado. Contrastaba vivamente con el resto de la facción harapienta, y algún gallito del Arrabal se la comía no tanto

con los ojos como con las manos. Aunque al final siempre lograba zafarse, si era preciso con un rodillazo certero en las partes.

Tanto llegaron a intimar soldado y mercenaria que en Navidad el capitán la llevó a la cena privada de Saura. El caballero lucía un traje negro, con espada reluciente, y la moza se cubría con un rebocillo de seda bordada, jubón de terciopelo airosamente ceñido y saya plisada, medias de estambre y zapatos blancos de tacón. Parecía una damisela que jamás hubiera salido de los salones umbrosos de la nobleza, llenos de cortinajes y retratos de antepasados, con clavicordios y arañas recargadas que solo se desempolvaban en días señalados. Había robado el atuendo en la mejor casa de Maó, con ayuda de la comadre. Y como oyeran chirriar la puerta de entrada, hubieron de esconderse durante horas en el granero.

Pero valió la pena. Primero por la olla y el asado de ganso, del que Emilia guardó un buen pedazo para la comadre, que más tarde se pringó y relamió los dedos con él. Luego por la conversación de aquellos señores, que habían aceptado el yugo suave de Carlos III, igual que el populacho. El comandante Saura temía que llegaran al castillo refuerzos por mar. Era necesario traer cañones y pedreros de Ciutadella para defender el puerto. Pero los caminos resultaban intransitables y disponían de un solo gánguil de pesca, que estaba ocupado en otros menesteres.

Terminada la cena, Emilia y el caballero se retiraron a un aposento de paredes encaladas, provisto de una cama altísima. Se enlazaron con infinita ternura, tanta que incluso pensaron que afuera los árboles ardían celebrando su amor.

Ya no volvieron a verse. El 31 divisaron naves francesas y no se pudo evitar que al día siguiente entraran en el puerto. Los gabachos desembarcaron disciplinadamente en cala Llonga y cala Sant Jordi, bajo débiles descargas de fusilería. No bastó para detenerles el patriotismo de payeses y frailes menorquines, de notarios y caballeros, soberbios en gorgueras y negras ropillas. El día 3 los carlistas reculaban. El 4 se peleaba en un laberinto de

casacas azules y sombreros tricornios, de espadas y machetes tintos de sangre que la fría lluvia no conseguía lavar. Al atardecer vino la desbandada. La noche se pobló de sombras que se dejaban la vida en los campos, de soldados y mercenarios del Arrabal que penetraron a sangre y a fuego en la ciudad.

Emilia también entró, con la comadre. Llevaba una antorcha en una mano y un espadón en la otra. Las calles eran un hervidero de viejos aterrados, de vecinos que escapaban en sus borricos con lo poco que habían podido salvar de sus haciendas. Tal vez se advertía en un recodo una bestia despanzurrada, o un hombre con el cráneo tan vacío como los bolsillos y las alforjas. Esbirros y soldados acarreaban garrafas de vino, enseres valiosos y bolsas de dineros que habían robado. O arrancaban el rebocillo a las doncellas para agarrarlas de la melena y violarlas.

La comadre encontró la casa donde habían hurtado el traje de nochebuena. Abrieron la puerta a empujones. Adentro esperaban dos criados que derribaron a la comadre de un tremendo garrotazo en la jeta. Pero Emilia tuvo tiempo de acuchillar a uno y quemar al otro las barbas con la antorcha. Este salió brincando y dando voces, como si tuviera azogue. Reanimó luego a la comadre, que había quedado ensangrentada, y registraron la vivienda. En un aposento hallaron a dos mujeres, una de ellas anciana, junto con un niño, que huyeron espantadas. El señor debía de estar combatiendo con los carlistas. La comadre prendió fuego al granero, a los doseles de las camas y a los cortinajes de todas las estancias. El edificio quedó envuelto en llamas. Agarraron un arcón con vestidos, monedas y joyas, ya medio desvalijado por los criados, y escurrieron el bulto.

Trotaron calle abajo, ebrias de excitación. Se toparon con una partida de saqueadores que atacaron a Emilia y vaciaron el arca. La vieja quiso oponerse y un malhechor le abrió la cabeza con un hacha. Emilia aprovechó la fascinación de los ladrones para revolverse y echar a correr.

Se deslizó a oscuras por callejas mal pavimentadas y salió a salvo frente al convento del Carmen, donde quedó jadeante, con el cuerpo chorreado de

lluvia. Aún creía ver a la comadre derribada sin tiempo para el asombro, con la cabeza encharcada en sangre. Sintió náuseas y miró las ventanas del convento, forzadas por los saqueadores. Se oía un gran vocerío.

Emilia se arriesgó a entrar en el claustro, sembrado de despojos. Vio masacrar al padre prior, que entreabría los labios en una plegaria, y se ocultó en la iglesia. Se arrodilló, llorosa, ante la Virgen. En seguida la descubrieron y se vio obligada al sacrilegio, para congraciarse con aquellos sicarios. No se le ocurrió otra cosa que abrir la portezuela del sagrario, coger el copón y comerse un puñado de hostias. Los hombrones reventaban de risa. Rociaban con pan sagrado a las furcias despechugadas que les secundaban. Emilia engulló otro pellizco. Sabían dulces, pero de pronto dejó caer el cáliz y escupió asqueada, porque las blancas formas se habían impregnado en la sangre negra que le goteaba de la sien. Fue como si de golpe comprendiera lo bajo de su proceder. Sintió una punzada en el estómago y se desmayó. Pensó que la habían acuchillado, y nunca supo cuánto tiempo había transcurrido hasta que recobró el conocimiento tendida en el lodo de la calle. Una vecina del Arrabal la había socorrido, y cuando la vio vomitar dijo con ojos burlones:

—Me da en la nariz que estás preñada.

A esa hora, el capitán Martí Dasi erraba entre cadáveres de soldados. En vano había intentado alentarles, evitar la desbandada. Llegó a conminarles pistola en mano. Ebrio de rabia, disparó a las piernas de un aldeano que luego hubo de cargar para evitar que muriera desangrado. Se extravió en un sinfín de vericuetos igualados por la negrura y la cortina de agua. Anduvo hasta perder el rastro de los últimos fugitivos, cuando ya no se oían gritos de angustia ni disparos, ni siquiera el cañoneo constante de las naves lejanas.

Chapoteaba en el lodo, siempre con el desgraciado a cuestas, con un río de sangre surcándole el cuerpo. De vez en cuando percibía un gemido, un súbito aleteo y unos ojos fosforescentes, como los de un búho gigantesco. Creía sentir el contacto de una mano helada. Recordaba su primer encuentro con Emilia, la caricia de su cuerpecillo tibio. Deseó con vehemencia poder estar ahora con

esa putita de carnes sonrosadas, retozando en una cama mullida.

A medida que transcurría la noche la carga se le hizo más liviana, como si el aldeano hubiera soltado lastre. Al fin vislumbró una lucecita remota, que fue agrandándose durante el trayecto interminable hasta convertirse en un farol que ardía bajo el cobertizo de una casa de campo. Dasi consiguió llegar al patio encenagado, donde le socorrieron unos labriegos.

—¿Dónde estoy?

—En Binijamó, cerca de Alaior —dijo un caballero anciano.

Era mosén Saura.

—¿Vos aquí?

—He tenido que huir como un proscrito.

Examinó al herido y añadió:

—Este hombre está muerto.

Cinco días más tarde, Saura embarcaba para Mallorca, amenazado de muerte. Dasi iba con él. La furia de los saqueadores había llegado hasta Alaior. Ciutadella no tardaría en rendirse. En la plácida travesía hasta Alcudia, el capitán clavaba la vista en los destellos del mar, evocando el rostro de Emilia, sus mejillas lozanas, sus ojos vivarachos. Se hallaba lejos de imaginar que la moza le había estado buscando y fue presa de los soldados de Dávila, acusada de complicidad con el enemigo. La condujeron a las mazmorras de San Felipe.

Había de permanecer todo un año en aquel calabozo inmundado, lleno de humedad y de ratas. Les daban un guisote nauseabundo, y a ella alguna pizca de leche por su condición de embarazada. No distinguía el día de la noche. Se quedaba mirando la bóveda, que rezumaba gotas de agua hasta formar un charco en el suelo. La caída de cada nueva gota causaba un estruendo descomunal en el silencio de la celda. Si saltaba una rata y conseguía agarrarla, la mordía en el pescuezo, bebía su negra sangre y comía su carne blanca y recia, antes de que otro preso pudiera disputársela. Luego se amodorraba. Dasi venía a liberarla, tras rasgar el techo con su espada de

plata. A lomos de un caballo veloz alcanzaban un palacio dorado por el tiempo, donde por fin podía lavarse, vestir camisas de seda, tomar tazones de caldo y dormir en camas prominentes. Y reía con una risa fresca, como cuando vivía en el Arrabal con la comadre. Pero despertaba encerrada, bajo las barbas infectas del carcelero.

En abril trajeron muchos payeses, tan míseros como ella. Encerraron también a una porción de oficiales y aun de notarios, médicos y caballeros. Solo la monomanía vengativa del gobernador explicaba tanta saña. En septiembre nació Diodor y fue confiado a la mujer de un porquerizo. Solo volvió a verle cuatro veces hasta que en diciembre fue juzgada y condenada a morir en la horca, con otros 32 inculpados. La confortó un fraile agustino, igualmente sentenciado. Subió al patíbulo en noveno lugar, y cuando le apretaron el nudo en la garganta se acordó del capitán y de cómo se amaban en el fragor de la batalla. Tal vez por eso escupió a los felipistas. Se sintió brutalmente estrangulada, pero aún tardó mucho en morir.

¿Qué haces cuando descubres que toda tu vida ha sido una mentira? ¿Cómo recuperas esos días que te robaron?



Adriana tiene la vida de cualquier chica de su edad; estudia el último año de carrera, tiene más de una pelea con su madre y tiene un novio ideal al que quiere más que a su vida.

Pero con la tragedia de perder a su chico, todo da un vuelco de ciento ochenta grados. Ya no solo lidiar con el duelo será la actividad prioritaria de sus días, sino que también tendrá que hacer frente a la extraña persecución de un desconocido

que parece seguir cada paso que da desde la distancia, la rara y posesiva actitud de su madre y su nuevo novio en torno a ella, y la aparición de un chico muy interesante, Ángel, que hará que en todo ese infierno en el que se ha convertido su vida, entre un rayo de luz y quizá la oportunidad de creer de nuevo en el amor.

Pero aquí no acabará la cosa, ya que un secreto escondido en el fondo de un armario, unos recortes de periódicos gastados por el paso del tiempo, le revelarán un secreto que cambiará su vida para siempre.

Los días robados es una novela romántica, con tintes de misterio e intriga que te hará descubrir todas las mentiras que pueden marcar para siempre una vida.

Luna Dueñas nació en 1989 y desde pequeña ha sido una apasionada de la lectura, pero no fue hasta la adolescencia que empezó a escribir sus propias novelas y a compartirlas con su familia y amigos más cercanos. Le encanta escribir y darle vida a las historias que viven en su cabeza, le parece de lo más divertido y satisfactorio. Su gran inspiración viene de la música, las canciones le dan muchísimas ideas con lo que le hacen sentir, y también de las situaciones e historias del día a día. Es diplomada en turismo e idiomas por la universidad de Córdoba. Se define como una persona artística, creativa, abierta y sociable, aunque algo tímida.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Luna Dueñas

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-75-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Flores al cielo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Este libro continúa en....

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Luna Dueñas

Créditos